

Emilio de la Cruz

CHRONICA DE LA TUNA O MEMORIAL DE ANDARIEGOS Y VAGANTES ESCOLARES



MARGINALIA

Chrónicas de la Tuna

Marginalia
Ideada y editada por José Aguilar



Primera edición, 1986

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma u por cualquier
medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

Copyright © 1986, by Emilio de la Cruz Aguilar y Editorial Civitas, S. A.
Civitas, Grúcer, 3. 28017 Madrid (España)

ISBN: 84-7398-455-2 - Depósito legal: M. 43.338-1986

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L. Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid

Printed in Spain - Impreso en España

por Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

Encuadrado por Gómez Pinto, S. A. Polígono de Arroyomolinos. Móstoles (Madrid)

Chrónicas DE LA TUNA

o memorial de andariegos o vagantes
escolares, y fidelíssimo espéculo
de la tunería andante



COMPUESTO DE

D. Emilio de la Cruz y Aguilar

Doctor Legum et Cancellarius Tunae

Saltus Securensis natus, filius et alumnus primus Aliae Matris Complutensis
et tum ipso Studio Professor Legis

Y LO ILUMINA
el alegre pincel de

Maese Celedonio Perellón

Indice

PORTECO Y ATRIO

Dedicatoria y razón deste libro que agora tomas en tus manos ... 11

CAPITULO I

De cómo la Gloriosa aparejó para ir a la Germania, a tunar una ciudad que llaman Estutgar y de lo que allí avino 15

CAPITULO II

Aguja de marear los aposentos de don Adolfo, con ciertas noticias de la tuna de Alquimistas y los autos de María la Portuguesa y de otras repúblicas o compañías tunantescas con el viaje allén la mar. 25

CAPITULO III

Del primer intento que se hizo de tener casa propia la tunantesca y de su escasa fortuna y conocimiento de don Ginesillo de Pasapandera furtos y demasiás dél 35

CAPITULO IV

De cierto amorío secreto en que mediaba un almez, de su movido discurrir y súbito final y del usatje «Si quis arbor in aliena» con el laude «De occultis amoribus» 45

Indice

CAPITULO V

- Voyme a Egito, como la Sagrada Familia pero solo, a deprender arábigo a la Universidad de El Cairo con una beca egitana 59

CAPITULO VI

- De un intermedio balear que me fice a unas excavaciones con unas amigas, del Doctor Iluminado, el monte Randa y otras tornadas a las Islas se habla ...

CAPITULO VII

- De hoz y coz, llegado al Alma Mater, se ofrecio un viaje a Viena, que estaba en carnavales, y hallamos allí un tercio de damiselas francesas piernidutas y una cómica vienesa cariblanca 79

CAPITULO VIII

- De las turbaciones y revueltas que contesieron en los Estudios en marzo del sesenta y ocho, de las algaras de los grises y los combates de nuestros Decanos

CAPITULO IX

- De cómo nos mandaron a Saxonindia, a una puebla que llaman San Antonio de Texas, de la hueste que passó allí y los diversos acaecimientos, ligámenes y holgares que ocurrieron 97

CAPITULO X

- De cómo empecé a vivir de la pluma, desusada cosa, a escribir en papeles sueltos que se llamaban «Pueblo» y «Hermano Lobo» y de las enseñanzas que saqué del discurso de la Gloriosa 111

CAPITULO XI

- De una expedición a Nueva Yorque, grande ciudad de los saxoninos, por la descubrición del Nuevo Mundo 119

CAPITULO XII

- De cómo tantos escolares, con tan diferentes habilidades y gracias, trujo a la Gloriosa cierta edad que podíamos llamar de oro, llena de juglariás diversas y levantadas trovadorescas 131

CAPITULO XIII

- De la ida a una ciudad de Germania que llaman Sarrebruquen o cosa semejante, a tañer con otros y otras, de la vuelta y se dice, al paso, de los paraísos eternos differentes 137

CAPITULO XIV

- De cómo se rehicieron justas tunantescas en la Plaza Mayor y fundamos un mesón do ayuntarnos los de la bicornia 145

CAPITULO XV

- De la ida, con los transmarinos negociadores, al Cabo de las Tormentas y su Campo, tierra del oro y los diamantes, invitados por la Tuna Boticaria, de los ethiopes apartados y de los diversos estudios que allí hay 159

VERSO

- que pone el autor a modo de descanso para el lector fiel y eslabón para chrónicas venideras que completan las ya escritas de aquí atrás 169

APENDICES

- Los tunos en el siglo XIX* 173
Cuatro cantares de tuna 183
Glosario 189

PORTECO Y ATRIO

DEDICATORIA Y RAZON DESTE LIBRO
QUE AGORA TOMAS EN TUS MANOS



S

Si las líneas que a seguida van tuvieren lector, no piense que las motivan ambición o vanagloria. De la primera nada quedó después del primer libro, que no hizo sino vaciarle los bolsillos y sobresaltallo pues las letras y librazas acetadas de favor, pasábalas el impresor a protesto, apretado de sus necesidades y olvidando las promesas hechas cuando contratamos. Uno, que siempre llevó su vida de mediano pasar, con pocos dineros y pocos gastos, a los primeros protestos sentía helársele la sangre y detenerse el pulso, aunque luego, bien es verdad, se le hizo el cuerpo, una vez que tenía tranquila la conciencia. Salió a trancas y barrancas, sin ganas de volver al regosto.

De vanidad, no mentiré diciendo que el susodicho libro no plúgo, pues es de los que, prestado, no se retorna, mas en este aprecio tienen

Pórtico y atrio

un buen lugar los preciosos dibujos que lo iluminan que quizá pinten más que el texto que los sustenta e inspira.

Desque se dio a las prensas el buen tunar, corri nuevas aventuras en el mester, pasé los mares, mudé continentes y, demás deso, conosci mejor otras tunas y otros tunos de differentes facultades, sus glorias, músicas, osadias, descubriciones y gracias, que no hallaron cronista digno, ni paresce lo hallarán sigun pintan las cosas. Aunque es infinita empresa, pues si se escribiera la general e grande historia de la tunería andante faltara sitio en la biblioteca de Alejandria para contenella, no huiré la carga, a ello me pongo y en ello estoy. Porque son glorias de nuestras Escuelas y, sin embargo, es flor moderna denostar el mester tunantesco que, si se conservara, como existió en toda Europa, en alguna parte della que no fuera España, haria abrir bocas tamañas a los mismos que abominan del nuestro.

Todo va ingerido en el desprecio sólito en estos tiempos de lo tocante a los Estudios. Los gobiernos escasean a la Universidad los dineros, le labran mezquinas casas de yeso ruin y maderuelas falsas, si precisan algún noble edificio, ucedarios y pesoarios, echan uña a los de las Escuelas como si fuesen mostrencos, ya para habitación del valido ya para junta de la Comunidad de Madrid ya para las alquimias atómicas que debieran tener su lugar en algún diserto y distante páramo.

Motiva también aqueste libro que, desde el otro, algunos, que debieran haber gozado vida durante muchos años, tornaron a la patria y en congrua justicia los recuerde y ofrezca testimonio de lo que hicieron ellos y sus compaños, en la historia que de aquí adelante se derrama.

Fuése un don Victor Moreno y ha de quedar en algún lugar escrito que fue gran juglar de todas juglariás, así de tañer bandurria y pandero, como de mimos y ñaques. Encantó con sus músicas, danzas y juegos, muchos ánimos tristes, singularmente de niños a los que hacía bululús de diversos modos, como chistes, marionetas, y chanzas y, do los había, iban todos tras él. Era estudiantón, no mancebo, pero, por buena cuenta, tenía muchos años por delante sigun pensábamos hasta saber que tuvo desde niño cierta enfermedad de la que dijeron los físicos moriría de deciocho, a los que llegó, lo sentenciaron luego para los veinticinco, que pasó, y vino a morir cuando Dios quiso. Fue muerte a plazos y la sorteó con grande ánimo, con canciones y trovas y bromas.

Sabida su secreta historia, muchas cosas d'él parescieron claras: como apuraba partes de vida regaladas, no podía tener sosiego ni miraba el porvenir como alcanzable. Veíase a sí mismo jugándose a los dados con la desdentada, mano tras mano, hasta que fue vencido y así lo declaraba en unas poesías suyas halladas tras su muerte.

Como fue su primer amor la tuna, dejó dicho y mandado lo amortajaran con atavío tunantesco y se le puso a los pechos la señá bermeja de Derecho, que no es mala defensa para pasar la Estigia o la Puente del Pelo que separa esta vida de la otra. Con tal blasón y coraza, nadie halló frontera o puerta que se le cerrase, clima que lo acabara, ni hambre ■ contrariedad que lo venciese.

Menos callaré la ida de don Josep, porque a don Victor pude decir un epitaphio cuando le dimos tierra, mas la muerte de don Josep en accidente la vinimos a saber de casolidad, tiempo después, cuando lo hacíamos sano y feliz, alegre y emprendedor como fue siempre, con su familia y en su ciudad de Barcelona. Pasó allí la desgracia y fue perdida ignorada en ■ y nuestra Facultad complutense. D'él, de las singulares prendas de su persona, se habla veces en lo que sigue pero, demás dello, cuando dejó la tuna, escribió tales palabras como éstas que custodio: «... por nada del mundo quisiera perder a esos estupendos amigos que dejé en Madrid, ni romper los lazos que me unen a esa compañera a la que tanto debo que es la Tuna y es que si algo voy ■ echar en falta van a ser los maravillosos momentos pasados en Alemania, Austria, etc., bajo la capa de tuno. Pero todo no puede ser y ■ cambio he conseguido a Iciar y todo lo que ella lleva consigo ¡que no es poco!». A tal fineza precisa responder y como mejor puedo y sé es dejando aquí relación desos momentos de que habla y él a buen seguro aceptará esta guirnalda alegre en que se tejen las empresas de sus amigos y las suyas y también partes de historia de esa compañera en que todos nos hicimos compañía. Para él, Iciar y sus hijas se ■ permitirá dedique el libro, pues los epitafios tunantescos han de ser alegres como lo pide el mundo que vivieron y vivirán y viven. Quienes lo conocimos lo tenemos siempre en memoria y, más lo tuve al recibir una carta de otro tuno catalán, don Joan de la Figuera Bengoechea, que decía algo semejante: «La Tuna fue la que me formó y me permitió conocer gentes, viajar y divertirme. Siempre le estaré agradecido.» Y pienso, como tantas veces, qué buenos tunos da Cataluña, nada de extrañar en tan fina tierra y tan galana.

Y, sin más, comienza aquí la segunda parte del libro del Buen Tunar que llamo Vagantes Escolares o Memorial de Andariegos y Fidelissimo Espéculo de la Tuneria Andante.

Se contarán en él nuevos viajes y aventuras, risas, trovas y músicas, el paso de la mar Océana, del Cabo de las Tormentas, los estrechos de Scilla y Charibdys, la tunación de Saxonindia y las Antillas, Berberia, la Magna Grecia y como se alcanzó el Círculo Polar, sin que falte la iteración de las sólitas algaras por Europa, las tensiones tunantescas de las Españas ni el diario ejercicio del mester. Con que se piensa mostrar ser oficio escolar bullidor y de mucha enseñanza, tal como se señaló en los siglos que lleva de batalla.

Guardo en aqueste igual estilo que sigui ■ aquél, pero sólo por ser de la misma materia, pues mi inclinación es al lenguaje hodierno y aún al que se hablará mañana.

CAPITULO PRIMERO

DE COMO LA GLORIOSA APAREJO PARA LA GERMANIA A TUNAR UNA CIUDAD QUE LLAMAN ESTUTGAR Y DE LO QUE ALLI AVINO



Si es la intención y fin contar las nuevas empresas tunantescas y siempre habimos en Germania tan buena cara y llana amistad, no es de azar que se comience con un viaje a las tierras de los germánicos en las cuales, si sus mercedes tuvieron la paciencia de leer aquellas mal trazadas si que sentidas líneas, verían se corrieron muy buenas aventuras y acaescimientos dinos de recuerdo.

Y a las veces demandéme do estará la causa de que, con ser los alemanios de compleción más diversa a la española que los franceses, hemos de estar con los segundos todo hora a carramolazos y con los primeros de mieles casi siempre. Podrá ser que la vecindad forzosa enfade, ■ que los franceses ■ tan pagados de sí que revientan una pared maestra y tan ignorantes de los méritos ajenos que pasman. Las francesas, de su parte, tiénense también en mucho de modo que no se conforman llanamente con el pago sólito ■ los amantes o amigos, sino que curan siempre o quasi siempre de llevarse alguna tajada de algo material y sustancioso y aún fungible «qui numero, pondere vel mensura consistit» y aún diría yo si no temiera ser excesamente injusto, el bién fungible por excelencia, dicho se está los maravedises.

Las germanicas, ■ más de fuertes y esclarecidas, suelen ser de ánima inocente y generosa y limpias de su cuerpo. Y es aquesto último virtud no tan dilatada como podría parecer, pues en Francia se perfuman más que se lavan, mientras en Inglaterra patronas y pupileros están sobre el huésped que no se lave o riegue más de una vez por semana, que les paresce gasto innecesario y lujo sin medida. Si no que se lo digan al doctor Barrios, cuando estuvo en la Inglaterra y el pupílero celaba la regadera como su mayor bién y aún, por disculpar su avaricia y guartería,

osaba decir que los españoles nos lavábamos tanto las manos por contagio judío. Hay mucho necio y mucho ignorante en estas naciones que, porque están agora en cierta preeminencia, nos parecen el summum.

Como tan bien complíamos el mester, cada vez que se ofrecía algun sacerdote de secretaría o agasajo a extranjeros en algún país, llamaban ■ la Gloriosa, sabidores de que cumpliría el encargo y encantaría ■ cualesquiera. Por aquesto, cuando determinaron los del Consejo agasajar en Estutgartia, que es en Germania, acordaron fuese la de Derecho, cuyas fazañas conocían todos en la secretaría y celebraban.

Ansí se nos llamó que fuésemos diez a dicha ciudad, a tañer para los tudescos, sin decir si habíamos o no de tañer a las tudescas, con lo cual, in dubio pro reo, pensamos quedar aquello al libitum. De suerte que aparexamos todos los artes de tunar, mas reconcomía mi ánimo ver que, con tan corto número, quedaban en tierra algunos mancebos de la Gloriosa que, si fuesen, habría de prestar sonado servicio a las Españas, sigun antes habían mostrado sus artes ■ semejantes empresas. Pues por aquesto tomé el cálamo y, sin mayores dilaciones, escribí al Secretario la epístola que a seguido pongo:

Excelencia: De cuánto nos ha plascido ■ señalados para tunar en la Germania, por cuenta del gobierno desta España nuestra, hagoos gracia. Huelga decir estamos prestos a servir la honra del reino y acrecer la gloria de nuestra Universidad que Dios bendiga y las gentes ensalcen. Con cuyo gusto y ardimiento andamos agora aparejando para tomar camino sin más dilación, dubda ni detenimiento. Mas, con todo, haríamos flaco servicio si, empecidos por el respeto y embargados por la obediencia, dejáramos de decir ■ vuecencia cierta cosa que nos parece arreglada, sigun entendemos nosotros el cumplimiento del mester de tunería, en el cual empleamos y al que nuestros ocios, alegrías, ilusiones y libertades dedicamos. Es, a saber, aquesto que os decimos: Dícese en la providencia de viaje que vayan desta Gloriosa hasta diez tunos a tunar Stuttgart y no hemos de engañar a vuecelencia diciendo que tememos afrontar con dicha hueste la empresa que ■ nos confía, ■ también es cierto conviene considerar ciertas cosas como son, entre otras, que siendo el clima de la Germania frío los estrumentos de cuerda padescen muncho, pues de salir del humo a la escarcha se destiemplan y aún quiebran las cuerdas, con lo que habrá de contarse con sucesos deste tenor sin dubda alguna. Luego que alguna bandurria se descorde o algun tañedor se desgracie un dedo, quedará la hueste asaz deminuida y el tañer esso mesmo. Y vamos a que serfa en au-

mento de todo lo que toca al buen tunar, diera su ecceencia orden se nos agregaran al ■■■ otros cinco alabarderos de nuestra Gloriosa, que pudiésemos encarar al hado contrario sin mayor preocupación ni cuidado. Todo lo cual iría en beneficio comunal de la honra d'España y la gloria de nuestra Complutense, las cuales, con nuestro holgar, diversión y arte, nos llevan conjuntamente por los caminos del mundo ejerciendo el mester de tunería. Estando quince en la hueste queda todo muy arreglado d'estrumentos y otrosí para desfiles y pasacalles se hacen dos filas de a siete, con el pendón en medio, cuadro, dicimos, señor, hábil para resestir las más fieras acometidas de la caballería del hado contrario, sin zozobra alguna ni el más pequeño temor.

Fuimos en una primera compañía diez, y comenzamos a batir la plaza, y después llegaron otros cinco, ■■■ lo cual estimamos rendida sin otra dilación. Tunábamos por las calles, sin soldada, pues proveía el Fisco real, y toda gente quedaba prendida con las músicas y los cantos, con lo cual ibanse al pabellón español a contemplar las cosas puestas en él para ello.

En questa segunda tropilla vínose un miembro de la de Alquimistas, don Sancho Saráchaga, del que se habla veces en questa estoria por ser uno de los mejores tunos que han parido las Escuelas, llamado Serrucho por tañer la viola de arco y hizo sus primeras armas en la extranjería un don Oliva, no pariente del abad del mismo nombre, sino toledano de Talavera, cognominado Batra, que daría luego muy buen juego ■■■ la Gloriosa, mas aquí ■■■ punto estuvo de ser echado al crugir de dientes, fuera de la Tuna, ca viniendo de abanderado, dejó en la posada el flamígero pendón de la Gloriosa y desapareció con otro pendón, aqueste femenil, con patas y germánico, a ignorado paradero.

Apenas desbarcamos, se puso don Joseph Poch de talayero como solía y luego de fiel del rastro. Quiero decir que salió solo de algara y al cabo de un par de horas regresó con la información de la ciudad en la parte que nos tocaba. A saber, folgaderos y sus precios, mesones y sus comidas, cervecerías y músicas tañidas en ellas. Así que no bien hubimos descansado y compuesto, con él de adalid, salimos las calles y fui ■■■ a dar un descomunal mesón cervecero llamado Quenisjof, do corría la cerveza como agua y la servían unas mozas rollizas, con las tetas que se les bosaban por lo alto del justillo. Y, sobidas en un tablado dispuesto a efeto, como quince tañedoras soldaderas, ataviadas al estilo del país, con trompas, trompetas, sacabuches, pifanos, atambores y platillo. Tras potar unas azumbres, que así son las germánicas medidas, con ardida

dispusición saltamos al tablado a tañer con y ■ ellas, que alguna que otra bien lo merecía y nos hicimos retrato todos juntos del cual enviamos copia ■ don Fraga, que viera cuán gran acierto fué aumentar la tropa, porque de ser menos, hubiéramos sido vencidos en lid que tanto importaba a la gloria y fama de los tercios escolares.

Ibamos a otra taberna, que ■ sé si fue descubrición esso mesmo de don Joseph, ■ la que llamábamos Preñatenguestete es como decir en germánica lengua «mesón de la preñada». Y lo llamamos así porque la moza principal tenía un bombo que parecía te pariría ■ la cerveza y así andábamos todos recelosos, mirándola al soslayo no fuera que en un descuido nos pusiera el fruto de sus entrañas en la mesa. Y no sería de maravillar, visto cuán van despabilándose agora los infantes que, no bién salido de la madre, por hoder que dice el otro, nos tendiera a alguno los bracitos hideputas para gritar:

—[Padre!]

Y veamos quién es el guapo que ladea el compromiso.

La dicha preñada tenía muy mal natural, asaz agrio, y una de las veces, a un cliente que salía le empezó a dar las gracias tirándole jarras de cerveza a la testa con lo que se armó una florida gresca que nosotros, como extranjeros, contemplamos cual si fuese la última comedia de Lope. Atentos como veedores y _____ cual beneficiados. Parésceme que la dicha, cuando pariera, debió ser un capullo malasombra destos que lo primero que hacen es violar ■ la partera y saltalle un ojo al físico, su primer palabra blasfema y el ruido primer un pedo como tiro de mortero.

En la sobredicha Quenisjof, hicimos amistad con unos tudescos muy reidores y frances que nos invitaron a una puebla cercana a cierto folgadero a dar allí unos tientos. Concertamos luego y holgamos asaz. Nos llevaron en ■ coches corriendo por la nieve celerísimamente, vulgo cagando virutas.

He concluido, tras de plures visitas a Germania, que me place asaz, ca tienen grandes inclinación a folgar y ■ ello emplean sus potencias con singular denuedo. Confieso que envidio esas descomunales cervecerías, con ■ ministriles tañendo en un tablado y las gentes cantando ■ largas mesas comunes, sentadas en bancos y las mozas limpias y bien carnadas. Como me comía la invidia cuando vide, en la anterior algata a Germania, aquellas casas de las fraternidades estudiantiles en Heidelberg, do aparescen retratos de todos los frades por las paredes y los novicios sirven a los veteros hasta que tienen veteranía. Aquí, cosa que



Ferrellon

Capítulo primero

no paresce creíble, demasiadas son las tabernas do ■ veta cantar, bién o mal. Por esas mesmas podríase defender el rezó en las iglesias. Holgaria saber por qué son así aquí las ■■■■■

Destos germánicos ya dije, en la primera Cancamusa donde se hace relación de la ciudad de Haidelberga, cómo tienen ■■■■■ cofradías d'escolares asaz bién aparejadas. Pues luego aprendí tener, de uno que llaman Eichendorf, unas trovas pintiparadas para tunos, pues a todas luces son de tunos germánicos y no otra cosa. Digo las que dicen: «Noster ambulat chorus» y esotra que comienza «Scholares vagi mendicantes» sin olvidar el «Gaudeamus» que ellos guardan y cantan y conocen como en parte alguna desta Europa nuestra.

Tuvimos aquí unos buenos días, pues ■■■■■ agasajaron por todos sitios, cual suele acaescer. Recuerdo, desotra parte, una visita que hicimos ■■■■■ un holgadero los quince leones de la Gloriosa y contesció ir todos arrebañados, propio de la gente que va de atavío uniforme con lo que un mozo que pasaba con servicio se veía impedido de lo complir sin que nosotros, distraídlos en catar de aquí y allá el establecimiento así como las establecidas en él, nos tomáramos cuenta del impedimento y entonces el mozo, encarándose con don Sancho Saráchaga le comenzó a pedir algo, en su endiablada lengua germánica y muy deprisa hablaba con lo que sumió al dicho en la estupefacción, en cuyo punto se adelantó don Orencio, llamado Cojoncio y, señalando con el pulgar al mozo dijo, haciendo de lengua, con el aplomo del que la supiera desde niño:

—Dice —y don Sancho afiló la oreja para saber, pensando que don Cojoncio conocía— que siquieres un caramelito de menta...

Y se quedó tan fresco y dispuesto como quien lo hubiera reducido a lengua castellana con la mayor perfección. Allí fue tomarnos la risa, sobremanera ■■■■■ don Sancho, que no podíamos tenerla ni acertábamos ■■■■■ quitarnos que pasara el mozo. Con lo cual se enfureció más y ni él callaba ni nosotros cesábamos la risa. Durante ■■■■■ valiente rato.

Aqueste don Orencio, que tañía guitarra, tuvo breve paso por la tuna, mas muy celebradero porque ■■■■■ buen camarada, no tañía mal y solía tener golpes destos de cuando ■■■■■ cuando. Recuerdo que, al presentarse al examen y ordalía de novatos que se hace en la Facultad, no bién dijo su nombre, don Luis Matilla afirmó:

—Aqueste es tuno seguro, pues tiene fácil mote. Desde agora os Ilamaréis Cojoncio...

De cómo la Gloriosa aprejó para ir a la Germania

Y con aquel pasaporte entró inmediato en la Gloriosa. Agora es letrado en Murcia o Cartagena, si las noticias no engañan. Duró poco, pero fué bueno. Mejor que no tener que decir lo contrario.

Desde la ida ■ Stuttgart, con la venida de don Sancho Saráchaga, creció la amistad con la Muy Osada de Alquimistas, o Boticarios, por mejor decir, aunque me guste decíles alquimistas. Comencé a conocer más a los tunos boticarios, aunque yo tenía ya un amigo bién bueno de los tiempos del bachiller llamado don Federico Cano, que estaba ■ la tuna dicha, en la que tañía un extraño arte llamado por él monocordio y por otros cordio, pues estaba hecho de ■ pelo de crin o un arambre y ■ caja de lata. Así entré también ■ un lugar bastante poblado, mas de gente escogida que tenía siempre asaz de movimiento y meneo de toda clase y eran los llamados aposentos de don Adolfo que este tenía logados en una calle en cuesta que baja hacia la Universidad y llaman Avenida de la Moncloa. Pues es asaz usadero entre tunos aquesto, a saber, se juntan dos o más del mismo mester y logan unos aposentos do posan, partiendo la merced al dueño y los gastos y costas que se les siguen. Así viven sin tener sobre sí la sombra del pupítero que los muela y los castiguen con admoniciones ni les ■ ■ ■ comida. Ellos se bastan para escasearsela por descuido o por gastar sus pocos dineros en otras cosas. Aquestos aposentos tunantescos son de ver porque en ellos hallas por todas partes estrumentos revueltos con los libros y los ataúdos colgados y los tunos de paso hospedados ■ ■ buenamente pueden.

Así don Boris vivía con Justo y dos gatas que llaman Mía y Tuya. Don Jesús tiene aposento con don Angel, que paresce piquero de tercios de Flandes y, a las veces, con don Becker, llamado así porque se asemeja de todo punto ■ tan celebrado poeta. Son todos de diferentes naciones: don Boris, guipuz; don Justo, canario; don Angel, manchego; don Jesús, de la Corte; don Bécker, gallego, pero que tienen una nación común que es la Tuna, do nascieron, como cascún de nosotros, al alegría, la fraternidad y el conocer mundo. Con tan vario concurso vense cosas en los tales aposentos de toda laya. Sobremanera los que son de provincias lejanas que acogen ■ sus compatriotas de paso y los acomodan por una noche en tanto toman camino para ■ destinos. Como acaescía en los aposentos de don Boris y don Justo, do no era raro hallar en la sala una compañía de soldados canarios que tornan o van sus casas aguardando les llegue ■ hora de tomar transporte.

Y ■ son pocos tales aposentos partidos, porque si ■ hiciera examen veríase somos, la mayor parte de los tunos, escolares de provincias

y aquesto porque en pueblas pequeñas y aldeas siguense tañendo los estrumentos con que el español siempre distrajo ■ ocios, aquellos que pone Juan Ruiz el corpudo alaút, la reciancha bandurria, la guitarra ladina y la morisca, el panderete con sonajas de azófar, en tanto que en las grandes ciudades y sobremanera en la Corte se perescen por especiosos instrumentos y danle más al viento que a la cuerda, digamos que son una pizca más ventoseadores. Y Dios me ha de perdonar, ya que puede, la presunción, mas parésceme que lo mejor que puede hallarse es un mancebo nascido en provincias y luego recriado en las aulas de una gloriosa universidad de las mejores del Reino, sea la Complutense, ■ Granada o Salamanca, o Barcelona, o Valencia, o Santiago, o Valladolid... ¡Oh, dioses, mecástor! ¿He de agotar mi tiempo y fallecer de amor mentando nuestras academias y memorando sus glorias? Liberereme de empresa tan dilatada como gozosa en gracia a la brevedad.

Y, si es usadero entre escolares armar estas repúblicas o compañías para su arreglo, eslo sobremanera entre tunos que, dos en dos, de tres en tres o de cuatro en cuatro, se ayuntan en unos aposentos que alogan, parten los gastos del avio y comparten los folgares, con lo cual todo son beneficios. Y con frecuencia, segun van terminando los estudios, ■ ceden unos los sitios a los otros, de suerte que hay aposentos por los que han pasado plurales generaciones y las que aun quedan por pasar.

Agora, como los tiempos están mudados, ya no es usado tener en aquestas repúblicas ama. No hay ya aquellas viudas o viejas solteras y beatas que se ocupaban en tales menesteres, agora cobran sus susidios y con ellos se remedian, pues antes ■ participar en la olla de los estudiantes y tomalles la sólita falcidia se mantenían.

Y aquestas repúblicas ■ compañías d'escolares, que siempre se dieron en la Universidad española, ■ buenas escuelas de vida donde se calibran las amistades y se aprende convivencia.

Porque el hombre ha de estar en todo, siempre castigué a los padres de escolares que tenían sus hijos fuera no se dolieran dello, pues la escuela de la libertad y la estrechez, del desamparo de la propia casa, ■ bien conveniente para endurecer ánimos, avispar espíritus y aguzar ingenios. Al punto que vése cómo los escolares que ■ crían lejos de su hogar, batallando cada día con pupileros y consiliarios de colegios están luego muy mejor aprestados para combatir las lides que la vida presenta cotidianamente por probar las humanales fuerzas, muy muncho más que aquéllos que condujeron sus mocedades pegados a las haldas de sus madres.

De cómo la Gloriosa aparejó para ir a la Germania

De todas suertes no por ello han de estarse los padres descuidados, pensando han de abandonar sus retoños ■ su pura suerte. Porque, ■ veces, basta una cura menuda y a tiempo para evitar grandes males y llagas. Dejen los padres a sus hijos mancebos cierta suelta disposición mas reténganles la rienda de vez en cuando y alguna que otra vez remedienlos de dineros sin excesos, buscando la medida de sacarlos de algun apuro sin malacostumbrarlos. Como pide aquel verso que dice:

*Al ~~paseo~~ cruel y fiero
que tu hija que está estudiando
no entra ni cuando en cuando
el ~~vuelo~~ vuela al arrancar
para que volver no ~~se~~
en si de cerca sentenciante
la mano ~~de~~ estudiante
~~sobre~~ sobre el moneda*

lo trae Francisco de Rojas en su gorrón de Salamanca y señala castigo para los padres avaros, que no han de serlo, ni manirrotos, que ambos extremos perjudican.

Bién sé que es difícil arte hallar y guardar el justo punto, por ello, sin dar juicio certero, diré de mí mismo que muchas veces di gracias por haber sido criado en austeridad, pues luego con cualesquier ■ te conformas, disfrutas con casi todo y la abundancia no te aturde ni la escasez te procura ni el halago te vence.

Por lo dicho, quienes no están en los aposentos de los dichos suelen posar en los Colegios Mayores, que no son agora tan estrictos como en otros tiempos, aunque en ellos también se salían los escolares por las ventanas ■ cumplir las inclinaciones de la mocedad, ■ aquella vez le pasó a don Francisco de Quevedo cuando lo bajaban por la cesta de los bastimentos desde ■ ventana de cierto colegio complutense y acertó a llegar la ronda y contestó él, con su pronto ingenio, aquello de:

*Francisco Quevedo
que no sube mi ~~esta~~
ni se está quedo*

Y siguen los colegios muchas de las costumbres y hábitos que, si no se dirigen al conocimiento sí lo hacen a alegrar los días de los colegia-

Capítulo primero

les y hacer ver a los tyrones do entraron y qué cofradía los tiene. Pues el noviciado es horca caudina que conviene a la humildad y hace los mancebos menos soberbios, por ello los tienen hasta las órdenes. Ansí ha sido siempre hábito en las Escuelas dar matraca a los nuevos y cobralles patente, práctica vedada por todas y las diversas constituciones, pienso que más por las desmesuras que por la práctica en sí, pues sabido es excederse en sustancia y modo algunos que, en cualquier estamento y brazo, buscan satisfacer proclividades crueles. Como el ascoroso hábito de escupir los novatos ya fuera de uso, fortunadamente. En los dichos colegios, esomesmo llenos de provincianos, suelen vivir tunos, como don Peceras que vivía el José Antonio o don Hilario llamado «Crisomola» el Chaminade, do luego paró don Parchís y el Joseph de Masamagrell.

Y como hablamos deste posar de los tunos, parésceme arreglado hablar más por menudo de los aposentos que don Adolfo, de la de Boticarios Muy Osada, hubo en la cercanía de los Estudios.



CAPITULO SEGUNDO

AGUA DE MARCAR LOS APOSENTOS DE DON ADOLFO,
CON CIERTAS NOTICIAS DE LA TUNA DE ALQUIMISTAS
Y LOS AUTOS DE MARIA LA PORTUGUESA Y DE OTRAS
REPUBLICAS O COMPAÑIAS TUNANTESCAS
CON EL VIAJE ALLEN LA MAR



Don Adolfo, llamado el Payador, es cofrade de la Muy Osada de Alquimistas Complutense, muy devoto del mester, combatidor de palafraneros y guerrero con ellos de todo punto. Su nación es Cuenca, el pueblo de Barajas de Melo. Con don Victor de la [redacted] cofradía y don Tomás tuvieron por tiempo aparexados unos aposentos que logaron a escote. Por baxo hay una monjería con pupilas y por cima una paridera do se dan los mejores partos de la Corte, o, al menos, los más costosos, hay, en fin, por de frente un aprisco de damiselas. Y dígo aquesto porque como dispuestos y divertidos armaban en sus aposentos muy buenos saraos y jubileos, tenían a la vecindad muy entretenida y le daban de qué fablar.

Hicieron adelantar muchos partos, [redacted] se sabe si porque los futuros tenían priesa por venir a ver lo que se cuece en este mundo do se oyen tantos cantos y músicas. Otrosí desprofesaron algunas novicias, cuales querían se ir del mundo cogitando, por lo visto dellas, que era otra cosa menos folgadera y hicieron sospirar muchas doncellas de invidia.

Eran tales aposentos de suerte que no tenía allí altar San Paramí, todo communal, ansí la botella como la bella. Si llegabas tarde al sarao y no hallabas consoladora con quien posar, no [redacted] maravilla viniera alguno de los generosos huéspedes y trajera de la mano una damisela y dijera:

—Ea, tomad una pieza aquesta presa compañero, que quería yo sostener a solas un espacio.

Pues tú, como complidor escolar y caballero, la tomabas, le hacías unas descubriciones, unos cariños menudos y unas cucasmonas ligeras,

Capítulo segundo

por no abusar de la generosidad y la tornabas. Ca tienen allí en lugar de respeto un letrero que dice «Nadie dolido si cuerno compartido».

Allí ibaste, volvías, bebías lo que había, salsas, entrabas, te echabas a dormir, si bién venía traías tu coima, te llevabas la suya, la nuestra, la vuestra. Danzabas en mitad de la pieza con tu dama, la suya, la nuestra, la vuestra, o contigo mismo. No había pendencia por dama ni por vino ni por dineros. Todo lo que había se te daba, porque todo es tuyo, suyo, nuestro y vuestro.

A las vegadas tenías una damisela en las rodillas y, como la luz es poca, si saliere ■ facer aguas, dirías a las veces:

—¡Voto al chápiro que no ■ aquestas las cachas que tañí hace pocol!

O esto otro:

—¡Pepinos dexé y hallé sandías, milagro impar!

Y, pueda ser, os contestaran:

—Señor, siempre fui bién provista, me llamo Guiomar y parésceme que habláis de Violante, que siempre estuvo escasa desas partes. Una, señor, aunque de humilde cuna, siempre estuvo bién provista, aunque me esté mal el decirlo.

Todo era generosidad y risa, todo folgar, amor y bienandanza. De añadidura, es lugar do venían a parar los otros mancebos de la de Alquimistas o Boticarios, gente particular y digna de ser conocida y celebrada. Venía, quizá, don Alonso de Reinosa, serio de fación y grave de voz, pero reidor como no lo he visto hasta agora. Es tañedor de viola de arco y de los boticarios más sabidores de su facultad. Llegaba también don Iesus, con sus historias plurales, puede que vestido de guerrero y danzaba con el morrón puesto, luego don Arturo, cofrade de boticarios, pero estudiante para físico, atronando con sus voces, incitando a cantar los cantos de Navahermosa, don Ordoño fablaba por la comisura «da coqui» al uso villano de Vallecas.

No había allí, pues, tristura viva ni ignorancia duradera ni enemistad.

Mas siendo siempre de reir tales aposentos y muy entrenidos, por ser concilio y symposium, como dicho queda, de la muy osada, lo eran una pizca más cuando venía ■ possar a ellos cierta María, portuguesa de nación, parisiana de vecindad y cachonda de afición, ■ la cual estorbaban las ropas más que las pulgas a un obispo y no bién le tañían la trova del strictum o calentaban medianamente la madre o el ren, licenciaba los botones, daba de mano los corchetes y enseñaba sus cosas, de



Perecón

Capítulo segundo

las que podía blasonar vive el cielo, ■ quien bién las quería ver, sin ser avariciosa ni tener ansias de atesorar lo que Dios le dio y ella sin esfuer- ■ logró. Y así como los caballeros gustan de emularse ■ correr cañas y tirar bohordos y los trovadores en hacer tensón, halla placer la dicha en facer torneos ya de sobos o masnaduras, ya de ósculos y ella misma, gozalla, era el premio.

Y luego no se daba.

El último fue de masnadura de pechos. Y hubo tres en la emula-
ción. Todos tres, cada uno un espacio, pudieron sobar a su aire y dijo
luego don Miguel que don Adolfo dijo:

—Recordábame, en los babosos, ■ las vacas de Baraxas...

Y ya que estamos con aquesta de boticarios, buena será contar al-
guna cosa de sus mesnadas. No es de callar don Ferrera, que son dos,
mayor y menor. El mayor, que está agora en las Indias Occidentales,
sué siempre asaz desenvuelto, buen cantor y ardido yacedor, que no se
le despintaba mujer y así quizá ■ día ibas con él, como le constesció
al dicho don Alonso, y vesá pasar una. Como la viera, sue don Ferrera
a ella disparado y tirando el brazo ante sí y mirándola al sesgo díxole
con el dedo tieso:

—A tí, ■ tí te gocé yo en Salamanca.

Y ella, sosegada y discreta, respondió:

—Ansí ha de ser, seor escolar, que exercí allí y con mucha devo-
ción y mérito.

Y le pareció entonces bién a don Ferrera, ya que encontraba y co-
nocido nuevamente la había, podrían folgar él y don Alonso a precio
arreglado, pues puta era. De suerte que comenzó a argüille, tan amoroso
como lo suele.

Como él se pone de fablador, tan envolvedor y tierno y una pieza
de susurroso:

—Oye fermita píruja, ve como don Alfonso y yo estamos con cier-
tas urgencias ingleras de las que te fago gracia, ca tu del oficio eres y
sabráslo comprender. Mas cántate que somos escolares, sábeslo bién, de
flaca bolsa y ruin peculio...

—Pues el caso —dicia ella dubdando— que iba de recogida, que
asaz trotada estoy aquesta noche.

Le surgaba don Ferrera los costados y falagábala:

—Eres tú buena hacanea para que te rinda nadie. Tú agora das
vuelta y nos alivias en un breve instante. Hala...

—No tengo yo —contestaba ella con cierto orgullo— ya tan buenas ancas como otrora.

Mas don Ferrera redargüía con sobos, que siempre fué argumento de mucho peso ■ pleitos deste tenor. Y mientras don Alonso, con su viola en la mano, miraba el trato sin decir cosa y una perplexidad tamaña.

El ■■■ es que don Ferrera cerró y concordó en ■■■ corta soldada por ambos a dos, pues enterñecida ella por la necesidad, determinó asentir ■ un barato que don Ferrera le propuso. Y don Alonso que ■ tenía gana ni necesidad, vídose de pronto, por no hacer de menos a la rumiasca, metido en la yacifa con ella y gozándola sin terminar de enterrarse de cómo había parado aquel negocio en que ■■■ hallaba. Y mientras complía lo suyo, don Ferrera, que se peresce por sus amigos, y más si son tunos, asomaba de tarde en tarde la gaita por la cortinilla del yacerero y jateaba, palmeaba y dícía:

—¡Alahé los mancebos fornicadores. Y qué bién menea su merced los lomos!

¡Viéralo ■■■ señor padre y folgara de lo ver!

Y así mil y una ■■■ y don Alonso, que de compromiso estaba, apenas pudo cumplir medianamente el encargo que por caridad tomata.

Bajo destos aposentos vivía, y paresceme que aún, un escritor llamado José Antonio Novais, que había sido macedónico antes y ■■■ agora demosténico, cuyo era un perro llamado Ignacio que se solía estar trascachado en el terrado y daba el susto a los visitantes ladrándoles al paso en la oreja. Aqueste Novais, cuando se armaban los saraos en casa de don Adolfo tascaba el freno y, luego de un espacio, subía a pedir tregua para sosegar, mas, como ■■■ de la misma cuerda, lo que hacía era entrar en batalla y sacudirse unos aguardientes que ■■■ ponía berrendo. Y, dicho al paso, es cosa que contesce pasar con los filipenses que se cambian al bando contrario, pues siempre tientan olvidar su pasado en el Leteo de los licores. Aosadas por ser la española gente excesamente clínada a sostenella y ■■■ enmendalla, de suerte que aquél que la enmienda es mirado al sesgo, cuando debiera serlo de frente si no se olvidara aquel refrán castellano que dice «De sabios es cambiar de opinión».

Aunque no ■■■ igual ■■■ cambiar de opinión que de bando, ca haylos que no tienen más opinión que el bando que triunfa, ni más contrarios que los del bando que es vencido. Salvos esos, que no es que sean pocos, los que mudan opinión debieran ser tenidos en algo, pues

demasiada desgracia se padece por quienes antes se dejan matar que convencer.

Con los tunos boticarios, ocurrió una expedición ■ la isla de Puerto Rico, en las Antillas, do asentó planta en sus días Juan Ponce de León y cincuenta más. Allí, tras Ponce de León, llegó a estar el tuno apotecario, buen cantor, pandereta y ardido ■ toda cosa, don Ferrera, del que ■ fabla líneas atrás, pues el dicho, luego que asentó allí, do casó y tuvo prole, comenzó a maquinar cómo la tuna se asomara a la isla y diera que holgar ■ todos, y el primero él, con ■ presencia. Y un su hermano don Horti comenzó ■ mover aquí la tropa y hacer la leva para el viaje, me dijo si me placía y dije sí, pues pensaba yo quedarme por cumplir tal empresa, siguiendo el camino que tantos esforzados españoles abrieron en los años de mil y cuatrocientos y aún, si don Justo de Urbel está en lo cierto, algun millar antes de Cristo, con los navegantes tartesios.

Embarcamos, pues, un día, passamos la mar Océana con levantado espíritu y desbarcamos en aquellas playas amigas do el español cada vez que llega halla la mitad de su familia que, en alguna de las carabelas anteriores, mudó el solar. Ibamos en aquella expedición un breve número, ca el crecido coste del passage no permitía armar compañía numerosa.

Allí nos aguardaba don Miguel y el mismo don Ferrera, con grande alharaca y parabienes. Los suegros deste nos aposentaron en unos cuartos que tenían en Bayamón, capital del chicharrón, que es lechón puerco asado a brasa y desde los aposentos dichos tunábamos la isla a los cuatro rumbos. Es la gente de aquella isla muy placiente y cortés y con nosotros afable en toda cosa.

La isla tiene, signo parece, una latitud de cerca de cuarenta leguas y unas diez ■ doce de anchura, montañas cubiertas de verdura y es la más grande El Yunque. Llueve asaz y es florida. Y toda hora de la noche se oye cierto canto parecido a pájaro nocturno, pero que lo canta una ranilla como avellana que vive en las hojas y matojos. En la ciudad de Ponce se cantan y bailan plenas, aires bien alegres, con que gozan en toda la isla. Tienen también cierta clase de bandurria. Dícese que las más fermosas mujeres están en Mayagüez y la ciudad principal ■ San Juan do se hallan unas fuerzas muy fuertes de sillar y cal y canto como son el castillo de San Felipe del Morro, con murallas de un gordor de más de diez varas y el fuerte de san Jerónimo, en una isleta, también asaz fuerte y bien artillado, con bombardas y pasavolantes, falconetes

y búzanos, ques buena guarda del puerto que hay. Y viéndolas vínome a ja memoria lo que dijo cierto inglés, llamado Darwin, que lo oí por arte de brujería, cuando vido los edificios que restaban en Puerto De-seado, fué aquesto:

«Con ver las ruinas destos edificios se echa de ver cuán fuerte y generosa fué la mano de España en otros tiempos.»

Como ya dije ser la gente cortés, generosa y alegre, huelga decir tu-vimos un buen mes aquellas, que eran, navidades. Fuimos de ■■■ en sarao, engullendo como canónigos y soplando como saludadores, tañen-do y cantando toda hora, sin parar un día, de zoca en colodra. Y en una destas contesció que entramos ■ tañer ■■■ un sarao de muy fer-mosa gente, galana y polida. Y entré con la alegría que suelo, nascida commigo, mas héte aquí quedé de pronto amortescido pues al mirar a un lado hallé cierto caballero que parescía a mi padre como gota de agua a gota de agua.

Y mi señor padre, muerto alevemente, sólo habíalo visto yo en retrato pues cuando murió era yo pequeñuelo de un año menos unos días. Quedé suspenso, con el laúd colgando sin tañer y mirando como si viera trasgo o asomo y él sonrisaba serena y gentilmente. Tras de un espacio torné en mí y fuíme a contalle lo que contescía. Era banquero de Mayagüez y de edad como de veinticinco a treinta años.

Es el caso que aquesta isleta desde que fuimos nosotros háse tomado como tierra de promoción de las tunas y así, cada Natal, vanse allí copia dellas, en mesnadas chicas de cinco o seis. Y a veces pienso van demasiados, pues como los naturales son falagueros con los españoles y corteses de todo punto, los tunos toman el galeón ■■■ ida tan fácilmen-te como quien toma la galera para ir ■■■ su pueblo en vacaciones. Desto hicimos una vez una burla, estábamos una compañía de amigos y ami-gas ■■■ mi tierra, en el Reino de Jaén, bañando el cuero en el río de Segura cabe la puente romana, ■■■ de su nacimiento, do lleva clarí-simas linfas y discurre entre altos peñones plateados y arenas blancas y verdes pinos y nos aupamos unos diez en una peña do por marevilla cabían dos y arbolamos el pendón del cordero cruzado, que es el de la isla, con lo que parescía ■■■ Puerto Rico cuando llegan las Pascuas.

Complimos días cercanos al mes y en fin llegó la hora de tornar y aqueste, en aquellas pascuas tan sudadas, con los gruesos paños del atavío y capa, soñaba con las nieves y los vientos y magüer todo fuese en aquella isla tan placiente, cuando llegué a las sierras mías y vide todo de blanco, noté en el rostro el soplo frío y despertador del viento

Capítulo segundo

de las cimas y contemplé las nieblas dejarse caer envolviendo los gruesos pinos ■ colmando los valles de vaporosa blancura, llené los bofes cuanto me cupo y sonréi con los ojos cerrados. Y luego, sin otra detención, mudiéme a rústico atavío y exí de casa para trochar la nieve, que sus copos me blanquearan y empaparan las guedejas, carisciaran mi cara y pusieran, sobre mis párpados secos, ■ dedo fresco, su húmedo tacto, su peso leve y suave. Torné chorreando, recabé la yesca y perenala, el deslabón, pilé cabe el hogar la leña seca de carrasca, tres piñas rubias como mis amores, dispuse con cuidado todo, saltó la chispa, prendió la yesca, se inflamó la piña, contagió la leña y una llama alegre dorada y blanca y añil y roja, levantó su cuerpo lleno de alegría con que me trujo a la memoria aquel verso de Abiljisal, esclarecido ingenio de Las Gorgollitas, que dice así:

*Contempi el luciérnaga sente enmudecer el cielo
ignorando los gozos de su mansedumbre en su quietud
■ qui es velludo iei come de su amor
nunca transformado e transformado en amor*

El lo escribió en arábigo y el traslado lo hizo don García Gómez, catedrático de prima desa lengua en la Complutense, maestro que fué de mi señora hermana.

Y recuérdame cierto verso del poeta Angeriano que trac Sebastián de Cobarruvias y dice así:

*La noche sana nubes negras
■ lamma la luna rosa como rosas*

Pues luego que el fuego tomó copero, arrimé una sillita a él, fui me desnudando y tendiendo en el respaldo la ropa. Quedé en cueros, recabé cesta del pan, una orceta de chorizos de que saqué dos, los asé ensartados en un almarada, púselos sobre una rebanada de pan luenga y comí regaladamente, ■ porreta, frente al fuego, mientras mis ropas humeaban soltando el humor que tomado habían de la nieve. Finé y arrimando una cabecera a lo caliente, me eché a dormir y ensoñar cabe la lumbre, en tanto fuera soplaban el aquilón muy reciamiente. Conté ser aquello el cielo y ■ él me llevaron mis ensoñaciones. Soñé con las ninfas oreades que habitan las montañas.

Y como es la tuna escuela de todo, cada una de cada facultad tiene

sus gracias y sus trovas distintas. En aquesta de los alquimistas o boticarios aprendí de don Arturo Madrigal la jota de Navahermosa, del Reino de Toledo, que dice así:

*Echáte un sorbo
Echáte un sorbo
que hoguero nos cometea
mucho los lobos
que hoguero nos cometen
mucho los lobos
Yo van siete
siete u ochos
entre cobras y chivos
y el macho mochó*

Aquesto se cantaba quietos todos mas luego, saltando cada uno a su aire y los brazos levantados se atacaba el estribillo, que dice así:

*¡Y en, y en, y en!
y en la ventarrón más ocha
cantaba y decía
aquí de noche y aquí de dia
hasta que vengo la luz del dia
la luz del dia yo está viniendo
los compañeros ya están saliendo*

Luego se tornaba, quietos otra vez, con las estrofas del tío Pliegues que con la escopeta rota mata las liebres, para asegundar en el estribo los saltos, con gozo de quienes lo ejecutan y lo ven.

Como de don Sancho Saráchaga aprendí aquella copla de Reinosa que dice:

*No soy de Reinosa
ni soy de Vilacantida*



CAPITULO TERCERO

DEL PRIMER INTENTO QUE SE FIJO DE TENER CASA PROPIA LA TUNANTESCA Y DE SU ESCASA FORTUNA Y CONOCIMIENTO DE DON GINESILLO DE PASAPANDERA, FURTOS Y DEMASIAS DEL



Quien tenga leído el «Libro del Buen Tunar» recordará se trata allí, en la parte de la estada en Haidelberga, de los casas que tienen los estudiantes en la dicha ciudad y acaesce que, desde que las vide y visité, no he parado de querer cosas aparentes para nosotros, en particular para tunos que se junten y canten y cuenten y tiren, como suele decirse, lejos a quienes se pusieren a tiro.

Por ello, con las buenas amistades anudadas con la Tuna de Boticarios, fablamos en ello y determinamos hacer intento. Para ello logramos una casa en la calle de Zurita, cerca de la imprenta de Juan de la Cuesta, propiedad del Licenciado del Olmo, padre de don Eduardo del Olmo, pandereta de la Gloriosa. Juntamos dineros los de Derecho, Medicina y Farmacia y comenzamos a obrar en la casa para que nos sirviera a todos para posar y ataviarnos y aún hacer teatros y músicas cuando nos viniera en gana, que es cuasi a toda hora. Hicimos llaves para todos y entre quienes la tuvieron, y con la llave la confianza, estaba cierto Ginés de Pasapandera de cuyas fazañas puede tratarse, aunque brevemente, por ser de enseñanza: a saber enseña qué es el mal tunar.

La Tuna, sépalo vuesa merced para su gobierno, es a manera de madre para los escolares que a ella vienen y, a las veces, acaescce ha fijos malos de buena madre y della se chancean y ■■■ hermanos vexan y hacen avergonzar. Y porque han de estar avisados todos, singularmente los crasos, novatos o tyrones, bueno será que, antes que cualquiera cosa, sepan que el hábito no hace al monje y pudiera ■■■ que quien lleva atavío de tuno y cruza, abriga y honra sus pechos con una beca de las escuelas, sea mejor concertado para llevar grillos de galeote y estar en el

cepo, o dándole al remo en las galeras del rey en puesto de tañer cualesquiera estrumento de aquellos de mayor precio que dicía el libro de Aleixandre.

Destos galeotes hay pocos, mas siempre serán demasiados y dentre ellos quiero traer agora aquí a uno al que, por nombre oculto, diremos Ginesillo de Pasaparche, hábil salteador de los que, confiados en su apariencia, fían dél. Dice de sí, y lo pregonan en letras de molde, ser licenciado y aun doctor en medicina y cirugía, cuando aún que sepa rudimentos de barbero ■ sangrador dudo y, si sacamuelas, no fuera yo quien pusiera mi caja de dientes ■ sus alicates. En hábito de doctor Oliveira vende herramientas de cirujano y lancetas y sanguijuelas en bote, con cuya industria entra y sale en hospitales y guadaña con singular desenvoltura las bolsas de los galenos tunos, que fueron siempre, para honra de la Muy Prolífica de Medicina, generosos de sí, blandos de corazón y amigos hasta la perdición de sus compaños en el mester. Y cuenta el dicho Ginés muy bien urdidas historias deste tenor:

«Cátate, amigo y hermano, cómo el hado va tras mí con sus peores artes para acabarme con las cuitas y trabajos, cuando no míos de persona ■ que me tocan y tiran de las entretelas del corazón, como una mil prima que ahora acabo de dejar corroída por la lepra, sin de qué comer ni vestir, dejada de todo amparo en su misero rancho, sin otra ayuda que la dese pecador, bastante cargado con ayudarse a sí mismo, en su orfandad y con el magro peculio de esta menuda industria y enteco oficio que me ocupa. Así mírate por ahí si tuvieras con qué socorrer aquestas necesidades que no son mías, que aquestas con humilde condición las cubro y entretengo, y socorriera digo mi dicha prima tan recia mente combatida de la adversidad. Y, tuno que soy, parésceme no he de recurrir sino a los que son mis hermanos. Ea, Dios proveerá, amén.»

Pues enternescido que ha con la mentada cancamusa el corazón del oyente imprudente, la reitera con otro y, en una buena mañana, se embolsa hermosos doblones hasta que suspende el auto porque ha corrido la voz y todos los posibles esquilados están sobre aviso. Para entonces el Ginesillo tiene dineros bastantes para se ir al mesón del mejor asado de puerco y cordero y llenar allí el andorga. Item más, suele invitar los tunos ■ cualesquiera vinos o manjares, ■ lo que, flaca es la tripa, gana gran predicamento entre los ignorantes del origen de caudales tan liberalmente derramados. Singularmente, como se dice, los crasos o tyrones a quienes no descomulgó la bolsa. Digo todavía.

Suele también ir do se juegan toros y es gran voceador diciendo «¡Buen fierro clavaste!» O, si otra cosa fuera «¡Mal cuerpo traes para correr toros!» Item más, si hubiere justa de tunas allí estará él, cabe las candilejas, fablando por los codos y con todos, como si fuera el mismo Juan Ruiz o Juan del Enzina, blasónando de ser el tuno más antiguo. Y pregúntome cómo arriesga ■ encontrar en una destas, do concurre copia de gentes, a una buena compañía de los que ordeñó y le muelan las costillas ■ lo corrán.

Ginés, dije antes, entró con los demás y tuvo llave de ■ casa, con lo que, poco después, comenzaron a faltar dineros y aqueste garduño es buen chanceador y salutante, todos le teníamos estima, como suele contener a los que no saben sus fazañas, ansi que no pensábamos fuera rapiñador y nos hacíamos mil cábalas hasta que determinamos ocultarnos, con un capitán de la Santa Hermandad y dejar cebo de dineros. Pues, luego que el roedor de ajenas haciendas pensó éramos idos, apresció Ginesillo furtivo a furtar y, cuando furtaba, los que a furto le aguardaban se hicieron presentes.

Vino el juicio y se enterneциeron los testes y no dijeron lo que sabían y, justo es decillo, con el alivio con que las almas generosas ven ■ alguien escapar al castigo, aún digno, salió libre. Digo para tornar a ejercitar ■ artes volando unas veces una pluma de oro, al descuido del que lo había rescebido en la confianza y otras lo que bién venía.

Y aqueste servidor, porque amo a la Tuna más que a los tunos, pues en ella hallé los mis amigos sin reserva y pues pienso ser la tuna la cara alegre de la Universidad, no pude luego devolverle el trato dado antes. Y él, según me vinieron ■ decir, quejaba de que, habiendo reformado su conducta, no se le perdonara, lo que parecía arreglado a la compasión que debe templar la justicia, mas luego se supo seguir el tal aliviando bolsas, fingiéndose físico y ganando, con dineros ajenos, estómagos y andorgas gradescidos. ¿Y ha de callarse? Cállense otros que piensan ser la Universidad monipodio de galeotes sueltos, cobijo de cualesquieras y peana de despabilados y holgazanes.

Y digo, iterando, que aquella compasión de los tunos por los extra viados los honra, mas luego todo va en desdoro de la Madre Tuna, pues en aquests cuatro galeotes sueltos, hallan los que odian el mester, por no participallo, pié para tacharnos ■ todos de lo que son unos. Pues es de ver cómo, hallándonos en tiempos en que jaques y cortabolsas, rufianes y pedigüeños mil con doscientas mil artes de sangrar, ansi fingidos tullidos, como falsos huérfanos, holgazanes contrahechos de desdi-

chados, puñaleros de guajero, malentretenidos puercos, vivos embau-
cadore, hay algunos escritores que cada dia, en los papeles, se quejan
con dolida amargura de que unos tunos les sacaron unas blancas y ta-
ñendo desafinadamente. Habría primero que saber si los tachados eran
tunos verdaderos, pues aquestos amargos no tiene costumbre de cono-
cer la tuna en su sitio natural, que es el Estudio, ni aún de demandar
a los que topan ■ mesones o sigones cuya es ■ madre, sino que hallan
más fácil rasgarse vestiduras y lamentarse cual si hubieran sufrido el
mayor tormento que sus delicadas carnes y exquisitas orejas sufrieron
en los días de su vida.

Pero no conforme Ginesillo con las dichas empresas, el expolio de
su futuro suegro, complió, ■■■ otras, la que agora cuento hazaña. Con-
tesció ser invitada una compañía de tunos a cierta ciudad de Alemania
llamada Viersen do celebraban los carnavales y habían electo, como lo
tenían por costumbre, un rey de las fiestas, jocosa magistratura que
aquel año, por cortesía hacia los extranjeros, lo fue un español llamado
Josep, ■ el nombre de Pepe I. Paresció cortesía obligada asistieran unos
tunos. Que, compasivos o ignorantes, llevaron consigo al ya nombrado,
y excesas veces, Ginesillo el galeote. Quien tal piensa.

De abrebotas, no bién llegó, comenzó a zaherir al rey del carnaval,
arreglada cosa y discreta, visto que, en él, la ciudad honraba ■ todos los
españoles, por lo cual no ■ polido chancear a costa díl con peligro
de ofender a los ciudadanos y pagar mal la cortesía, denostando nos lo
que ellos loaban.

Mas luego, no contento, determinó ornar la indiscreción con algu-
nas guindas de villanía y así empleó sus artes en cierta moza de me-
són, española del reino de Galicia, de nombre Olimpia y fuéla embele-
sando con cierta labia que tiene cuando tráta de ■ facultad, que ya
habrán colegido sus mercedes consiste en sacar los cuartos al prójimo,
al punto que cuando se tornó de la sobredicha ciudad le había chupado
los caudales escasos que había ido juntando con su duro trabajo, día
tras día lejos de ■ patria y casa. Para mí que con tan amargo patri-
monio y puerco peculio obsequiaría ■ su vuelta a los que están prestos
a reír gracias y a darlas sin demandar de do vinieron los dineros que
gastaron en su obsequio.

Luego que la dejó limpia pensó todo sería llano, mas la despojada
acudió pidiendo amparo al cónsul español que cursó exhorto al Rector
sobre los sudados dineros de la moza, para vergüenza de los tunos y la
tuna y ■■■ facultades.

Diré también que en cierta ocasión me vino por terceros, seguros mensajeros, cierta dolida queja del sobredicho acerca de la dura condición de quienes lo teníamos en poco, cuando, decía él, se había reformado en su vida. Y esto nos puso a repensar cuando llegaron nuevas del hurto dicho arriba de una pluma de oro ■ el bufete de un compañero, cuyo nombre callo porque nadie sepa más rastros y, otrosí, me contesció asistir a toros que se corrían ■ Madrid y cuando, como suele, dió uno de sus gritos admonitorios, dijo uno al lado nuestro:

—¡Que me aspen si no es ése Ginés que en Sevilla me arrancó con cuentos como cinco mil maravedises y ■ es la hora en que estoy aguardando el pronto pago que prometió!

Item más, otra hizo que no callaré por mucha inclinación que tenga a la misericordia y presente el aforismo que dice «*Summa lex, summa iniuria*» porque toca ■ la honra de la tuna y no de ■ cualquiera, destas dejadas de la mano de Dios, de facultades de tres al cuarto a estudios menores de ninguna o poca monta, sino de una facultad cuyas glorias en las sciencias están duplicadas y naltescidas por las que logra su tuna, d'entre las primeras de las Complutenses y con ello queda dicho, las de las Españas e Indias Occidentales.

Contesció que el tal, que se regala el andorga y el ojo sin faltar en cosa alguna de folgar, tal como convite o toros, se hallaba cenando en cierto lugar que llaman Rancho Texano, que está afuera de Madrid ■ la carretera de Alcalá, tan conocida de los escolares que en aquellas escuelas fueron descerrilados y encaminados a las doctrinas, y, lo tiene sólito otrosí, iba el tal con ■ buena cuadrilla de añadidos y capigorrónes que él mantiene con los dineros que a otros saca con malas artes. Tañen allí unos tunos soldaderos ■ los que de la Gloriosa hay alguno. Pues el sobredicho Ginesillo, después de regalarse y hartarse y regalar y hartar a los que con él iban, dijo al posadero que ya mandaría los dineros con los tunos y que los pusieran en su cargo. Como los tales tienen con el posadero buena fama y crédito bastante, otorgó el posadero, magüer no conocía de antes ■ de Pasaparche. Y aquesta ■ la hora en que ■ ha visto ni ■ galeote ni ■ blanca. Y, comedidamente, el posadero, de vez en cuando, les pregunta:

—¿Háles dado su amigo algun dinero para mí?

Puede sentarse ■ esperarlo o, como decía don Sotohermoso, escribirlo en una lancha de hielo y ponello al sol de agosto.

Otrosí, resulta de autos que el sobredicho arna unos «convivia» para los tunos de Medicina en que el tabernero les lleva crescidas su-

Capítulo terceiro

mas por una pitanza que ■ encuentra gratis en las porterías de los conventos, sólo con tender la hortera y disponer, sacándola del bigornio, la cuchara de palo. De cuya empresa muy muchos están prevenidos y se tienen prometido no tornar ■ pagar bazofia como manjar, cuyo beneficio no se sabe do irá a parar, aunque lo sospechan.

Pues aqueste, dotado destas crescidas gracias y sonadas habilidades, no contento con cubrir a la tuna de apestosa mierda con sus hazañas, furtos, rateterías y destiempos, ha osado decir haberle el que escribe quitado la dignidad de cancelario ■ chanciller que, por antigüedad, le corresponde. ¡Señor de los ejércitos y cuán osada la ignorancia es! ¿Por qué, oh, Pantocrátor, tú que puedes, no sujetas estas lenguas ignaras, atrevidas y mendaces? ¿Y tú, Santa Lucía, no curas, al menos breve instante cegueras tales que llevan a tropezones tamaños?

Digo a don Ginesillo lo primero si sabe qué ■ cancelario o chanciller, lo segundo que si alguna vez tuvo un libro en las manos, lo tercero si se graduó en escuela o estudio que no fuese la de Monipodio, lo cuarto si conoce algun arte, derecho o física o filosoffa, que no sea el arte de hurtar, la lengua de embauclar, el derecho o gorroncar, la física de sisar y la filosofia de ■ trabajar. Si dijole alguien ser delito usurpar grados y fingir nombres, pues ni es doctor —para lo que es preciso leer una tesis y defendella— ni ■ llama Oliveira, pues se llama el nombre que me callo, pues no es intención mía lo señalen por la calle con el dedo, si que guarde perpetuo silencio en aquestas cosas que tocan al mester de tunería y ya que la Tuna tiene tan generoso seno que permite en ellas semejantes, no se erijan en cabezuelas de nada, ni salgan los primeros ■ parlar y mostrarse.

Soy canciller, sin merescerlo, porque tengo dello credencial y recudimiento que se me dio en el rectorado del doctor Botella y, por la Gloriosa, mediante voto prestado según piden las Ordenanzas de la misma.

La Tuna, por instituto, no puede ser el Santo Oficio de la Inquisición, ni cumplir oficio de corchete ■ sayón. Por lo cual no andará pes-
cudando, inquiriendo ■ persiguiendo, ■■■ una es esa cosa y la otra que
■ alcen pícaros tales que tuvieron su lugar en aquellos tan estrechados
tiempos en que una buena parte de los estudiantes tuvieron que aguzar
el ingenio y «a las manos reduzgo melindres» buscar sustento de mil
maneras, lo que no les vedaba acabar letrados, ni les impedía emplearse
en serlo. Agora no es de recibo tal género de saltabancos y menos pue-
tos de primipilarios de tan esclarecida y humana gente como la dedica-
da al mester.



Peretton

Capítulo tercero

Y acabo este, no por haber terminado él sus desmanes, sino por parecerme ya exceso el tiempo y espacio que le doy ■ personaje tal que más valdría olvidar.

Y vive el cielo que lo haré, hasta de que, estrechado, dijo ■ cierta ocasión haber yo ayudado, cuando ni aún lo conocía, a aliviar a su futuro suegro, sin lo llevar ante el juez para que advierta haber leyes contra quienes tientan descaecer honra y fama ajena a humo de pajas. Basta con que él ■ tome cuenta y reforme, ya que la continua devoción y generosa ayuda de don Joaquín viene amparándolo de continuo. Y le da fundamento para ello.

También, diré como pienso, a osadas tengan más pecado aquellos que pecan de despegados que aqueste que lo hace por pegarse pues digo yo cierto afeto tendrá la lapa al casco ■ que se aferra y el muérdago al roble de que vive. Pues la Universidad y Escuelas ■ otra cosa son sino madres generosas que da ■ la luz de la ciencia ■ ignaros antiguos, ciegos que fueron, estultos, deslegañándolos porque vean y entiendan. Y aquesto a pesar de malos maestros, que haylos a las veces, pocos dineros, pecado y defeto general y perpetuo de los escolares que, cuando los tenemos, no juicio para catarnos de su sabiduría y bebella como la primer agua dulce ■ náufrago. Eso mismo la Tuna es maestra de vida, do se anudan y fortalecen las más fuertes amistades y férimes amigos en el orbe redondo. Y si hay mejores bienes que la amistad y la sabiduría que venga Dios y lo vea.

Pues con eso hay escolares que, luego que salen los Estudios, creen que nascieron de mí mismos y la ciencia les vino del cielo, traída por la divina paloma en sus sagrados pico y patas. Olvidan que en las Escuelas aprendieron a aprender, cataron el gusto por la ciencia y abrieron el espíritu, si lo tenían, asunto diverso y del que no tractamos agora, con las liciones y el poste y la comunicación con los compañeros. En la tuna, del mismo modo, sólo bienes recibieron, ya de amistades, de amores, de viajes y descubrimientos y del mismo placer que encuentran los espíritus afinados ■ el tañer nocturno y los inquietos y curiosos en correr países y ver hombres. Y si ambas están unidas, bueno será recordar lo que hablaban los perros escrito de Cervantes: «El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos» y dícese otrosí comunalmente: «Tres cosas hacen a los hombres sabios: letras, edad y camino». Y con ello huelga cualquier otra cogitación.

Pero hay quienes ■ olvidan de los Estudios y se avergoñan de haber sido tunos y lo ocultan. A muchos pienso yo se les sacaría hasta la pe-

Del primer intento que se hizo de tener casa propia

lusa de la bolsa amenazando con mostrar un su retrato en hábito de tal, porque piensan que derrocaría su fama y la estima en que ■ creen estar. Y suele contescer que aquestos fueron, cuando tunos, de los que no merescíanlo ser, unas veces por sosos y por tardos y muermos y sin trazas de gracia o habilidad, las otras por ebrios y sucios y malastrados y desastrados, que la tuna los abrigó en su seno generoso sin que lo merescieran y les dio con qué holgar y llenar el andorga y aún consolar la siempre flaca bolsa que es de cierto modo galardón de los escolares, ca por ello ■ las veces despabilan los ingenios, salen a buscar el maravellí ■ la breve blanca, sin que los dineros los encandilen y así aprenden cuán grande es el mundo, cuán lleno de gentes y de hermosuras y músicas. Sí.

Pues, digo, retero, que con haber rescebido tantos bienes en la cofradía luego alcen el morro cuando alguien les recuerda que estuvieron en ella. Castigo les dará Dios, ■■■ justo, con congrua justicia, y condigno castigo. De mí diré que do hay lugar y se platica dello, luego digo a quien me quiere oir y con voz no delgada, magüer mesuramente, digo que fui, soy y seré tuno hasta la fosa y dello no me apartará ni la cátedra, ni los dineros, si vinieren, ni halagos de damas, ni señuelos de gloria, porque pienso que cualesquiera cosa que se haga, mejor se hará ■■■ un ejercicio del mester anterior. Mejor se lee en la cátedra, lucen más y asoberbian menos los dineros, tienes más a las damas en las masas y la gloria llevas como quien una paja delicada sobre el hombro.

Quien no se cate de que rescibió tales bienes de la madre Tuna bien sandio es y un algo lerdo. Haylos sin embargo, pues tiene la dicha madre tan generoso seno que caben ■■■ El género de todo. Así contesce con tan buenos tañedores como don Tate, agora alcabalero de los mayores, o don Tal, que dice agora templará ■■■ sus hijos si alguno osa seguir el mester, cuando él lo fue por sola caridad, ca nadie le conoció otras gracias diferentes de tocar malamente el pandero, beber con demasia y andar desaliñado de barba y guedeja que más parecía mendigo, truhán, bobillo, capador, saltimbanqui, titere, egitano, galeote fusfo o saltador que escolar de tan excelente facultad, como es la de Leyes, que no la hay más, ni que entienda en más alta sciencia, porque, venga o no a cuenta, diré aquí, allí y donde bién me pareciere y alcanzarc la voz, ■■■ la de los derechos la más conveniente sabiduría al sosiego de los pueblos y el concierto de las naciones. Si, también.

Pues con todo, este breve excuso y asqueo me lo hacen olvidar quienes, como los veteros de los años cincuenta, hanse asociado en Fra-

Capítulo tercero

ternidad de Antiguos Tunos y tañen de maravilla y ensayan cada lunes en el Mayor Elías Ahuja. Dirígelos don Santiago, uno de los Gemelos, asaz bien, y tengo en tal tropa tunantesca muy buenos amigos y honra de la hispana tunantesca que Dios guarde.



CAPITULO CUARTO

DE CIERTO AMORIO SECRETO EN QUE MEDIABA
UN ALMEZ, DE SU MOVIDO DISCURRIR Y SUBITO
FINAL Y DEL USATJE «SI QUIS ARBOR IN ALIENA»
CON EL LAUDE «DE OCCULTIS AMORIBUS».



Suele contescer con harta frecuencia que las damas cercanas, que todo dia ves, no te mueven el ánima, como la belleza asueta de la tierra do naces e moras y así como la distancia dispierta los recuerdos, la ajenación hácete ver qué buena pieza perdiste. Pues aqueste pecador tuvo, humano, tal tropiezo y vino a entender las gracias de cierta damisela luego que la vide ajena y, diré por abreviar, llegamos a mutuo concierto. Dello se siguió mandalle entiendederas y concertar citas, digo ■■■■■ dificultosas, ■■■■■ no para mí que a gala y disfrute tengo ser como garduño silencioso, cual tuno buen nocherniego y tal que ardilla leve y ágil de cuerpo, serrano y trepador. Y viene esto a que el concierto con cierta damisela fue subiera yo a gozalla por un almez que sobre el tejado de su casa daba rama y luego, con corto camino tejero caía en un patio del cual, pasando la cuadra y por una portezuela, que para atención de las bestias de arado había, pasaba luego a una cocina y de allí ■■■■■ su sposento.

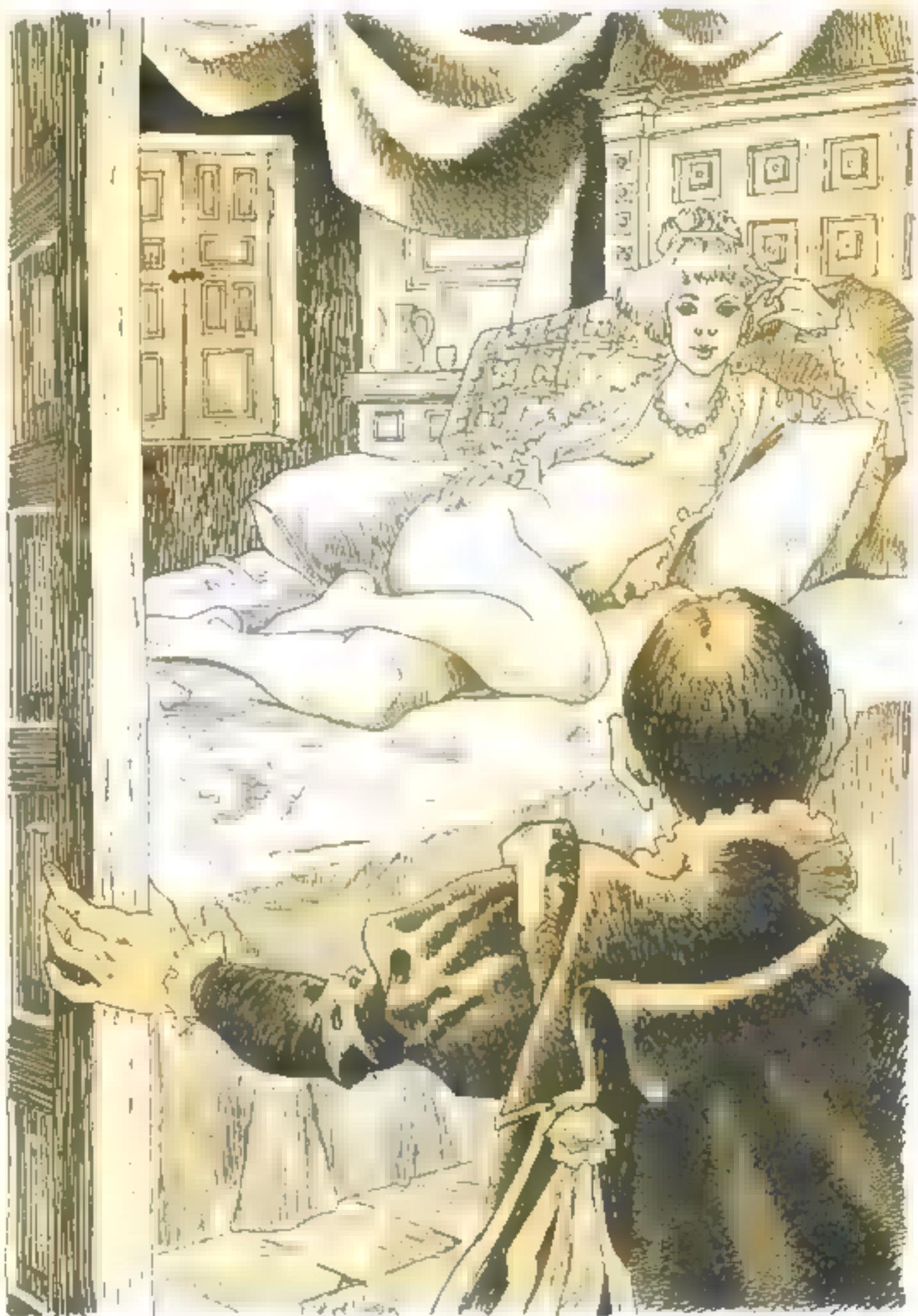
Y con el ánimo esforzado propio de un escolar, la sotileza del que exerce el mester de tunería y la ligereza del que, montándolos, guía maderas dende el Salto Tugiense a las riberas de la Torre del Oro, tomé la *prima noche* el cabo del laberinto a cuyo final estaba Ariadna, aguardando entre blancas sábanas guardado su blanco cuerpo y suave, appetitoso y tierno. Y contescía que el deseo torpecía mis miembros, menos el específico que se pasaba de dispierto y punaba dentro de las calzas embarazándome trepa desenvuelta, sigilo caminante y cauto acercamiento con su guerra secreta y patente insolencia. De suerte que dicha *prima noche* a pique estuve de caer del almez, suerte inimaginable en quienes hemos empleado nuestra infancia mitad en ramas de árbol, y

Capítulo cuarto

resbalar del tejado, y eso que pisé las tejas en los ríos, de una a otra, tal como aprendí de micer Francisco, maestro albañil de mi nación. Luego en la cuadra me espantó una cebadera que colgaba de un rollizo y una escarpia y me derribó el bicornio a tierra y tuve que andar buscándolo a palmo, ■ infinito cuido de no tomar cagajonera por montera y así iba mudando la mano y si advertía calentín, luego me cataba ser mierda fresca y cedía. Lo hallé sin emporcarme y fue una destas chicas empresas que dan tanta satisfacción como conquistar las Siete Ciudades de Cíbola, mas siguientes veces dejé el sombrero en las ramas del almez, figurado de cuervo durmiente. Sigui con un tantarantán en la portezuela y un tropezón del que paré en la cantarera, con la mano puesta en panza fresca de Bailén, la respiración embridada, que galopaba, y tenso el oído por catar las de los enemigos que siguieron sonando ■ trampas nocturnas con singular denuedo y bizarría dispareja.

Ansí finalmente, pujé la puerta del aposento della, que le dije aceitara, y la hallé como flor envuelta en lino, pétalo suave, corola perfumada y corazón en zozobra, saltándole como ave presa en red, ■ los montecicos pares parejos que tanto placen al montañés ■ que enfadan las planuras.

Folgamos y la vuelta, que pensé más fácil, fue esso mesmo dificultosa, pues era agora la flojera de los miembros y torpeza congrua, de suerte que oscilaba y iba lamiendo los quicios con los hombros, los dinteles bajos con la testa y aún, que nadie dello escapa, con el testud, trastabillando a las vegadas. Cuando subí la escala gallinera hacia el tejado, resbalé un borceguí caí a horcajadas y a poco me capo como carnero, a maza. Por las tejas navegué torpe, paresciendome que los ríos y los somos eran mar movido que curvaba sus olas y se me alzaba. Al punto que determiné asentar un espacio el trabajado lomo sobre las tejas y aguardar fuerzas nuevas en el reposo y allí quedó tendido catando el estrellado. Luego que me vi más firme seguí y cuando me vide abrazando la suave corteza del almez di gracias a Venus y al dios Cupido y pensé que de ser pagano les hubiera ofrecido sacrificios por el buen fin de tan delicada empresa. Mas ■ ese punto recordé que había dejado mi bicornio de escolar junto a mí, cuando en el tejado me tendí. Se me agallinó la carne, pues fuerza era conocello, por el ala cosida, los bicos que lo galanaban y la señal de la cuchara que tanto tiempo estuvo sujetá. Anduve dudosos un punto ■ temí, si volvía, acabara en el suelo mi gloria estrellada. Aguardé, pues, todo el siguiente día y, dende lejos, miraba mi sombrero posado como una graja sobre las bermejas



tejas del tejado y pedía a los sobredichos dioses no fuera catado por nadie. Y quisiéronlo así, que pasaron labradores, azacanearon labradoras, herró el ferrero, excavó el hortolano, todos cumplieron sus oficios sin alzar la vista al tejado do mi sombrero tremaba por miedo de ser visto y ganoso de abrigar mis sesos, de cuyos partos estaba bien orgulloso, como si fueren suyos.

Llegó, pues, como dije, la siguiente noche y, a hora conveniente a mi propósito, tomé un hurgonero del forno y cuidadamente hice bajar volando a mi bicornio que aterró sordo estrépito y complaciente mis pies. Me lo calcé y echando a hombro el hurgonero fui para el forno a fornicarlo, de otra manera muy menos placentera que lo cumpliera la noche passada con distinto furgón y diverso fornillo. Ea.

Siguimos cierto tiempo y deprendí nuevas mañas en estos trabajos de los amores ocultos por los cuales, Dios me había de perdonar a poco que escodriñe mi adentridad, tengo desde hace luengo tiempo muy firme gusto.

Lo primero es no ir embarazado de sombrero ni de atavío que empieza el libre meneo del cuerpo en aproximación y la misma guerra catral. Hay veces, cuando es cerrada escuridad, que conviene llevar ante sí alguna pieza que avise lo que viene, mas no con son, como un cinta sin hebilla o una honda o cosa parecida que el secreto amante llevará ante sí, moviéndola adelante y atrás de suerte que avise si hubiere algo empeciendo el camino libre. No han de llevarse bragas so las calzas, ni botones duros, ni borcegués que se salgan del pie, ni cosa que suene en los bolsillos, ni brille ni entrechoque, ni lastime piel o se enganche en clavos. Débese ir expedito y no digo encueros y descalzo porque pudiera ocurrir la fuida por lugares ásperos o públicos y ferirse los pies y pellejo o dar que hablar aparesciendo en carnes do la gente se ocupa en honestos menesteres, pues suele suspender catar encuerados que fuyen, y aún quietos.

Hubimos muchos acaescimientos porque siempre hay envidiosos y casi siempre quien vigile y embarace los ocultos y cuide en sorprendellos. Y el secreto amante, de su parte, cada vez imagina artes diversas para cumplir su deseo. Llegué a conocer cada teja y las cotanas en la escala gallinera y no digo el almez, árbol al que siempre amé por buen talle, la suave corteza y la firmeza de sus ramas que tantas veces, cuando zagal, me libraron de caer con su delgada fortaleza. Que aprendí de mi señor hermano cómo era de fuerte cada árbol y su madera.

Tornando a lo de antes, veces había en que, por mayor peligro haber y más suspensión de ánimo, comenzaba a engarabitarme en el almez mientras la familia posaba en la puerta de la casa y veialos desde arriba platicar, medio emboscados en pámpanas de parral ■ pique de que se cataran y entraba aún antes que ellos y luego aguardaba llegase mi enamorada refugiado so su cama. Veía encenderse el candil y andar sus pies y tobillos por la pieza y caer sus ropas y si ponía la luz alta, colgando, danzaba su sombra en el suelo desnudando. Y tanto caía sus telas se alzaban mis deseos.

Luego ella soplaba la candela y, retando, salía yo de abajo ■ la encender nuevamente.

Una de las veces contesció le dieron ■ cuidar un gozque de una su hermana casada y fue de las que entré antes que ella al aposento y advertí haber algo extraño que era la cuna, si ■ temor ■ daba el que lo hizo, menos podía dármelo la hechura, así que sin otra diligencia bucé so el catre y aguardé la venida con diversas cogitaciones y exquisitas filosofías, sin osar teologías, por ■ parecer lugar y ocasión a tales. Se encendió finalmente la candela y vide andar los pies sustinientes de lo que yo deseaba, vídelos pasar y repasar, ir la cuna y menealla al lloro y luego, como más lloro, buscó muñequilla que a los niños suelen dar mojada de aguazúcar ■ hidromel: Hallóla y luego la perdió y vila caer, dar unes vueltas y vínose a parar cabe mí y ella en tanto pescudaba por todo el aposento. Y entonces fue el pensar si convenía estar quedo aguardando a que lo hallara, riesgando que hiciera exclamación excesiva o, aún peor, que pidiera ayuda para más pronto encontrarlo a alguien. Así que, sin pensarlo más, tomé el chupe y asomando mano y brazo se lo osrescí como quien presenta una flor. Ofí una vocecita de complacida sorpresa y un poquito de risa callandito. Abrevió con el gozque y sopló luego el candil, con cuyo aviso y señal, ■ saqué del socatre y alcé a la sobresábana. Díjele mi cuido no fuese a arredrarse de ver, salir una mano sin dueño desde el suelo y díjome, Dios se lo habrá premiado y Venus y Cupido, que conoció la mano al instante y ■ temor alguno sintió. Con lo que, visto que no ■ temíamos, perdímonos del respeto de muy mala manera y comenzamos un recio combate del que hago gracia a sus mercedes por ser cosas de entre ella y yo.

De las aventuras, sobresaltos y goces desta aventura mucho habría que decir, pero no enfadar quiero a nadie con mis disfrutes de modo que, por hacérme los perdonar, diré que terminó la biendanza pues vide un día cómo una segur traidora taló el bienhechor almez y cada golpe

sonaba en mi corazón cual toque de difuntos y bien supe que allí terminaba mi amorío con ella que, asaz medrosa, ■ tenía ánimos para cumplir y llevar ■ término otros títeres que urdí para seguir logrando nuestro encuentro. Mas no conviene ser avaricioso, mejor gradecer al hado lo que dió que maldecir dél por no aumentallo.

Otro de los peligros que arrostré en tales algaras de Cupido, y no el menor, erase que para llegar a do estaba mi flor debía pasar obligadamente por la puerta de un aposento do posaba una doncella y cuando con ella, con la dicha puerta de la dicha doncella, confrontaba, daba en pensar si por acaso se hubiera despertado y levantándose para alguna precisión, como ir ■ la letrina o a la cantarera y me hubiera topado allí, con los ojos como platos, el paso quedito y el rostro que suele tenerse en tales trances, como de conspirador y culpable.

Dicíame para mí, soto voche que dicen en lengua toscana:

—Pues cátate que si ésta ■ levanta no tendrás más tripas que fingir que por ella vienes y complille un servicio con que no pueda dudar estar tú consumido de pasión y apetito.

Y en cierta manera, si hubiera me visto en la precisión, no he de mentirme estaba la tal de considerar, aunque no tanto, ni de lejos como la que aguardaba un poco más allá. Lo único es que natura es flaca, no se me alcanzaba otro modo alguno de tenerla silenciosa y, otrosí, llevaba mi merced, Dios me lo perdone, el virote puesto en la nuez y la cuerda tensa, con cuyo aparato ■ poco que hurgaran saliería. Ea, así es la vida.

Luego hablábamos la verdadera y yo destos peligros y refiamos asaz entrambos, pues imaginábamos que saliera la dicha en camisa y con los cañutos que las mujeres, aún doncellas, suelen encajarse en los cabellos y allí yo haciendo fingimiento de cómo ■ desatada pasión me había pujado hasta ella sin poderme contener ni resistillo.

Deste devaneo concluí ■ razón del usático *Si quis arbor* que defiende tener árbol por el que pueda pasarse a tejado ajeno. Con lo cual advertí nuevamente ser el Derecho galana ciencia y fundamento de toda humana convivencia. Y otrosí que se me ríe el alma cuando siento cierta trova de un juglar de las Indias que dice así:

De cierto amorio secreto en que mediaba un almaz

Y sólo gracias he de dar ■ fortuna porque gocé de los favores y más que nadie fue sabidor deste devaneo y retablo del trepador nocturno. De suerte que cuando llegó el vejamen para graduarme *doctor legum* no pudo nadie sacarme aqueste suceso ■ el vejamen y no ví en redondillas relato dello, como le contestió a aquel escolar de Oviedo que vido su historia contada de la forma que ■ seguido pongo:

*Debajo de cierta cama
se metió por ocultarse
a quien tuvo que limpiarse
barrió la cama o su dama
Se ve en precision quien ama
de usar semejantes maños
cubierta de tetarrumbes
y algo más que esto
mas esto que le atento*

Cosa tampoco excesamente grave pues los Doctores gallistas luego
piden perdón como lo hace el de Oviedo:

Desta empresa y otras semejantes aprendí a amar las noches ventosas, cuando las ramas de los árboles menean sin pausa sus penachos, crujen las puertas y rumban los aquilones en aletos y roblones, silban por las rendijas y remedan oleaje en los pinares. Tales noches vase el amante clandestino como Juan por su casa, andando firme y sin cuidado y aún holgándose en patear una puerta, zamarrear un postigo o levantar aldabas o cerrojos como dueño y señor de todo aquello: «¡Ah

de la casa, bá de Barcelona! ¿Quién bulle, quién duerme, quién osa o reposa?»

Aún recuerdo una destas noches, entre las primeras, si no la prima, en que corrían, con los vientos, las nubes tapando y destapando una luna redonda y llena — pechos de valenciana que dejaba sobre la tierra jirones de luz y retazos de sombra que se iban desalados, a la carrera como mis deseos que aquella noche brotaron y durante tiempo corrieron cual torrente destos que de las altas nieves ■ forman y nutren y van saltando entre nudos peñascos que dejan pulido, caprichoso alabastro y luego, serenado, vase discurriendo mansamente, ocultando a las veces su brillo entre la cañavera, empapando los cabos blancos del juncal, hasta ir a dar a la mar, que es el morir, Manrique.

No se me alcanza por qué hay quienes sólo gustan del tempero dulce, la calor continua y los cielos tercamente azules. La nieve, que llena los años de bienes, la lluvia de alegría la tierra, jugo los frutos, color las cortezas, ramas, flores, tejados y peñas y los vientos que limpian, dispiertan y pulen, alzan las agujas y traen los sones. Y en los estíos, tanto sobaco hediendo, tanto sudor agriado. Memoria pecadora de un vivo fuego de carrasca y de oliva, de una hermosa encuerada junto a él, con la piel dorada de reflejos de llanura, y fuera la nieve mansa y blanca y silente. (Hermoso invierno para quienes tenemos el corazón caliente y la sangre, para quienes nascimos en montaña y entre nieves crescimos.) Que ella cuya ■ la memoria que ahora tengo sepa no olvido su cuerpo enflamado y pelo suelto rojizo entrojecido. Y, cómo cuando tenía los ojos llenos della, la sangre acompañada y ya en las puntas de los dedos circulando sus revoluciones, tocaron la puerta, bajé las escaleras y hallé dos damiselas que venían de visita nocturna, pienso que a platicar de filosofía. Quedé los ojos haciendo garabitas, cogitando qué haría para cumplir la tarea que ■ aguardaba arriba y cuyo recuerdo hase venido agora de improviso.

Tan de mi sangre, tan de mi adentridad, me parecen mis amores, que bién querría ocultallos ■ todos, aún al mismo sujeto dellos. Llegar, mirar, carisciar, amar, contemplar, acariciar, irse, recordar, sonrisar, imaginar, volver. Y que nadie sepa y todos se ocupen en mirar sus propias maravillas y sean las tuyas como las de una tierra lueñe, celada y oculta ■ las imaginaciones y envidias de los demás, como tesoro propio, luz de noches escuras, encanto de los ratos solitarios y defensa de malos amores que vienen ■ sonsacar y quebrar los sosiegos de los que, por no habellos tenido buenos, ni poder estar sin ser catados ■ amorosas

*De cierto amorío secreto en que mediaba un almez
justas y pavoneos, se emplean y lucen con la primera rumiasca atrave-
sada en ■ camino.*

Y si hermoso es buscar, en poridad y escuro, al oculto amor, dife-
rente belleza tiene ser buscado. Estarse quedo, tendido, oreja tensa,
sujetado pulso, catando en la oscuridad, hasta audir el primer roce del
pie ligero que viene en tu procura. Imaginasla mientras, exiendo de su
aposento y casa, esquiva a las miradas, guardándose de espías, cami-
nando

*con planta de lana
quedito pasito amor
no esparcís al ruiseñor*

en zozobra, medrosa, acercándose.

Y cuando llega cabe tí y escuchas el rumor del pie primero y el del
halda luego, después sus manos, la sangre que comenzado había ■ ca-
minar, aviva y corre, váse por las partes del cuerpo y dende los pies
sube ■ la cabeza un cálido calor.

No he de olvidar en tanto viva cierta ocasión en que halléndome en
cierta possada, caté, cortejé y fice obligación con una graciosa cómica
cuyo aposento confrontaba al mío y, como era más conveniente y de
mayor astucia, concordamos ella viniese a mi aposento a la hora de la
noche que pudiera, pues ■ podía yo saber si el camino a su lecho es-
taba o ■ expedito, mientras al mío ya ocupado me había de expedillo,
con ciertas mañas y manejos. Así quedamos y estaba yo en duermeve-
la, dormido de sueño, velando de amores, cuando sintí crujidillos y ro-
ces y supe me venía el remedio. Abrí los ojos ■ lo escuro y cuando ad-
vertí la puerta abierta y luego se cerró, prendí una vela pequeñilla,
celada con un cartapacio, puesta en el suelo, y vide maravilla pues, por
acortar el auto susiguiente, venía la vida más en puro cuero, sonriendo
con alguna vergüencilla y, como vide de seguida, fría como el cristal,
mas a eso le di pronto remedio, pues, como serrano, fundo la nieve por
remediar la sed y ser calorífero es una de mis pocas gracias de varón
que las damas, por ser en su mayor parte friolentas, la precian asaz,
aunque primera tengan que catallo, lo que ■ ■ llano. Así ■ mi
dama, que sin merecello me mandó el cielo y cuyo nombre callo por si
■ avergüenza, me llamaba por ser yo pequeño y calentador, mi estu-
fita. Pues agora que lo escribo también dame cierta vergüenza desto a
mí. Vaya.

Desta dulce visión nocturna compuse que dice así un verso:

*Nivea pellis, pectora calcaria
in atra ambulet nocte puella
voluntas ducit passus e callido in frigore
a timore retenta et utsata ab amore
pedes trementes iter faciunt novo colore*

Perfeccioné una sabiduría ya sabida que es la bajada y subida d'escaleras, singularmente la primera pues el amante secreto arriesga mucho si cae y debe hacello sosegada y cueradamente. Y ■ subir menos pericoloso. Pero una y otra cosa se cumple adelantando, como palpo, la punta del pie ■ tantear el borde del peldaño en la escutidad, para catar, si no se sabe el modo en que está hecho.

Cada suerte de escalón tiene su modo. Las de mampuesto son las más discretas, mejores cómplices. Las de madera son traidoras, crugidoras y talayeras, hacen esculca por los guardadores, avisan y, cuando crugen, suena como tiro de búzano en la casa entera, ensordecen y ate rrían, al punto que si hubiera de pedirse ■ los amantes prudencia mas les valiera desistir la empresa y ascender por escala de mano, soga o pértiga. Pues pedir renuncia es sandio, diré puede hacerse con cierta astucia que es palpar y tantear y pisar en los extremos del peldaño, do junta con las zancas. Diré también que entre las de madera son menos escandalosas las que llaman molineras, que van los peldaños embutidos en unas cotanas en las zancas y las fechas en un sólo tronco, con cortes de hacha, son discretas del todo, aunque es preciso las andar con cuidado para no resbalar.

Puertas y ventanas han de alzarse a pulso, que no pesen en goznes ni bisagras y chirrién y, si posible fuera, y ocasión hubiese, aceitallas complidamente.

Y luego, siempre, dejar que los ojos se acostumbren al escuro para andar como gato, catando todo y precisa para ello quedar quieto un espacio, mirando acá y allá y ver más claro que quienes puedan vigilarte. Ellos los ojos turbios, tú quasi claros.

No dejar tampoco el olfato, que ejercitado cresce como toda cosa y es bien útil porque las doncellas, si no están en ■ opilación y mens truo huelen ■ rosa, a trigo recién molto, a junco, algunas singularmente afortunadas, a piña doncel puesta al fuego. Por contra, sus guardado res y maridos apestan ■ manchego o roquefor, a cabrón, y nunca mejor

dicho, de modo que el amante secreto cuidará llevar expedito el olfato que puede guiarlo en lo oscuro tan llanamente como el filo de Ariadna llevó a Teseo a libertad.

Lo mismo es preciso decir del oído porque acaesce parecida cosa, a saber que las doncellas, singularmente las tiernas, duermen susurrando, apenas con un vientecillo fresco que place advertir en la cara al acercarse, en tanto que sus guardianes y esposos punan roncando como puercos o resoplando como diz que hacen las ballenas. Luego, con la edad, ■ emparejan y así haylas dueñas que roncan como arrieros tras una jornada larga de camino trabajoso.

Es el caso que el amante secreto ha de tener y cuidar tales sentidos, pues con ellos puede conducirse en noches comunes y casas extrañas como Juan por su ■ hasta el lecho de su flor, igual que los fieles del rastro concejiles siguen y pescudan la huella de las prendas cativadas y robadas y las sacan luego de catividad y penas, de los grillos y prisones que las sujetan y velos que las celan.

Fortunadamente quedan maridos celosos, vigilantes padres, hermanos cuidadosos de las honras y aún ■ sigue y ■ seguirá representando el auto de los amores ocultos, para huelga de los que nos place el títere, misterio, nocturnidad y secreto. Pues ■ parecen mis amores tan de mi sangre, tan de mi adentridad, que holgaría ocultallos a todos y bien creo que ya dije aquesto... agora que me leo, callo pues.

Mas este embeleco es común y hay tantas y tan varios modos, tan rematadas invenciones para complillo que pasma. Un mi amigo me contaba tener una amante secreta y la visitaba de noche, como es usado, magüer haya también diurnos. Pues digo al tal una lo aguardaba en su aposento, tenía cerradas puertas y ventanas de suerte que los pesquisidores no pudiesen catarse de cosa alguna. Pues urdieron que ella se atara un cordelillo a una mano y lo sacase por una rendija de postigo, cuando llegara él, a hora desusada, tiraría del cabo con lo que ella, avisada, se alzaría a abrir. Y así lo complieron plurales noches sin tropiezo. Luego decíame ella que era amiga cómo, después, cuando pensaba si alguien hubiese pasado y visto el cabo y catado la invención, se le agallinaba la carne de temor. Luego vide esta misma invención contada en algun libro de que no guardo memoria.

Ca el amante secreto ■ garduño, ratón, sierpe, zorro con hopo, arda trepadora, azor y volador nocturno que todo lo inventa, imagina y ade-reza para llegar a su fin. No más ingenio y osadía, agilidad y aviso puede hallarse en otras empresas humanas. Como aquel otro mi amigo, rústi-

co, que, como es usado, visitaba su enamorada so el ojo atento de la madre della. Poníanse cabe la lumbre, fría Sierra de Segura, y allí platicaban con algún tiento que daba el galán so la basquiña. Y contescía que la madre, como veía y no cataba, la poseía Morfeo al rato, visto lo cual el novio dicia — apretadas buenas noches y hacía como salirse a la calle sin dar tiempo a la madre a despertar del todo. Daba un buen portazo y, en puesto de salir, subía las escaleras como corzo y se entra ba en el aposento de la muchacha do aguardaba que ella, hechas sus aguas, viniera a recogerse. Venía, folgaban mientras se lo pedía el cuerpo, y luego, con ágil disposición, saltaba por la ventana al suelo y se mandaba mudar.

Tanto aviso e ingenio se han empleado en aquestos autos de salva y derrocamiento de honras que veces hay parésceme no importara la honra defendida y combatida, sino que es lid de astucias entre defensores y atacantes que ponen su orgullo unos en vencer cautelas y los otros en urdillas de suerte que no puedan ser burladas. Y así va el giro del mundo, unos engañando los otros curando — ser engañados. Viven, miran, se entretienen y van pasando.

Y como he de experimentallo todo, hice — dicha graciosa, suave, esclarecida, cómica, una visita como ella a mí, en vivos cueros. Llegué cabe su lecho, alcé las sus cobijas y con ella entréme. La maravillé porque aún crudo invierno, llevaba caldo el cuerpo, pues el frío si no quieras no pasa: lo sientes, mas no lo tomas, sino que vase a enfriar a los débiles de cuero y cagados de ánima.

Luego me lo dicia:

—De vos me place que me dais paz, cuando el otro no sabe si no darmel guerra y, otrosí, que venís encueros — si viniérais envuelto en marta cebellina, vida mía.

Ansí teníamos unos dulces combates y negociábamos: yo le daba calor y ella me refrescaba el cuero, que pocas cosas me pueden dar que más — plazcan. Desto recuerdo tenía una amiga llamada Margarita con las manos como el hielo. Era amiga de estío singularmente, mas a mí placía en toda estación.

Si los amores ocultos dan tanto gozo cuanto sobresalto, para los no habidos ha de guardarse un rincón en la entraña y el sentimiento porque son a las vegadas una odorosa espina que, punzando cuando cambia el oraje, nos advierte estar la vida tejida también con dolores, chicos — grandes, que son trama de los gozos y su contraste.

De cierto amorío secreto en que encubría un almer

Los amores no habidos quedan — dormidos y, de cuando en vece, asoman la oreja en el recuerdo y te dejan suspenso, mirando al alto, tácito, ido, con ■ pizca de tristura que es sazón del alegria.

Entre dellos está, quasi siempre, el amor de tu vida porque se quedó como sueño sin sofrir la ruda lid de cotidie, que tantas ilusiones corroce, derriba y gasta.

Diría del perdido por no traicionar amistad, tan excelso bien, pero más de aquella a la que recuerdo en mitad del campo. Aún me miran, cuando entorno los párpados, ■ ojos verdes sombreados por la dorada y humilde paja del sombrero, la frente blanca y despejada y serena, mirándome desde el cuerpo ágil, firmemente edificado de su propia tierra, de la piedra argéntea de dilatados calares, la alfombra verde de los helechares, roja tierra de olivas ■ punzada alfombra del rastrojo en agosto y bajo un cielo ya liso y azul, ya blanco de fingido cotón o cárdeno de borrasca. Y con dulzura sencilla, tan tierna y tan callada. Agora alguna vez nos vemos, nos miramos a hurto, en ambos está el ascua que no llegó a la llama, mas aguarda ocasión que Fortuna ha de darnos si no quiere apurar el extremo de crueldad. Anudamos los ojos, rozamos las manos, cambiamos los sentidos y, entre uno y otro, ■ encienden almenaras que avisan de la tropa que vendría si no hubiese aguaitadores, detiene un instante su giro la esfera, cesa con ello el tiempo en su discurso y precisa despabililar al punto entendimiento que nadie se cate del éstasi. Y basta, que me ha de destilar su nombre por el pico de la pluma.



CAPITULO QUINTO

VOYME A EGITO, COMO LA SAGRADA FAMILIA
PERO SOLO, A DEPRENDER ARABIGO A LA
UNIVERSIDAD DE EL CAIRO CON UNA BECA EGITANA



Arábigo fue lengua que comencé a estudiar cuando entré en la Universidad y siguió luego ■ ■ escuela que tenían los egicianos en la Corte, con dos maestros el uno llamado don Mahamud Makki y el otro don Hosein Monés. Y esto porque un catedrático de Artes de la Complutense, don García Gómez, había escrito muy buenas literaturas sobre dello y, a mayor abondamiento, fué maestro de mi hermana en la facultad, de suerte que tomé gusto ■ esa lengua, y desotra parte, muchos españoles, y más los andaluces, escribieron en ella cosas dinas de saberse.

Pues contesció que pedí y me dieron una beca para estudiar el arábigo más ahincadamente con aquellos egicianos y salíme de la Universidad camino de Barcelona do debía embarcar en ■ nao turca que iba a Alejandría. Tocamos en Marsella, Génova, Nápoles, Marsín, Beirut para desbarcar en la dicha Alejandría. Fui fortunado en la compañía pues embarcaron conmigo dos alegres tropeles escolares que hacían el viaje por celebrar el fin de sus estudios. Los ■ de la facultad de boticarios de Barcelona —lo que me plugo porque amé siempre esa ciudad— y los otros de la facultad de Artes de Valencia, con los cuales venían un don Miguel Tarradell, catedrático y una maestra en su misma disciplina llamada Gabriela Martín y con ella una su amiga, que era escolar aún, Raquel de nombre. Fice con ellos buenas migas, sobremanera con ellas, porque eran sabidoras y con cierto modo desgarrado y zumbón de conversar que placía a oídos como los míos, hechos ■ cierta gente, lueñe de pisaverdes y exquisitos.

En la escala de Nápoles, cuyo nombre griego ■ Neapolis, a quienes quisieron llevaron en recuas a ver las ruinas de Pompeya y Herculano y excusado decir fui entre los primeros a ambas visitas por ser yo par-

Capítulo quinto

ticularmente inclinado a las cosas antiguas, lo mismo que miro siempre a las futuras, pues siempre recuerdo el dicho de Cicerón que dice: «Nescire quid anteas quam natus sit acciderit, id est semper esse puerum» y parece necio pensar que el interés y conocimiento del pasado ha de empecer contemplar lo porvenir, cuando tantas veces lo que osaron, industriaron, ingenieraron y lograron los antiguos muestra a las claras cuánto puede la voluntad, el ingenio y el valor humanos.

Agora la ciudad de Pompeya está medio desembarazada de los barros ardientes que exhalara Vesubio, pues hace cavado por orden del gobernador de Nápoles que allí estaba por los reyes de España, así pueden verse edificios de todas clases, estatuas y aún los mismos desdichados pompeyanos que quedaron envueltos en la ígnea exhalación y, consumidos luego los cuerpos, quedó el molde como esculpido por estatuario, en actitud de escapar o de dolerse. Hay también pinturas que no dejan los guías ver a las mujeres por representar hombres y mujeres desnudos y los primeros con miembros descomunales puestos en un platillo de balanza y en el contrario unas piezas de oro. Están tales pinturas dentro de unas alacenillas que abren quienes muestran la ciudad con mucho misterio y prevención porque no sean vistas de las que dije. Mas, tal como están los tiempos, parece inútil cuidar, pues agora la que no vió cosa semejante es porque la vida peor y más de cerca, mas, de cualquier modo, es bueno que siga tal práctica y hasta da cierta terneza ver cómo eran antes las damiselas y su pudicia. Y considerando estás viendo una ciudad antigua, tal caución es otra antigualla que casa con lo demás, aunque no con los pompeyanos que sabían más que los ratones colorados.

Vimos también Herculano que se encenizó, aunque no sé si sería miércoles.

Con las dichas, una otra llamada Milagros, y dos tudescos pasé en Beirut una de las noches más graciosas y alegres desta perra vida mía, llena de noches tristes y llorosas como saben vuesas mercedes: Y no fijamos otra cosa que danzar y reir, que bastante es. Salimos a danza en un folgadero que llaman «Los tres reyes» o cosa sembladera y era una destas danzas de posesos, las cuales, fuera modestias, me encartan asaz. Pues digo que comenzamos las dichas, los alemanios y el fiel de fechos, que lo soy de aquéllos, y breve tiempo después nos habían hecho plaza para vernos y quedaron quietos haciendo corro hasta que los sudores nos quitaron y éste tuvo que ir al excusado a echarse agua por los pechos, sin camisa, por calmar la sofocación y tornar a la lid. Luego para descansar un espacio, sin mayor cirimonia, nos asentamos en las mes-

mas escaleras del folgadero que estaba, como la mayor parte dellos, hecho en soterráneo. Y estando, bajó la escalera un pequeño cortejo de damas y galanes, gente de la más apuesta que tengo vista y el principal dellos, como nos vido así asentados tan desenvuelemente, vino a mí y demandó en lengua francesa si éramos españoles, respondíle que sí y él dixo ■ su vez que no podía ser de otro modo, ca sólo españoles eran aproósito para dexar ciritmonias y ringorangos y asentarse de aquella manera y que todos folgaban en hacello allí con nosotros. Recogieron un poco las damas sus brocados, los caballeros aflojaron las calzas y herreruelos, destocaron chapeos y marlotas y nos hicieron compañía el resto de la noche.

Beirut es una ciudad, lo más en aquel tiempo, do hay ciento y más folgaderos porque sus habitadores a eso y al comercio dedican sus trabajos y sus noches. De comercio haylo todo, de tabularios de todas monedas, de orfebres y texedores, toda suerte y un sinnúmero. La gente, al menos eso pareciese, es de la más hermosa que vide nunca en lugar alguno.

Recordéme aquí también de aquellos estudios que pusieron los emperadores do tuvo principio la jurección escolar como lo podrás ver en el Escobar que lo toma de la constitución *Omnem reipublicae.*

Y no passó grande cosa en la travesía si no es una tormenta en el mar Egeo que encolerizose como si fuera el mismísimo Océano y echaba arriba la nao como barquilla y todo temblaba como enjuagadientes. Echaron allí las tripas quasi todos, no yo. Porque las oles empujaban la nao y la nao las fiteras y las fiteras te despedían al alto, luego te recogían y tornaban a lanzar y desa suerte una buena parte de la noche. Yo me apreté el cinto que no se moviera mucho el andorga y asadura dentro de la caja del cuerpo y dormí mecido como en mi primera infancia. Sólo eché en falta alguien me cantara aquello de:

Mas no tenía allí a ninguna niñera o nodriza de mi pueblo que son las que cantan aquellas nanas. No todo puede tenerse siempre.

Y la molestia de unos falastinos, grandes sodomas, que viajaban en literas cercanas y cierta noche, a su mitad, se pusieron ■ complir su desvío con grandes crugidos y gimoteos, como si el barco fuera suyo o estuvieran solos en la cámara en que estábamos ocho por mala cuenta.

Los turcos de la nao la gente más atravesada conocida por mí, y no con ellos quiero decir que sean así todos, pues no he de caer en el error de juzgar a todos por unos pocos, digo sólamente que aquestos eran así: atravesados, herméticos, sombríos, a los que nadie en los días del viaje vió sonreir o chancearse. Dios ■ lo haya perdonado.

Llegamos en fin a Alejandría y lo primero que salió a rescebirnos fue una flotilla de barquichuelos con gente que quería cambiar sus dineros por los nuestros, mostrando, pues que no entendíamos su fabla ni ellos la nuestra, puñados dellos. En questa ciudad nos mostraron lo que quedaba del Serapeum, aprendí de un comerciante alemán ser las cebollas españolas las mejores del mundo por dulces y también el arte de cagadero que tenían en el mesón Metropol que sirve para la función y luego para lavarte el ojo ciego, acabada aquélla. Siempre se va aprendiendo cuando se viaja pues dícelo Cervantes.

Y en Alejandría no pudimos ver la Biblioteca famosa pues un califa de hideputas, hijo de cuarenta padres, echó los libros a calentar los baños y fueron quemando los legajos ■ tal menester. Así se hubiera bañado con orina de mula, su madre, antes que ponelle fuego ■ tanto tesoro. Y agora me recuerdo y medito qué malastrada manía de quemar libros, que son orgullo del hombre. Y, magüer esté muerto, el Santo Cardenal también hizo su riza con los libros arábigos que mejor en otra cosa hubiese ocupado ■ ocios. Menos mal que echar los fundamentos de la Complutense, mi Alma Mater, que amo sobre tantas cosas, alzar los colegios, dotar hospitales e imprimir, le concede tan excelsa condición que eso lo habrá librado del infierno, y no las otras virtudes que tuvo, emporcadas por la sobredicha quema y destrucción.

Fui, tras la breve detención en Alejandría, ■ dar a El Cairo, capital de Egito, que quiere decir en lengua arábiga como la victoria o la vitoriosa, nombre usado en nuestra ciudad de Alava y pienso yo que por la misma causa. Es ciudad dilatada a ambas las riberas del río Nilo que paresce milagro tanto caudal de agua en terreno tan seco y polvoroso. Por el tal discurre gran tráfico de bajeles y barcas de toda calaña, a remo y vela y aquestas últimas tienen un arte que cuando pasan so un puente de poca altura abaten el mástel sobre un gonce, con que no le hieren en la punta.

Hay entre sus pobladores gentes de diversa natura, aunque no varíen de atavío o de lengua, y se ve cómo los de la raza antigua egiciana son de la color tostados, anchos de cuerpo y cara, remangados de nariz y almendrados de ojos, ■■■■■ tranquilos y silenciosos. Otros, venidos de Arabia, son de color más bilioso y claro, la nariz aguileña, rostro afilado y enjutos de cuerpo, más movidos y agros que los dichos. Finalmente hay otros que son venidos del sur, del río arriba, que son de color escu-■■■■■ como etiopes, pero bembones, con grandes bezos y nariz plastada, con agujeros como sumideros y el cabello crespo; destos hay más cuanto más se sube el río hacia sus fuentes.

Todos visten de parecido modo, con un a modo de túnicas informes, muchas veces listadas, que semejan a la chilaba de los moros y que llaman aquí galabella. Llevan en la cabeza un sombrero a estilo turco que llaman tarbus, y al mismo estilo sorben sahumerios de un arte de vasija, con un cañuto del que chupan que llaman narguilé, y beben un café espeso como emplasto pero bueno, aparte del té que, sigun en otra parte se declara, embaulan por azumbres y le echan el zúcar por quintales, al punto de que se gastan en traello muy gran parte de lo que logran.

Comen cordero, que llaman «kebab» y no puerco, como musulmanes. Hacen un guiso con patas de vaca que llaman caguara y dello se alimenta toda gente baja, por lo cual es corriente ver vendedores callejeros que puestos en las aceras tienen ante sí una montón destas patas de vaca y ternera que paresce haber ocurrido una hecatombe y a quién no tiene hábito de las ver produce cierta suspensión y un punto de asco.

Hay también otro manjar de calle que son fabas y llaman las venden a quien pasa y se comen en tortas blandas con las que hacen cucuruchos. Lo que placíame era el que llaman fitir que son también tortas, pero que tostadas al fuego y después llenas de diversos contenidos, como huevos, o, la que yo pedía, miel.

Nos guisaban nuestras criadas ■■■■■ de camello, que es como cualquier otra según la edad del animal, aunque no deja de sorprender ver pasar rebaños destas bestias que llevan al matadero, como aquí las ovejas, con su garabato de bermellón sobre el cuero. Excusado decir que, como mahometanos no catan la carne de puerco, gran pérdida, ca, como dijo aquel, la mejor ave que vuela es el gorrino, hablando conmigo solo y sus mercedes dispensen. Y dicen que Mahoma les defendió comer desta carne por ser grasa en demasía y perjudicial por tanto para aquellos climas secos, pues si fuere de otra manera paresce tontería no propia de religión, sea verdadera o falsa.

Hallé allí mi maestro don Mahomet Maqui con quien deprendí arábigo en la Corte d'España, tan bondadoso como ■ y luego fuíme a ver al licenciado Gil Grima que profesaba allí la lengua española y su mujer, Pilar de nombre, muy reidora y ambos los dos afables y afectuosos, que desde entonces los tengo por amigos de los mejores. El Licenciado Gil ■ arregló un sitio con otro español llamado Santiago, asaz tácito y una pizca de sombrío, pero no malo. Luego comencé a ir ■ la Universidad de allí, y cobré la beca que los egicianos me habían dado y ya dirigi mi vida. Lo más placiente era ir a los estudios en ■ salúa que andaba el río Nilo, de frente mi casa ■ frente la Universidad.

La beca, como todas en todas partes del mundo, era magra, mas igual sabido es ser mi familia, gente, nación y servidor, de natural austero por lo cual dicho queda aún me sobraba. Teníamos el dicho Santiago y yo hasta cinco servidoras una por día de semana, quitado sábado y domingo, ca él lo hacía así por repartir más el beneficio de la soldada del cual aquella gente estaba bien falta. Eran buenas, mas ■ en demasía curiosas, digo yo que por escasez de agua, de suerte que entraban descalzas en casa por no emporcar el suelo y lo dejaban marcado que los fieles hubieran sacado el rastro sin acacharse.

Tuve allí, ■ más del dicho don Gil Grima y su mujer, de amigos una compañía de españoles de Nueva Granada, don Francisco, don Carlos y doña Consolación, un escritor de Nueva Inglaterra que andaba loco por hallar el nombre de la hoja de árbol que va en el pendón de su tierra, pues nadie lo conocía, vila y le dije ser el que llamamos en mi sierra ácer y el castellano corriente ha corruto y llama arce. Lo conocí yo por haberlos visto asaz veces y dellos se hacen buenas tapas para instrumentos musicales, como guitarra, al punto que el maestro Martín de Diego me prometió hacerme una de balde si le gobernaba un tronco suficiente deste árbol.

Con tales amigos no estaba mal, pero dejaba de hablar el arábigo cotidianamente, lo cual es grave perjuicio para los que van a otra tierra para aprender su lengua.

De penas hube ser allí el clima en exceso seco y cálido y no haber monte más alto que las pirámides, hechas de artificio por los reyes antiguos de Egito con ■ piedras sillares de ocho codos en cuadro y de ahí arriba. Ca me soy montañés me atacaba a la cabeza y celebro tan abajo morar con dolores barteneros y menudeados guinchonazos.

Fuimos una fiesta don Gil y su mujer y una su hija pequeña, con el licenciado Anguiano y el que escribe a tomar los baños al mar Rojo, ■

un lugar que llaman Ain Sohna, que dice en lengua arábiga, Fuenca-liente, con lo que se echa de ver ser el hombre con el — caletre en todas partes. Miraba yo por una y otra parte, por si alcanzaba a ver alguna huella de Moisen y sus judíos o de los ejércitos del faraón que por allí, pizca más o menos, se anegaron. Metíme zampucado en la mar, bien adentro, y abrí los ojos como suelo, a pescudar, ca — place, y vide una esferica al fondo, entre algunos corales que son pardos y no llaman — los poetas que los comparen con los bezos de sus amadas ni — se-mejante, vide, digo, una esferica blanca reposada en el fondo y recordé las halladas perlas en el golfo de Santa Marta y pensé tener allí mi for-tuna en una perla — un huevo. Mas cuando llegué vide ser no más que una pelota de golfe desto que juegan los ingleses hasta en el tálamo la noche de bodas, para lo cual se atavisan de pisaverdes. Paresce el guá a garrotazos o al juego de la chueca, que jugaban los escolares salman-tinos en el Teso.

Y maldije destos ingleses que — respetan ni Egito ni el mar Rojo para jugar estas boberías, con las que consiguen enloquezca medio mun-do, y así van como criaturas hombres hechos y derechos que si les di- jeran de jugar chueca dirían ser cosa de manc eos escolares, no de gra- ves caballeros como ellos. Y a tal fin tráense artifices y maestros de apañar palenques destos, do ponen yerbazales, arenas, matorral y lagu-nillas, echadas a las buenas de Dios, «aquí aquesto y esotro acá» y se embolsan crescidas sumas por disponer cosa tan llana y arbitraria. Me-nos mal que en los postreros tiempos algun español despabilado, tomó la garrota de apalear y les está ganando caudales que no lo advierten.

Era el sitio do estuvimos disierto y arenal, mas vñase buena parte de la mar llena de navíos de todo porte que aguardaban pasar el canal de Suez que comenzó Sesostris, siguieron los franceses, acabaron los in-gleses y tomó Abdel Nasser.

Estando yo en Egito, vinieron unas cosas que aliviaron soledades y sobremanera fue — pliegos de el libro del Buen Tunar la alegría más grande que hube en aquellos tiempos. Miráballo no podía creer lo tuvie-va en mis manos. Abría y cerraba sus hojas, contemplaba las pinturas de — Perellón, una pieza de atrevidas, y ellas, por los rostros de mis com-paños y amigos del mester, tomados por el artista del mismo natu-ral, me miraban a mí y no tenía tesoro más valioso que pudiera com-parrarse, pues allí quedaba en letras de molde las fazañas complidas por la Gloriosa en los años pasados, las penas que me alivió el tunar, las alegría que — dio sin tasa, los conocimientos, descubrimientos y via-

jes. Los amigos que son agora mi mayor riqueza, todos allí retratados y contados, con sus artes, sus gracias y desfatos.

Con aquel libro viame, *servata servandis*, en el mesmo parnaso que el escolar de la Razón de Amor, Juan Ruiz, Juan del Enzina, don Francisco de Quevedo, Don Diego de Torres Villarroel, don Ignacio Farinello y don Pedro Lugín y haciendo compañía a don Luis Matilla y don Ismael López Muñoz que, antes que yo, habían contado en buena prosa las aventuras de la tuna, en particular de la de Derecho ■ la que pertenecían. Vía yo que, magüer no llegara a ■ altura de los que me precedieron, seguía sin romperse el hilo de los escolares tañedores que escribieron sus historias para honra de la Universidad y divertimiento del humano género.

Pensé también haber servido a mi Facultad, ca no es sólo ciencia su cometido, sino vida de ■ escolares. Y ■ mester, pues mostré a los novicios o ignorantes la lucida progenie que los antecedido había en el ejercicio de la tunería andante y nocherniega, de suerte se cataron cuán obligados estaban a dignidad guardar como corresponde a escolares de universidad, no saltimbanquis, ni troteros, ni caballeros salvajes, ni cazarros ■ zaharrones. Que muchos, por no saber qué es tuna, andan sumidos en la escuridad de lo zafio, lo ebrio, lo desmedido y lo burdo. Creen muchos ser la tuna eso, pues estiman la picaresca, que a todos envolvió en edades difíciles, cualidad esencial del tunar, cuando es por mejor decir, accidental y pasajera, y fundamentales la alegría viajera, la música, amistad y amor.

Las diversiones en aquella ciudad no eran abundosas, así que parecióme oportuno proveer una expedición de la Gloriosa para mostrar allí las gracias del mester. Y en ello estaba cuando heie aquí que los jodios determinaron ser jodientes y una buena mañana comenzaron a atronar la ciudad con las bombardas y pasavolantes y comenzaron a guerrrear con todas las armas. Todo quedó, pues, en suspenso para mejor ocasión y me hallé una madrugada con mis bártulos asentado en el suelo cogitando si había de tornar ■ España ■ restar allí por ver cómo terminaba la guerra, sabiendo —como ya sabía— que las calamidades y desastres dejan siempre intocado al tuno y la dama si es hermosa y va con él, pero recordando estaba mi familia en mi casa sabedora ya de haber la dicha guerra y ■ de estar yo salvo, por mi condición de tuno que me libra. Por ello, cuando los sobredichos jodios se empleaban en sus bombardeos, en lugar de me ir al soterráneo, quedé en el terrado catando todo aquello y aquel arte de guerra do todo ■ hacia por el aire,



Perecian

como combate de arcángeles y demonios. Porque, otrosí, parésceme causa de arriesgar la vida algo nuevo aprender y los que así perescen tienen gloriosa muerte. Véase lo constecido ■ Plinio el mayor, que halló la muerte en el Vesubio, pescudando.

Finalmente, recordando mi familia que andaría medrosa, me determiné y fuíme con los demás españolas al puerto de Alejandría do vino por nos la galera española Benidorm. Allí nos fuimos ciento y la madre en tanto que en la Benicasim muy más grande entraron trece diplomáticos españoles y aún quejándose de tener tan sólo once cámaras. ¡Qué tíos! Y no lo digo por mí, pues cuando entré en la pequeñuela y comenzaron ■ poco a freír papas y nos dieron luego cerveza nuestra parecíome ser el paraíso, dígolo por ellos mismos que ■ sé con qué leche los crían para llegar a ser tan remilgados, tan flojos y tan delicados, tan estimados de sí. Holgaría ver a estas y otras gentes, que con caudales de pechos, gabelas, alcabalas y vectigales viven, entrarse de cuando en vece entre la gente común por saber de qué pueblo viven y se sostienen, pues pienso creen ellos ■ de otra nación y debérseles, por ■ nación, toda pleitesía y regalo.

Muchas veces recuerdo de mi estadía en El Cairo y bién querría tornar a visitar los lugares de allí. La calle do moraba que ■ llama Al-Bustan, que quiere decir en lengua arábiga, el jardín, magüer agora no se vea por parte alguna. Ver el museo y las Pirámides y, también, las tiendas en que danzan unas danzaderas los vientres ■ mucha sabiduría y los varones asistentes, como es usado con soldaderas danzaderas, les meten dineros por los pechos y partes bajeras de que hago gracia. Tienen una pieza de quejumbrosos y algo hartizos por iguales y poco coloridos. La sobredicha danza parece es traída de los turcos. Y ya que hablamos de filosofía diré a vueses mercedes ■ los egitanas de lo mejor en género femenino que visto hé, sobremanera como despertadoras de lujuria y en particular aquellas que son de la raza antigua de Egito, que tienen la color de almendra, chatas de naso, rasgado el ojo y tan bien provistas de pechos y grupa que dispiertan ■ los instintos. Y en una posada —do possé con los escolares de Valencia— vide, pero no caté, la más apetitosa que jamás ví. Están las hijas, hermanas y esposas en demasia celadas por sus familiares. Haylas públicas otrosí.

Pues digo que Egito me plació, sobremanera la gente, bién pacífica y bondadosa y humilde. Mas, ya dije probarme mal aire tan seco y altura tan pequeña, al punto que luego, cuando tornaron a darme la beca, ya no la fui ■ disfrutar y no está de más gradecer al gobierno dellos

me la diera, así como los baldes de té que me coloqué en sus oficinas y covachuelas, que siempre te regalaban con ello. Mandar, del mismo modo, una pedorreta afetuosa al corchete que vino en mi seguimiento para catar si me alojaba de bóbilis en la posada sobredicha. La mayor parte de los recuerdos ■■■ buenos, hasta aquellos duros momentos en que la turba, airada contra saxonindios ■■■ ingleses que siempre alientan, arman y costean los jodíos, salió las calles de Alejandría a desatinarse contra cualesquier europeo o parecido que hallaran. Con gruesos barrotes y barras de fierro que daban miedo. Luego, de la otra parte, los corchetes con una luengas cañas de cinco, seis y siete varas, que no pudieron con ellos. Vinieron luego los soldados que, por no tirar contra ■■■ propia gente, fueron arrollados con lo que, aquella gente pacífica de ordinario, quedó como una fiera suelta por la ciudad y comenzó a estra-galla. Llegaron al consulado español, do estábamos y un enloquecido trepador de humor bilioso subió las paredes y entró por una ventana, sin que pudiese nadie empecello y comenzó, como orate, ■■■ mirar ■■■ todo el concurso, asentado que estaba en una grande sala. Se paró delante de una sevillana, rubia candela, y ■■■ los ojos salidos, comenzó a decir:

—¡Americaniya, americaniya!

Le mostramos ■■■ todos españoles y salió al balcón, lo dijo a la turba y todos aclamaron y se fueron dejándonos tranquilos en lo que cabía. Porque allí tienen grande ■■■ a España. De allí fuimos la marina do estuvimos aguardando llegara el bajel de la compañía Transmediterránea que habían mandado a nos recoger, como ya conté más arriba.

Ibamos en la Benidorm ciento y la madre porque a más de los españoles, acogimos a los portugueses, que eran una buena pieza. De modo que ■■■ acomodaron ■■■ montón donde bien pudieron por ir a cubierto. Yo, como si hiciera un sacrificio, me fui a cubierta y en un banco de madera dormí en la gloria, sonriendo al aspirar el puro aire y imaginar las fatigas y aientos que respirarían dentro en aquellas amasaderas de gente. Dice mi camarada el licenciado Salazar un refrán de su pueblo, que declara «Más vale humo que escarcha», y, con respetar la sabiduría del común, no concuerdo, porque pocas cosas me pueden más y me displacen que el husmo de la multitud.

Tomamos la derrota del Pireo, que ■■■ puerto de Atenas y de allí me vine a España, ■■■ los otros fuídos de la guerra, españoles y portugueses, acogidos so nuestro pabellón. Desbarcamos finalmente en el puerto de Barcelona de do cada uno tomamos nuestro camino a casa. Llegué yo a la mía y me hallaron entero y sano, aunque una pieza de flaco.

Capítulo quinto

Habían perdido ya el cuidado pues de la galera se mandó un propio que dió noticia de estar todos sanos y salvos.

Luego nos llamaron a cierta oficina para pedirnos las despensas del pasaje. Contesté ser becario y no había más que decir sobre mi bolsa. Lo que entendieron y no tornaron a decirme cosa alguna de lo que coligo se pagó del común y entendí tener deuda en el fuero de la conciencia con él, así curo pagarla en servicios a los que no estoy obligado y que presto.

En cuanto a sostener mis cortas necesidades, entré a enseñar lengua castellana en cierta escuela de bachillerantes do estuve algunos meses y exí porque, llegado el punto de leer lo referente a las jaryas, porque me parecía ilustrar la materia, doné a algun alumno aventajado un ejemplar del libro del Buen Tunar do se recoge una hermosísima y, desotra parte, contiene una buena muestra de las virtudes y bellezas, méritos y fermosuras que nuestra lengua perdió con el paso de los tiempos. ¡Quién tal hiciera! Llegó el mancebo a su ■■■■■ y mostró mi dicha obra con lo que un tío suyo, que ■■■■■ era inquisidor, luego se llegó a la escuela ■■■■■ buscarme como corrutor, cosa de mí no sospechada. El maestrescuela, un don Francisco, paisano y amigo, me avisó escurriera el bulto pues estaba el forno no para bollos. Sentslo, pues me placía los alumnos y las lecturas eran bien fructíferas con risas, como ha de ser, y seriedades, cada cosa a su tiempo y lugar. Perdí la soldada, mas Dios no puede dejar un tuno abandonado y de allí ■■■■■ poco de nuevo la Fortuna me tomó en sus brazos, acunóme en ■■■■■ regazo y me cubrió de dones y de besos, como podrán ver quiénes sigan por aquestas líneas adelante.

Me contescieron toda suerte de acaeceres. Los unos celebraderos, como nuevos viajes y descubrimientos; los otros temerosos como las algaratas y revueltas que vinieron en la Complutense y contar hé, tal que cumple a la corónica, y la pérdida de la catedrilla que dejé referida. Desdichas que luego ■■■■■ pagaron: la primera con la paz recuperada, la segunda con ganar cátedra de propiedad, aunque fue de vísperas y no de primas, como tendráse ocasión de ver más adelante.

CAPITULO SEXTO

DE UN INTERMEDIO BALEAR QUE ME FICE, A UNAS EXCAVACIONES CON LAS AMIGAS DEL DOCTOR ILUMINADO, EL MONJE RANDA Y OTRAS TORNADAS A LAS ISLAS SE HABLA



Luego que torné a mi casa, me hallé sin que hacer, pues eran vacaciones, estaban vacías las Escuelas y mi gente en nuestra tierra.

Averigüé y supe cómo cierta grande amiga mía se hallaba en Baleares cavando en unas ruinas de cierta ciudad antigua romana, que ellos llamaron Pollantia, do se hallan copia de mármoles y aderezos, con escripturas y figuras de bulto bien labradas. Y los saxonindios dan dineros para trabajar en esto. Pues, como me placia el asunto y recordaba muy buenos ratos y risas pasados con la sobredicha en la derrota de Barcelona a Alejandria, y en El Cairo, determiné juntar unos cuartos que tenía y alargarme a las islas en las que, grande pecado, jamás había puesto pie, con ser florón de las Españas, codiciado de todos desde el alba de la humanidad hasta agora.

Tomé camino a Valencia, pasé por Alcira, do visité mi hermana, cuñado y amados sobrinos, y luego fui a embarcar al Grao, pasé la mar y desbarqué un trece de agosto. Fuíme después a Alcudia, do tenía el destino, y no hallé mi amiga pues el mesaje que mandé llegó después que yo. Fuíme pues a una taberna de la plaza principal, subí a los comedores y pedí, ca he aprendido una cosa, entre otras muchas, de los viajes y es, a saber, tomar con paciencia el acontecer cuando uno mismo no puede hacer cosa. Así asenté, pedí una pitanza moderada por sostener el andamio corporal sin desmayo y aguardé que el destino se tomara trabajo en remediar su anterior desaguisado. Y tardó poco en cumplílo pues me tiene cierto temor, el condumio a su mitad, apresció mi querida amiga, andando, lo suele, con cierto despatarre que me placia asaz, ataviada a lo varonil y tiente. Con ella ¡oh grande gozo! otra amiga de los dos, bella y rajada como pocas, graciosa y ca-

chonda, y no el sentido común de la palabra, sino el que damos en el Andaluzía, que es como gustosa de bromas y de chanzas.

Las fiestas que nos hicimos todos tres pueden imaginalla sus mercedes, pues ellas, luego supieron de la guerra de Egito, temieron por mi vida, ca los jodíos puestos a jodientes son asaz jaques. Y no podían saber ellas estar yo bajo protección de la Dea Tuna, diosa que ampara a los tunos do estén, cuya protección sintía aunque no sabía aún su nombre. Y sabidoras otrosí de ser curioso escolar contaban estaría catando aquello bién de cerca. Magüer no llegaron a decir lo que un mi tío, el letrado don José Quijano, quién, por chanza, me dijo luego haber pensado ser yo el autor de dicha guerra, por distraerme. Gloria haya mi dicho tío por buen serrano, bromista y movido jurisperito, méritos suficientes para ello.

Resté allí varios días, que sumé a mi cuenta de risas y de holgares, de sabidurias nuevas, que ■ lo más preciado, ca mi amiga sabía asaz de los antiguos romanos y me mostró lo que habían hallado en las cavas de ruinas, como puntas de pica, cabecitas de mármol y un arte extraño, de bronce, que se era como un escudete con cadena que lo ligaba a un mango de lo mismo, cuya utilidad y uso no sabían. Luego lo vide yo en el museo de Madrid puesto. Ayudé mientras estuve en lo que pude y supe y despedí mis amigas con cierto sentimiento y magüer a una dellas no torné a encontrar, pues fuése a tierra de charrúas, sepan que ambas, doña Gabriela y doña Raquel, están en mi corazón. Recuerdo agora que digo aquesto a un juglar y trovador francisco llamado Jorge Brasan que canta:

*Au Río de Botologa
ra de fleurs
va de fleurs
va de fleurs
au bout de mon fleurs
au bout de mon fleurs*

Fuíme al puerto de Palma para tornar ■ la Península y me detuve allí tres días por no hallar pasaje. Me vino ■ preguntar un arquitecto rioplatense, llamado Osvaldo Paladini, residente en París, pues se hallaba con una su mujer allí, sin saber do ir a estar un tiempo placentero. Díjele yo fuese a Alcudia, señalé do había possado, casa de bondadosa gente, arreglado precio, y buenos alrededores, a más de la misma ciu-



Perrillon

Capítulo sexto

dad, muy placiente, tranquila y hospitalaria. Tiempo después recibí un billete del mismo ■ que gradecía el aviso y mostraba haber pasado una grata estancia, como era de barruntar por mi propia experiencia.

Con la detención en el viaje, llegué tarde a las fiestas de mi pueblo. Ni pude correr los encierros ni danzar en la plaza hasta la madrugada, ni tirar bolos ni barra. Mas no todo puede tenerse al tiempo y luego vinieron las ferias de La Puerta y Siles y fiestas de Sigura, con que me consolé, antes de tornar a los estudios.

Y si me place me ir con mis camaradas en común compañía, como risueña, bolliciosa, ardida tropilla, por los mundos, no menos me agrandan aquestas expediciones mías solas en las que me voy por mundo, tomo naos y alzo vuelos, caminos, sendas y trocho malezas a solas, sin que nadie sepa do estoy, ni de dónde vengo ni por dónde y donde voy. A solas se aprehenden muchas cosas, andando perdido mirando, oliendo y oyendo, yendo a la buena de Dios, como te guían los pies, sin sujetarse a más guía que el azar.

Ansí, cuando me veo ■ lugar ignoto, o país distante o ciudad que no andé, dáseme un higa todo, pues me veo libre conmigo mismo, sin dar cuenta a nadie, respiro y sonrío, cual si fuese a echarme a volar desde una cima desde la que se cata el mundo en su rotunda esfera.

Y plácmese estar solo cuando enfermo, pues pienso sólo ser comparable la bienandanza y el alegría. Y antes morir que molestar con penas propias al prójimo, que asaz tiene con las suyas sin que además le carguen el saco otras.

Con parecer aquesto que digo de llana inteligencia no es muy usado, antes bién son muchos los que mueven a los demás con sufrir veros ■ imaginados, porque para ellos quejarse es un desporte y estar sanos un castigo insufrible.

Y cuando estoy alegre y abastado de cualesquier cosa, sobremanera lo primero ■ grado extraordinario, que suele ser mi estado natural, querría tener conmigo ■ los que quiero, que son bastantes, para compartir con ellos los bienes y que se gocen conmigo.

Tampoco faltó una expedición a un danzadero que hay en Alcudia aparejado en una grandísima cueva, con copia de luces que se encienden y se apagan. Fuimos allí doña Gabriela, doña Raquel y otros de cuyo nombre no puedo acordarme. Danzamos, en particular el que escribe que jamás se harta, hasta que ■ plació, nos reímos sin medida, potamos con alguna y, nuevamente, se tejió una de las noches que ornán mi vida para guardar junto a las otras ■ el corazón.

Y, al día siguiente, siesta.

Deste viaje, como de todos, aprendí cosas. Lo primero cuánto pude enseñar la historia porque vide qué herramientales tan perfectos y estatuas hicieron los antiguos. Vide también no ser yo hombre para isla, sino necesito tierra dilatada que no se acabe bajo los pies y con ser tan bella la isla, tan afable su gente y tan pacífica, aún recuerdo la angustia de hallarme sin poder passar la mar, mirándola ondear y no ver aparecer ni al conde Olinos, ni ■ los Pinzones, ni a don Alvaro de Bazán que me llevaran con ellos, aunque hubiera tenido que pagar passage. Pues, cuando estás en el continente, si no carro, carreta; si no caballo, rucio y si nada de ■ estas piernas que Dios me guarde andarinas que, en teniéndolas, me atrevo con la esfera del orbe. Aunque igual digo que me atrevería a la mar si ■ dieran nave. Esto por no hacer de menos a mis paisanos que, desde remotos tiempos, bajaron el río Colorado y las béticas aguas sobre los derechos troncos de nuestras sierras, igual que las del Tader, desde la Oróspeda a la mar océana y la mediterránea. Item más, como dice Estrabo, navegaban en troncos huecos por los dichos ríos y, parésceme, harían tales esquifes ■ ■ misma industria con que hoy hacen mis montanos connaturales las artesas, singularmente los orcereños y, en mi cortijada, el hermano Jesús Galdón, asaz hábil con azadón y azuela y grande talayero de la del Yelmo Grande.

Y tengo un amigo de nombre don José Olmos con el que suelo cambiar bromas haciéndonos los ricos y poderosos con singidos alardes. Como decir:

—¿Cuanto os ha costado ■ camisa amigo mío?

Y entonces el otro responde con alguna cantidad desmesurada:

—Pues hame costado poco, tres mil doscientos ducados, sin los puños, que pagué aparte...

—Pues no ha de ser buena en exceso, sigun creo. ¿Cuánto diréis que costó aqueste pañizuelo ■ moquero de un jeme en cuadro?

—Es ruin y escaso y no de muy buena tela. De cien ducados no pasa, parésceme...

Entonces el otro finge ofenderse:

—¡Cómo tal! Por cien ducados, caro amigo, ya podéis dar gracias si compráis un estropajo decente, vive el cielo...

Y así el tiempo que nos cuadra.

El caso es que llegué y no bién lo encontré me demandó por qué había marrado las fiestas de Orcera y dijele que por no hallar lugar en

nave alguna para venir a la península. Entonces, con arreglo a nuestra costumbre, díjome por chanza:

—Y ¿cómo no fletásteis una nave para vos solo?

A lo cual respondí yo:

—Porque no llevaba dinero suelto ■ la escarcela.

Reimos.

Tales bromas tienen la enseñanza de haber quienes dicen cosas así, mas no por broma. Cosas veredes.

Torné luego a las Baleares más veces, para suerte mía. La una a la Isla Ibiza do por entonces estaba un primo don José Luis, de mi mismo pueblo, tuno como yo y excelente tañedor como su padre, mi señor tío don Manuel.

Me plúgo ver la isla dicha y lo que allí dejaron los fenicios enterrado con sus muertos. Desotra parte la dicha ínsula está llena de gentes de todas partes del mundo que vanse allí ■ folgar y descansar y, como dicía cierto de mis paisanos, hay mujeres para echarle ■ los gorriños, comparación una pieza de bruta, mas ajustada.

A Mallorca fui tiempo después, de amores, a tomar residencia a una mi señora que allí se había mudado como en otra parte deste libro parésceme ■ dice. Hallé allí ■ unos cantores y tañedores andaluces que se nombran «Jarcha», como el verso que ■ hacía en otros tiempos ■ nuestras tierras, a quienes tengo de amigos porque lo merecen.

Fuimos Maribel y Jose, mi dama y yo al monte Randa donde tuvo Ramón Lulio sus estudios que tanta gloria dieran ■ las Españas. En el dicho monte ■ hospedería hayla asaz placiente, pero no rastro de escuelas o aulas o cosa que ■ le parezca y pienso ■ ser la misma cosa tener agora el estudio en la ciudad cabeza de la isla y del reino, sino que hubiera sido mejor estilo guardar el mismo sitio de modo que los escolares que quisieran seguir el espíritu del Doctor Iluminado vivieran de igual ■ parecido modo en los mismos sitios. Como no tenía por menos, recordé lo que dice de los juglares en ■ Libro de la Caballería, reprochándoles que anden las calles y plazas cantando y tañendo y llamando a las mujeres a la luxuria y adulterio, cuando debieran dedicarse a loar las gracias divinas. Parésceme una pizca de exagerado, aunque puede explicarse sabido que él mismo fue trovador y juglar en sus primeros tiempos y luego, cuando sedujo la dama de los senos podridos, cambió a todo lo contrario y mudó el mester al punto de que ■ ocupó en convertir infieles, noble oficio, magüer molesto ciertamente para los

dichos infieles que vense solicitados, sin comello ni lo beber, ■ mudar costumbres como la de ir encuerados y gozar las damas al aquí te pillo aquí te mato.

Y es notable que todos los conversos de una u otra religión o, como en el presente caso, de un mestizo en el contrario, son luego principales enemigos de su religión y perseguidores más ardidos de sus antiguos compañeros.

Digo, pues, que la postrera vez fui a tomar residencia ■ una mi señora y hallé la suya toda provista de perchas para colgar gabán, capa ■ anguarina, ■ cualesquier prenda. Conocí la percha, que me pertenecía en que era de montesino hispánico, de cuya especie, signo verás en el Conde de Yebes, la verdadera es la que se cría en mi sierra. Me admiré que siendo yo tan pequeño pudiera sustentar tan descomunal armamento, pero cierto es que Dios nada escasea a sus criaturas, aún a las que lo merecen menos.

De modo que sonreíle a mi señora, le hice unas cuantas cucamonas y caricias y volvíme al continente, do pisaba tierra más firme y dilatada y la ropa se colgaba en diferentes perchas, por mi gracia y para descanso de mi frontil, que entendía yo merecía mejor empleo y muncho más noble.

Y es de ver cómo, ya que estamos ■ eso, la sobredicha, cada tanto, me mandaba una epístola o enviaba un propio con recado de recordarme toda hora y de sentir mi ausencia como protomuerte.

Siempre me pasmó esta general doblez de los ausentes voluntarios que quieren, a golpe de epístola, tenerse presentes en tu memoria y agarran la pluma para derramarse pliego tras pliego en aquellos tiempos libres de trotes. Parésceme que los epistoleros se mueven en muy gran parte por el ansia de mostrarse lo capaces que son para delicados sentimiento, alambicados concetos y florida frasis. Quieren, como se dice en mi tierra, sopas y sorber o, como se dice también, repicando y en la procesión.

Por ello si escribir me gusta poco, cartas me gusta nada. Habré escrito obra de dos al año y aún me paso, con que si alguien tentara alguna vez juntar mi epistolario con cuatro pliegos despachaba.

Esta que digo tenía esa flor y, estando allí con ella, abrió un cajón de una cómoda y parecía aquello el escritorio de San Pablo que escribía a corintios y focenses sin distinción y siempre con la misma materia.

Capítulo sexto

No es malo que cada uno se entretega como le plazca.

La segunda y tercera vez que estuve en las islas no hubo dificultad para tornar a la Península, mas me afirmé en lo que dije líneas atrás de necesitar tierra dilatada que no defienda el camino sin límite.

CAPITULO SEPTIMO

DI HOZ Y COZ. — AL ALMA MATER SE
OFRESCO UN VIAJE A VIENA, QUE ESTABA EN
CARNAVALES, Y HALLAMOS ALLI UN TERCIO
DE DAMISELAS FRANCESAS PIERNIDURAS Y UNA
COMICA VIENESA CARIBLANCA



S. i me quexara de mi hado, merescia cualquiera cosa y si no vean vuesas mercedes este botón de muestra: Dexado atrás sin daño la guerra de Egito, llego ■ mi Universidad y se aparexa un viaje a Viena, a facer allí carnavales: ¡Este que escribe y su tuna! Vive el cielo que nascí de pie y habrálos más ricos y famosos y poderosos, sabios muchos y fermo-
sos legión, pero reto a cualquiera que me aventaje en alegrías y músicas y en amigos en todas partes del mundo... Bien, el ■ es que alzamos el vuelo para Viena los diez esforzados paladines que, por veterania o servicios a la Gloriosa, tenfamos derecho a ello.

Llegamos ■ Viena y, sin posar un punto, fuimos llevados a un sarao carnavalesco do había no menos de cinco mil mancebos y damiselas con atavíos más extraños que perro verde. Dellas, muchas con ventanos abiertos en los trajes, pintados de flores los ombligos y otros lugares de sus cuerpos de que hago gracia. Alegres y bailones todos y entreverados de algún sodoma que, al río revuelto de la celebración, andaban ■ lo suyo.

Allí holgamos una pieza, mas no mucho que veníamos harto quebrantados del camino.

Mas qué llano y placiente está el mundo para los trovadores escolares porque nos llevaron ■ possar a una possada ■ la cual, para mayor contrariedad, posaban, a mas de mancebos, damas, ellás en una planta y ellos en otra. Y ya al entrar nos dixo el posadero, con cierta sonrisa al sesgo como sabidor, que nos guardásemos de pasar de un piso al otro, mas mostraba al tiempo en su semblante que no era aquél negocio sobre que tuviera ánimo de ocupar sus desvelos.

Y momentos después de aposentarnos arribó una compañía de damiselas francesas destas que hacen la parada con haldetas cortas, chapeo

alto plumado y meneando unos bastones por cuyo ejercicio son bien carnadas y con dureza y muncho nervio, por lo cual son buenas empujadoras y bastante dicho se ha. Nos, como siempre nos ha movido el ansia de saber y la necesidad de obrar que decía el otro, fuimos seguidamente a les demandar de Juana de Arco y Carlos el Magno, los paladines de Francia y don Gaiferos y esotras glorias de su nación. Y anudamos amistad para Juego como ya se vería.

Y lo que se vio fue que sortió una lucida expedición dende nuestro aposento al francés. Uno y otro eran como de cuartel, con literas do todos dormíamos juntos. De suerte que fuerza era se supiera lo que contescía al lado tuyo, ■■■ las desocupadas se hicieron sordas y ciegas y las ocupadas bastante tenían con atender a su negocio. Así allí ■ oían diversos crugidores y el que sonaba más fuerte era don Jorge porque es grande y membrudo y el que menos don Josep por astuto y cuidadoso, que ni ■ sentía el pito que tañía ni nadie hubiera dicho que estaba concertando.

Viena es una espaciosa ciudad, bien dispuesta entrabbas orillas del Danubio que corre lleno de majestad, quiero decir anda despaciosa y cueradamente. Es la principal calle desta ciudad una ronda que llaman Ring, que quiere decir, y dice, ■■■ la germánica lengua, como anillo y así tiene forma de circulo que rodea una buena parte y la mas vieja de la ciudad y origina la parte nueva que desde el dicho anillo se fundamenta y extiende.

En un sarao nos dio el alcalde de Viena, que llaman burgomaestre, un presente para el alcalde de Madrid, que se era una bandejita de plata con el blasón de la ciudad labrado en medio. Lo cual que, cuando tornamos a la corte, mandamos varios propios y razones al alcalde de aquí para ver de entregalle el presente, mas como aquestas cosas dásceles una higa a nuestros ediles, no logramos nos rescibieran con alguna cortesanía y no era caso de mandar, con manos mercenarias, lo que se había confiado a las nuestras. Así que lo guardamos en los aposentos que la Tuna tiene en la facultad con otros recuerdos y trofeos. Así al menos no servirá de cenicero a algún covachuelista.

Fuimos a la embajada también a tañer un espacio. Nos rescibieron cortesanamente y siempre solíamos llevar cartas de nuestro Decano, en particular en las dos ocasiones que lo fue el doctor Prieto-Castro, ca el confiaba en que nosotros nos conduciríamos derechamente y la facultad quedaría enaltecida y servido el mester. A las veces, las embajadas son un remanso para descansar el rejalar estragado de vinos repuntados,

malos, agrios y disformes que ■■■■■ muchas partes del mundo se beben como ambrosia. Llegas y los embajadores y sus oficiales, que saben cuidarse el cuerpo, te sacuden unos vinos españoles de los mejores que alzan tu ánima y devuelven la paz ■■■■■ atormentado galillo y torturada andorga.

Mas, como acaesce, vino lo bueno cuando la noche llegó, ca el Arcipreste nos dijo escolares nocherniegos en su Buen Amor y ése es el instituto: andar de veedores de estrellas, columbradores de planetas y talyeros y auditores de la música de las esferas. Así, más que en la batalla con las francesas del tercio emplumado, que se tuvo sin flaquezas, la tuna se vido cuando eximos ■■■■■ tañer ■■■■■ un barrio de Viena que llaman Grinzig, apartado del cogollo de la ciudad y con edificios no altos, cuyo barrio la parte mayor está dedicada a solgaderos de diversa condición, sobremanera figones de mover la quijada y conducir dura guerra contra aquellas carnes descomunales ■■■■■ que llenan las panzas los germánicos, y cervecerías, que llaman brauerais sobre poco más o menos.

Hicimos ■■■■■ potaciones itinerantes como es hábito *apud nos* y luego hicimos asiento en una grande taberna, aparejada de gruesos maderos sin desbastar, recias mesas y bancos tal cual. Estaba toda la gran pieza ■■■■■ sosegada y nosotros entramos callandito y modestamente, como ha de hacerse, ■■■■■ alharaquientos ni ruidosos ni concitando atenciones. Pusimos las nalgas en nuestros sitios y catamos la pieza ya despacio. Vimos buenas caras, ■■■■■ los vieneses las tienen, son polidos y corteses, amigables con los españoles, pues no en vano, durante años, partimos venturas y desventuras y combatimos los turcos y aún tuvimos al emperador Carlos I, *semper venerandi*, que se dicía en sus tiempos.

Luego, paso a pasito, aquello fuése caldeando, como no podía por menos. A don Josep y a mí ■■■■■ embraciló una placiente y granada cómica vienesa, que se puso entre nosotros dos, dejando un su galán ■■■■■ compañero una pieza de jodido. Luego, cuando estábamos ya en las músicas, y es de ver cómo el hado propicia, llegaron las damiselas francesas ya dichas y subió la calor de toda aquella estancia, batieron los corazones enviando la sangre ■■■■■ los últimos rincones de los cuerpos, tomó la música copero. Y agora entrecierro los ojos y véome en aquel mesón de Grinzig, ciñendo, ■■■■■ mi compañero don Josep, llamado el Confederado, los costados de una fermosa cómica, destas que no entierran en sagrado cuando mueren, mas que, mientras ■■■■■ vivientes, son ellas mismas paraiso y regalo de los ojos, manos y otras partes que no diré en romance. Véome luego danzando, en sierpe con mis camaradas, las da-

miselas francesas pierniduras y la gente echada adelante, sobre las mesas y los bancos, subiendo y bajando al suelo, la danza india que llaman conga, chorreando los codos de cerveza, remangado el jubón, cantando entre vapores, florido todo de risas que no cabían en la caja del cuerpo y una alegría caudal en que todos navegábamos cual ligeros esquifes.

Y gusto tener aquestas recordaciones, sobremanera, cuando estoy en mi serena tierra, tendido en el suelo catando las nubes que pasan o los luceros que titilan ■ los profundos cielo y firmamento de azulada color. Entonces el aire fino y transparente, las delicadas auras, soplan entre las ramas de los pinos, la menean y rumoran y ya de paso, sin más trabajo de añadidura, portan el odor del romero y espliego y demás florecicas o el son de finos píos o balidos tiernos. Otrosí me vienen tales recordaciones, a las vegadas, cuando estoy en la biblioteca o en mi estudio, con Accursio o Gregorio López, la constitución Habita o cosas desas, ■ leyendo en la cátedra. Me demando cómo puede haber, pues hayla, gente que si gusta del tañer abortece los libros y viceversa. O que no gusta por igual del humo tabernario y del aire limpio de montes y navas nevadas y solas. Parésceme la vida ha de conducirse despatarra- da entre ambos polos del mundo, así, digo yo, todo cabe en la entrepierna y a pídola se salta y pasa, más aquél que sólo conoce una clase de regalo, cuando le faltase no se segará. Parésceme que el hombre, sobremanera el escolar, ha de tener dos caras como Jano, mas en lugar de mirar a la paz y la guerra mirará a lo grave y lo alegre, el estudio y el folgar, lo porvenir y el pasado.

Y de mirar ■ solo un lado viene no tener inteligencia de la humana natura, mirar el mundo medio y no entero y querer, otrosí, hacer ■ todos a nuestra imagen y semejanza, como Dios. Hay cosas que han de permitirse, pues ■ naide dañan, magüer no nos gusten, ni podamos de llas ser partícipes, ca pueden asquearnos, mientras a otros les placen hasta el éstasi y darian la vida por ellas. O, como canta el otro, alma, corazón y vida.

Aquestos días de Viena, digo tornado ■ asunto, fueron a buen si- guro de los más llenos de mi vida. Porque no cabían más de risas y danzas, músicas y amores en tan breve tiempo. Y sólo fueron tres días mal contados, no hubo lugar al hastío, ni aún a cansera, pues cuando, tras tres días y noches de folgar, podía acometernos el cansancio, llegó el momento de volver, alzamos el vuelo y nos pusimos en un periquete en nuestras casas y pupilajes, aplastamos una pieza las orejas de dormir



Ferellón

Capítulo séptimo

y tornamos a los Estudios, ■ los bancos de nuestras aulas y a seguir deprendiendo los saberes, aún con la risa fresca de tanta maravilla en tan breve tiempo disfrutada.

Sólo una falta echo en aquella expedición vienesa, por el breve tiempo y pronto ligamen ■ las pierniduras galas, no hubo lugar a ligamen con las naturales, ni quasi ■ conocencia, sino a vellas de pasada, si no es la cómica de que hablé al principio desta relación, y que, parésceme, nos dió señas y razones, mas, con aquel recio movimiento y danza, mentiría si dijere que sé cuándo y cómo desapareció de allí, si parésceme recordar su galán se fue amoscado, mandándose mudar a más favorables pagos. Y siento no haber conocido damas deste país, porque son, generalmente hablando, de las que a mí placen, en ■ color y fación. Y héme preguntado a veces por qué cada uno tiene su gusto en damas y la razón de gustarme claras de piel, y de ojos y cabello. Y de mi sé ■ la causa aquesta que declaro ■ seguido: Plácerme el campo y las montañas, amo los cielos limpios, aguas transparentes, érboles verdes, trigos verdes y maduros, lagos serenos, secretos arroyos, nieves sin mancha y azuladas cumbres. Pues todo lo hallo, o, por mejor decir, lo intento hallar, vivo y junto en las damas y en ese punto parésceme, cuando poso con alguna ansí, que salí recorrer los campos, miro montes, contemplo nevadas ■ nado en remansos.

Pienso ha de la Gloriosa volver aquellas partes de la Europa, y si ansí contesciere he de ir, pese al diablo, aún de vecdor, pues no hay mayor dolor que una cosa que pudiste quede sin conocer y días tres parésceme pocos para tan gentil tierra, aunque estuvieran colmados de folgar.

La enseñanza desta descubrición fue principalmente el dicho barrio de Grinzig, cuya parte mayor son, sigun dije, mesones y figones y tabernas y otros etcéteras sufrideros, con lo cual todos o la mayor parte de los estantes cuidan de lo mismo, a saber de se dar tormento y al revés te lo digo porque me entiendas, con lo cual nadie se empece al otro y no hay una cuadrilla de cantores, potatores, saltarines y entretenidos, so el aposento de un menestral que apura el sueño para el siguiente día y, despertado, se pone a votos y por vidas, a mentarles los muertos y cagarse en sus parentelas. Mas, a veces, hay destos barrios de folgar que no son polídos, sino reinos de la bibria, el monipodio, palenque de jaques, palestra de rufianes, posadero de rumiásicas y rameras, corredera de furones. Y luego enjoyados de vomitaduras varias, rebozados de podre y inficionados de miasmas, hedores y vapores de tanta excreta

junta, como orines, bascas, mierdas, cuescos y regüeldos, que no y se pueden sofrir. Digo como los barrios que llaman chinos en algunas ciudades, como la cortés Barcelona y la reidora Valencia, do, agora al menos, no se hallan chinos, sino los dichos haraganes, perdonavidas y putas, con más de marinos saxonindios de arribada.

Y destos barrios folgaderos diría debiera haberlos en todas ciudades, para no mestar divertimiento y descanso, que son mal avenidos, siendo como son ambas cosas necessarias de todo punto a la salud de la república. Muchas veces contesce que los divertidos toman ciertas partes de la ciudad para complir su inclinación, que a osadas ■■■ sino regalo que pide el cuerpo después de laborar o estudiar, y molestan a los que viven ■■■ ellas de contino a los que ves marridos de color, desmalazados y hechos zorros del poco sueño, como a los de la Plaza Mayor de Madrid, a los cuales el Concejo debiera dar aposentos arreglados, bien ade rezados y decentes en otro lugar, tomar para sí los que agora tienen y ponellos para oficinas suyas o estudios de gente artista y nocturna. Pues los agora habitantes, ahitos de tanta música y conversación, teatros y conversaciones, han llegado ■ punto de odiar a los alegres, hastiarse de los cantos y fuir de las comedias como de malatos.

Quitado aquél de Grinzig, una pizca de soso, posiblemente el más placiente sea el barrio de Placa, en Atenas, do fuimos cierta vez don José Luis y servidor, en el que hay copia de diversiones musiqueros. Y maravillónos ver todo lleno de gente cantando y danzando las danzas del país, no como en otras partes que no saben sino las saxonindias mecánicas, y placía ver una clara alegría, sin ebrios derramados por el suelo, en el estremo de su perdición, ni vomitaduras, ni provocaciones al lance. Complidos de luz y de música, de amigables cuadrillas en largas mesas, soplando el aguardiente que llaman «uso» que es, en general, fino, mas que al coronista en cierta ocasión dio tan repentina y desatada cagalera que a poco empuerca sus calzas y la casa de unos amigos, tañedores de guitarra española aunque grecianos, que en su casa nos habían recibido y gasajado. Que hubo de salir al excusado ■ uña de caballo llegando ■ punto de no perder el punto por milagro.

En aqueste viaje a Atenas torné a beber el vino resinado propio de los griegos, ya catado, con sorpresa del paladar, en Egito, y que luego vide, leyendo a Pomponio Mela, ser propio también de España en la antigüedad. Ya que a cuenta viene, diré haberme catado ser los griegos semejantes ■ nosotros, por frances y alegres y sus cantos, danzas y estrumentos, singularmente destos el busuqui, bién agradables ■ orejas

hispanas. Catéme también, oyendo busuqui, que los estrumentos de cuerda ser más alegres que los de soplido. Y la puga, ludiendo con las cuerdas, da son levantador de ánimos y concitador de bailes y saltaciones. Estrumentos propios destas tierras que cercan el Mediterráneo, de lo cual trae su hombre, como dirá puede que Nebrija mejor que yo.

Vide también que la isla Eubea es como la Sierra de Segura que, en lugar de alzarse de la mar de las lomas, se levantase de las olas de la mar Egea. Tiene los mismos colores de tierra y de piedra, de plantas y árboles y de olores.

Recordé, paseando sus montes, que hay en mi dicha sierra asaz de gentes con fación de griegos antiguos y agora ■ me ocurre imaginar que de allí vinieron y acá se quedaron al ver tan parescida tierra. Tanto es que truje yo ■ una paisana una pintura de un billete en que parecían haberla retratado.

Bién, ■ el caso que dejamos el carnaval de Viena y tornamos a España do nos estaba aguardando otro bién diferente, como paso a contar a vuesas mercedes.

CAPITULO OCTAVO

DE LAS TURBACIONES Y REVUELTAS QUE
CONTESECIERON EN LOS ESTUDIOS EN MARZO
DEI SESENTA Y OCHO, DE LAS ALGARAS DE LOS
GRISES Y LOS COMBATES DE NUESTROS DECANOS



Sabía turbaciones en España y, sobremanera, en la Universidad, ca yerran los que dicen «los estudiantes a estudiar». Los estudiantes son como los demás y viven, meditan, sienten y están en el mundo y así es de natura estén presentes en cualquier empresa de hombres, tengan en disputas, debatan y despiendan opiniones y doctrinas con el ardimiento propio de la juventud.

En la Universidad estaban por un lado unos que podríamos llamar amarillos, por decilles alguna cosa. Son aquestos pocos pero ardidos. Las arman y no quieren luego que acaben nunca. Tienen el pensamiento de que pueden derrocar las Cortes, trastocar los gremios, abatir la religión, destroir los concejos, empalar corregidores y capitanes, desterrar los juglares, arruinar el reino, descaecer ganados y cultivos, anegar la marina y dexallo todo como cuando empezó el mundo. Luego, dicen ellos, como son tan sabios, tan despabilados, tan honestos y laboriosos, tan viriles y valerosos, ■ buenos poetas, tan inasequibles al soborno y el halago, tan justos y avisados y generosos y etcétera, en menos que Dios pintó a Perico, harán el mundo nuevo, todo de estrena, que dará gusto vello y disfrutallo ■ todos los que queden vivos.

Por otro ala, para sazonar lo que los susodichos guisan, vienen otros que podríamos llamar negros y aquí ya todo es si antiguo fermoso, aún comido de polilla, hediondo de injusticia, gangrenado de hipocresía, podrido de cohecho y sinrazón. Dicen aquestos dellos mismos que son peores que sus padres y estos peores que sus abuelos. Sueñan con los godos y Viriato, los invocan cada noche antes de irse a dormir, querrían los hacer resucitar con alquimias y devociones. Están ■ partir un piñón con la secta de los cátaros, magüer estos finjan remilgos sobre dello,

cambian dineros y prebendas. Pues tienen con los amarillos la idea compartida de que como mejor se arreglan los negocios ■ repartiendo leña y tapando la boca al que quisiere arguir. Esto los retrata a unos y otros pues si un escolar no es capaz de hablar y razonar con otros de su misma clase y hacerse cuenta de que a priori las razones ajena pueden ser tan excelentes como las propias, cagándose está en las calzas, dicho sea con perdón.

Entre unos y otros, los escolares andaban desnortados y la Tuna, como es su instituto, ni entró ni salió, sino que acogió en su seno a todos los escolares que quisieron sin demandarles más, ca dentro della caben todas las suertes de pensamientos, si no es de la de los violentos, de sus miembros cada uno hizo lo que bien quiso: unos estuvieron quedos, otros se llamaron ■ la parte y la grisura les sobó los lomos. Que estos son los que hacen el tercio en tales ocasiones. Vienen del tiempo de las Comunidades, que les llaman algunos en recuerdo d'otros tiempos, y vestían antes chupa y colete azul, lo mudaron luego en la dictadura a gris y tienen de dios ■ Júpiter Clavigero.

Con aquesta gente en liza, todo llevó el discurso que pueden vuesa mercedes imaginar. Vimos la Universidad, nuestro mayor amor, con los campos convertidos en campos de Marte, todo rompido, así vidrios como puertas, volar piedras y bodoques, llover palos y puñadas, cruzar porvidas y denuestros, suir y refugiarse, temer y temblar y todo tan lueñe de lo que ha de ser el estudio sosegado, la disputa de discurso y la guerra con razones.

Y el tercio de alguaciles de ■ pone el caos porque empezado que empiezan ■ repartir leña, reparten por igual a católicos y herejes, tírios y troyanos, sembras y varones, ricohomes y mendigos, doncellas de primera comunión y dueñas de a boca parir, zorras y novicias, rumiascas y meninas, escuderos y Grandes, embaxadores, rufianes, picapedres, talabarteros, palafreneros y condes, canteros, ministriiles, clérigos beneficiados, regulares y seculares, franciscanos, camaldulenses, bernardos, teatinos, dulceros, marineros, cristianos viejos, marranos, judíos, fidalgos, villanos, borrachos, teólogos, aposentadores, poetas, rateros, baldreseras y sodomas, capitanes sin banda o galeotes, sementales, albéitares, físicos, carmelitas calzadas y descalzas, dominicos y cenobitas... Todos oficios y condiciones. Toda suerte de gente que resuelva en su derredor lleva, si no anda ligero de pies y avisado, su jarabe de palo a cazo colmado. Viérades las monjas, recogidas, aunque con cuidado, las haldas correr desaladamente el campus, dexando puntillas d'enagua en los abro-

xos y cardos y aún piececillas de su conventual recato, y ello porque no los rubraran los lomos, como hacían con todo cualquiera que alentara.

Entraron en los comedores de la Universidad cuando los estudiantes se ocupaban en tan belicosa tarea cual consumir el magro convivio que aquí se servía. Las damiselas gritaban, saltábamos todos las mesas, se volcaban los platos y fuentes, crugían los vasos y corrían por los tableros, navegando en sus caldos, ya lentejas, ya habillas, ya papas nadando en su guiso. Se hacían trizas los vidrios de las fenestras y muchos salían defenestrados, cortándose con los cristales rotos muy menudamente.

Como los estudiantes, por la edad moza y el desarreglo propio de tal edad, suelen tener hambre estudiantina, algunos no iban del plato ni soltaban la cuchara hasta el extremo. Como cierto becario alárbabe que estaba ocupado en sus judías, y perdónen mercedes, cuando llegaron los corcheteros con los vergajos, comía él sin levantar cabeza y dábanle de palos, acabó la pitanza y entonces, levantándose, arremetió contra los corcheteros con la ira del pacífico al que muelen. Púsoles como tres en un zapato, pero luego vencido por el número fue aporreado y lo sacaron restringo de los pies hecho un «ecce homo».

Luego, passado el auto, los que tenían la contrata del comedor y las mozas de servicio y limpieza, miraban todo aquel desastre, parésceme estarlos viendo, con los brazos cruzados y la cara seria, quizá preguntándose qué de aquello.

Como contestó con don Leonardo y fue que, preparándose una liza porque escolares y corcheteros se denostaban en las puertas de la facultad, salió el dicho Decano que era en aquel tiempo, rogar a los estudiantes que se entraran en casa, su facultad, y no dieran ocasión a que los molieran tamarazos. Como tenía gran predicamento logró se entraran y quedó el doctor Prieto-Castro solo en las puertas y en esto llegó un cañuto de aguas que tienen los grises para vejar los gritadores con canutazo de agua teñida de añil que arruina las ropas y señala al que las lleva como metido en algaras para, si hubiere lugar, darle una pasada de vergajo que medite. El cañuto hizo una detención breve y luego escupió un churretazo verde azul sobre nuestro maestro, sobre su polido atavío y digna compostura y pacífica empresa.

Fue tan injusta vexación que la Tuna, que estaban ensayando sus trovas, salió a una de la sala y fuése para las puertas de la facultad a pedir, quien fuese, reparo escarnio y a seguir el maestro do bien quisiere ir. Así de ver, y jamás olvidarlo hé, un raro cortejo en el que íbamos primero don Leonardo con don Joan Vivancos y un don Fer-

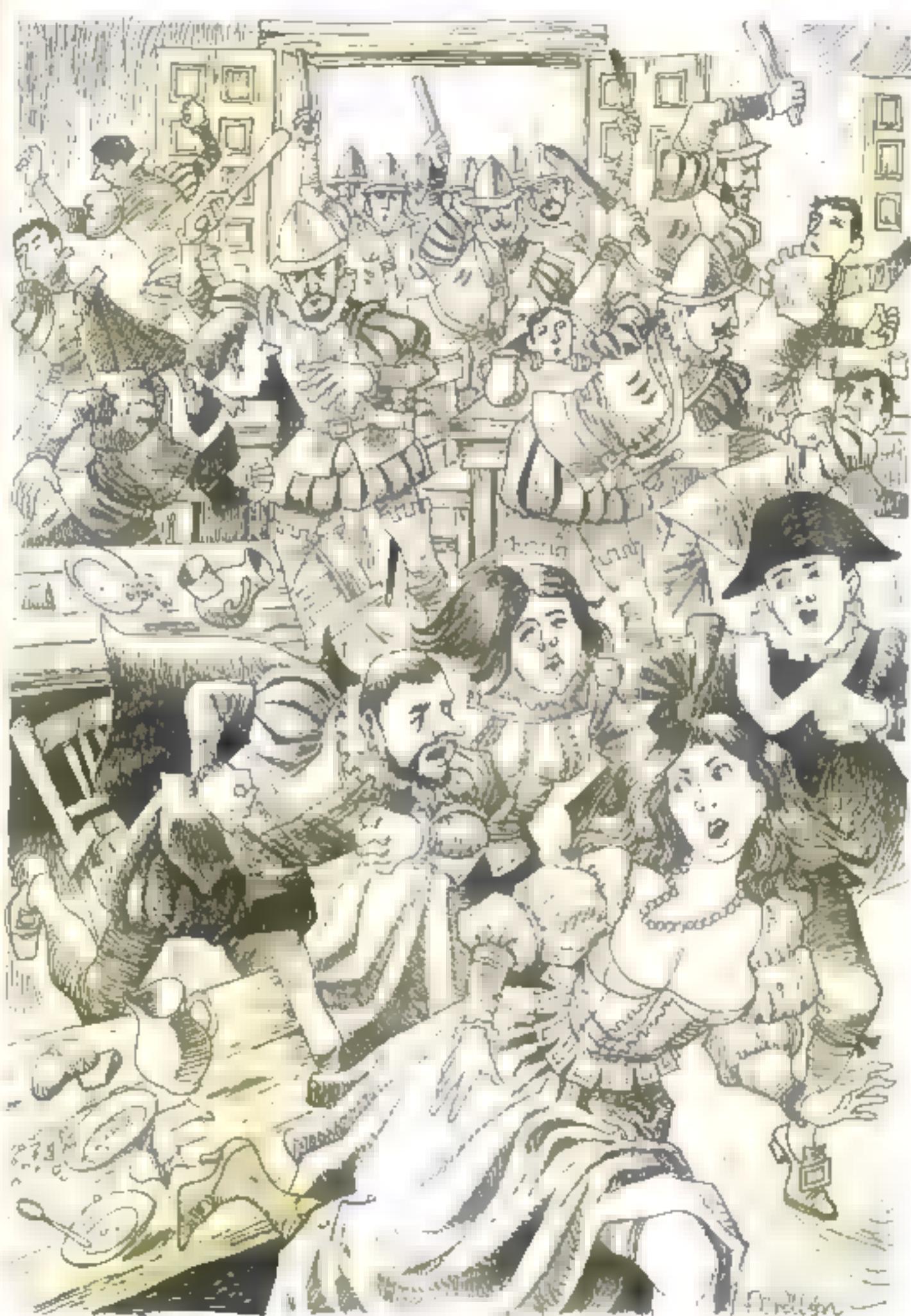
nán Galiano, maestro de Derecho Natural y detrás algunos escolares y todos los tunos todavía con los estrumentos en la mano, marchando hacia los corchetes que movían los vergajos aprestándose ■ redargüir los argumentos académicos. Mientras don Leonardo agitaba su pañizuelo de bolsillo, tintado, y dícía:

—¡Paz, paz!

Ibamos tras él todos, agallinada la carne, prestos a lo que fuere mester, dolidos y coléricos por aquel injusto escarnio. Y llegamos do estaban retraídos los alguaciles o corchetes ■ sus alfereces y cabos en son de calentarnos el hato, aún viendo que ibamos ■ manos limpias, clamando paz, sin otra arma que los estrumentos musicales. Parescióme que se iban, uno al encuentro del otro, los dos polos del mundo. Y que saltarian centellas, sonarían los truenos y rompería la tormenta para envolvernos en la confusión.

Vino en esto, de las filas dé atrás dellos, un coronel encanescido y grave que detuvo la carga y todo quedó suspenso y los laúdes y bandurrias reposaron y volvieron a su ser: ser fuente de músicas alegres y pretexto de hermandad entre hombres. Volvimos ■ nuestra casa.

Al día siguiente, reunida junta de la Gloriosa, como Concejo abierto, se propuso y votó enviar al doctor Prieto-Castro una carta de la tuna que supiese él y cualesquier cómo la tuna estaba con él en aquella dura crisi. Que quedara por escrito y refrendada y rubricada por todos. Se mandó la carta que a seguido pongo sacada del Registro del Sello en el cual queda copia que yo custodio como Canciller y Guardasellos. dice así:



Y el suceso de don Leonardo, según me paresce, vino porque, llegando en cierta ocasión a la Facultad halló en el lugar destinado ■ los palafrenes de los catedráticos que los grises habían puesto sus mulas y aparejos y no sólo ■ sino que quisieron defendelle que se colocara allí, a lo cual el dicho contestó:

—Vean que pone en aqueste letrero «Reservado para profesores». ¿Sonlo acaso sus mercedes?

Y sin más parlamento ■ entró al Decanato. Cuya le tuvieron guardada hasta que vino ocasión de devolverla.

Era de ver la pelea deste maestro para sostener en aquellas recias ocasiones la dignidad de la facultad sin desdoro. Salvar a sus alumnos del palo, defendellos de su misma impericia, propia de la mocedad, buscando la manera de calmar espíritus de mil modos tan desusados como sotiles. Dello me viene a la memoria cierta vez en que llegó una comisión d'escolares a quejarse con grande ardor de haber los sobredichos tantas veces grises entrado en la facultad pisoteando el suero y a los escolares que tentaban de disfrutallo. Y escuchábalos don Leonardo con la cabeza apoyada en ambas las palmas de las manos y los codos sobre de la mesa del despacho y ■ cierto momento alzando la cara preguntó a uno de los escolares que le hablaban, que lo era don Manuel, llamado el Altanero; portaestandarte de nuestra Tuna:

—Por favor, ¿qué fragancia usa? Porque ■ muy fresca.

Quedó la comisión suspensa y alerdada y en la suspensión y lerdez se calmaron los ánimos un tanto, cosa conveniente en aquel punto en que nada podía la razón contra la fuerza desatada.

Peleó también cuanto pudo el doctor Hernández-Tejero, catedrático de prima de Derecho Romano, decano que fue también en cuya dignidad lo sorprendieron otrosí las algaras y, como era usadero, en otra entrada, vino una comisión de escolares a quejarse de la entrada de los cuadrilleros ■ terreno asorado y pedían, entre otras cosas, que cessara la tiranía es decir quitar el gobierno del Gran Sujetador y poner otro, en cuyo punto el doctor Hernández-Tejero, mirandolos por encima de las gafitas, como suele, dijoles con suave voz:

—Sí, si me parece bien, pero eso lleva ■ trámites.

Con lo que se les representó a los escolares cuán lejos estaba de las manos de cualquiera de los presentes mudar lo que tan poderoso era que podía hollar los privilegios que rubraron reyes tan esclarecidos como don Fernando el Santo y su sabio hijo, y el Santo Cardenal fundador, don Jaime II de Aragón y toda la flor.

Y no ha mucho, ■ grande acierto, lo recordaba en las Cortes Generales d'España el doctor Peces-Barba, procurador por Segovia y escolar desta facultad, como ensimismo de que las cosas han de hacerse guardando la proporción entre lo pretendido y lo posible, los fines y los medios de alcanzallos.

Fueron duros años, aunque movidos y, a trancas y barrancas, se siguieron las lecturas en las cátedras, los escolares estudiaron como pudieron, ■ enamoraron como ■ sólito, tañeron y deprendieron derecho, aunque sólo fuera viendo lo que no era derecho. Pues los cuadrilleros, sayones y corchetes paleadores no sólo ejercitaban el vergajo con los escolares a campo abierto y arremetían contra los que los pedreaban, sino que entraban en las mismas bibliotecas y expulsaban a los estudiantes dellas y luego, puestos en dos filas en las mismas escaleras de la facultad hacían pasar la baqueta ■ todos y, ya quedó dicho, sin distinguir hábito ni sexo. Y sobre desto recuerdo los palos que le dieron a una la hija de don Cristóbal Páez, rubia, hermosa y brava. Otrosí tenian raras guías para señalar víctima y desto recuerdo ir yo un día a la facultad y cruzarme con el letrado Poch, guitarra de ■ Gloriosa, llamado el Confederado, y decirme demudada la faz:

—Volvéos, camarada, que zurran a todos los barbados.

Pues él la tenía en aquel tiempo y también yo. Mas fiado en la Dea Tuna que me protegería siguió a mis avíos y pasé sin contratiempos, magüer los sayones, como me vian de más aventajada edad que el común, miraban de atravesada manera, pensando ser yo de los conspiradores que, a veces, venían de fuera ■ mover el guiso. Y mi conspiración y mi guiso han sido siempre mi universidad y mi facultad y mi tuna y mis amigos y mi tierra. Y, otrosí, la justicia y la libertad. Aunque, Dios me libre, no he de hacerme ahora, como ■ suele, héroe de nada. Por contra, diré haber sido siempre comunal y llano y del montón, escurría el bulto y sentía temor o desconcierto según lo que ocurría o escuchaba. No soy destos privilegiados que, aún en la cuna, han visto claramente los caminos y las sendas que han de seguirse y han levantado, apartando a un lado chupetes y biberones con firme vuelo de la tierna mano, las algaras y a los pueblos, guiándolos con segura mano a través de miles y millones de asechanzas, con la luz encendida en la frente. Aún con los dientes de leche royendo la dura costra de las oligarquías y alzando, con los rollizos bracitos del mamón, el pendón de la libertad y el buen gobierno.

No nascí con la revelación de lo conveniente sin duda, ni fui pronto en la comprensión de lo venidero, pero sí estuve siempre aprestado

para escuchar lo que me decían y mudar la opinión cuando me convenían de otra mejor que la mía.

La tuna como instituto no entró ni salió en estas turbaciones, sino cuando vido ■ la Facultad vejada con tanta sinrazón.

Abrió las puertas de su morada a quienes huían de la riza y veces hubo en que cuando llegaban los apaleadores quedaban suspensos al hallar dos ■ más cientos d'escolares apretados en un aposento que cabía cincuenta, entonando canciones de albada o potatorias como si nada les fuera en aquello. Los tunos, ellos, cada uno sobre sí, hizo lo que le pidió su inclinación, fuese al bando que quiso, de su capa hizo un sayo; de su jubón, coleto; de su loba, sotana; de su bicorno, chambergo; de su calza, calcetín y así al infinito.

Tan sólo rogamos ■ don Antonio Cañas tuviera a bien, por la salud de su cuerpo y tranquilidad de todos, cuando fuera a liza con los grises, no vestir el tabardo amariello que solfa pues, como el amariello no es discreto color, lo cataban a dos leguas y más y ya lo tenían señalado ■ el ojo por si lo hallaban luego, cessada o reiterada la alteración, dalle unos toques en los lomos.

Item ■ don José Luis, llamado Zorro, que despabilara el zancajo y fuese más corredor, que pusiera más atención a los cuadrilleros y entendiese hacia dónde debería correr, que lo olvidaba. Así podría emplearse con más sosiego en sus labores. Pues al menos ■ vez que tiró pasquines de lo alto del vestíbulo de la Facultad, por el hueco que tiene la escalera, ■ lugar de desparramarse, cayeron todos como un ladrillo, bien juntos, de suerte que por maravilla lo leería la limpiadora que le locase barrer aquel día. Si es que sabía leer. Otra vez que llevaba unos pasquinos destos de pegar, ■ pegaron antes de tiempo, por la calor, en el bolsillo y no pudo despegallos ni usallos sino él que iba primero.

Después he pensado muchas veces cuán errados están los gobernantes, a juicio mío, dejando que los cuadrilleros palicen tan sin tasa y a todo Dios, porque a mí paresce que hacen ellos así más enemigos del gobierno que los de oficio con sus prédicas. Bien sé que hay quienes piensan que ha de darse leña muy reciamente y desa suerte todos quedarán terrorados de modo que jamás osarán rebelarse. Y no contesce así, que el más ■ y desatendido de los negocios políticos, cuando está con sus Baldos, sosegadamente, aún sin saber que hay revuelta, y llegan y le muelen los costillares, le patean los sigados, parten morros y se chancean de él porque lleva bigote a la borgoñona o la barba al así como crezca se queda, no ■ cosa de pedirle que medite y, serena-

mente, sopesando causas y concausas, venga a decir muy comedidamente: «Ácasos son aquestos que acaescen en avatares tales. Fuerza es ver ser difícil separar justos de pecadores. Seamos pacientes como Job que alguien nos lo premiará». Lo humano es tomar rencura porque ves cosas descomunales, como ver que dan leña, sin lo comer ni bebello, a vuestra dama, nuestro compaño, nuestra amiga o a nuestra tía, monja clarisa, y tomar luego piedras y bodoques para entrar ■ la refriega.

Desta manera fueron haciendo poco ■ poco más enemigos, lo que era obligado pues ninguno somos santos.

Y pudiera ser que ocurriera de otro modo si se aplicara lo que decía doña Amalia Perales, escolar pelirroja y dispuesta cuya era la opinión siguiente:

—Yo pienso —dició en cierta ocasión de charla en el mesón de la Facultad— que hay un medio de que los cuadrilleros ■ te muejan y es, en puesto de agachar la cabeza, alzar la cara y mirallos frente a frente, pues no es llano que alguien te golpee mirándote a la cara.

—Posible fuera —respondí yo— ■ luego tenéis el riesgo de que se enamora de vos y, en lugar de pegaros ■ pide en matrimonio, que no es chica cosa...

Reíamos todos, pasadas ya las horas angustiosas, porque la alegría de la mocedad nada puede acabarla, ni el mismo diablo suelto.

Y ya a don Rafael ■ le habían deshinchado los bezos de aquella vez que, desde su facultad, vino ■ vernos ■ la nuestra en mitad de los conflictos. Lo tomaron en un carro y le dieron un sobo regular y llevaron a la trena. Luego que se supo en la Muy Fecunda de Medicina, se echaron a la calle, fueron a las covachuelas, hablaron aquí y allá, con aquél y con éste y lograron el rescate. Al final volvió al seno de la Mater, mas hubo que darle algun tiempo zumo de dormideras que llaman opio para calmar los dolores de las bofetadas.

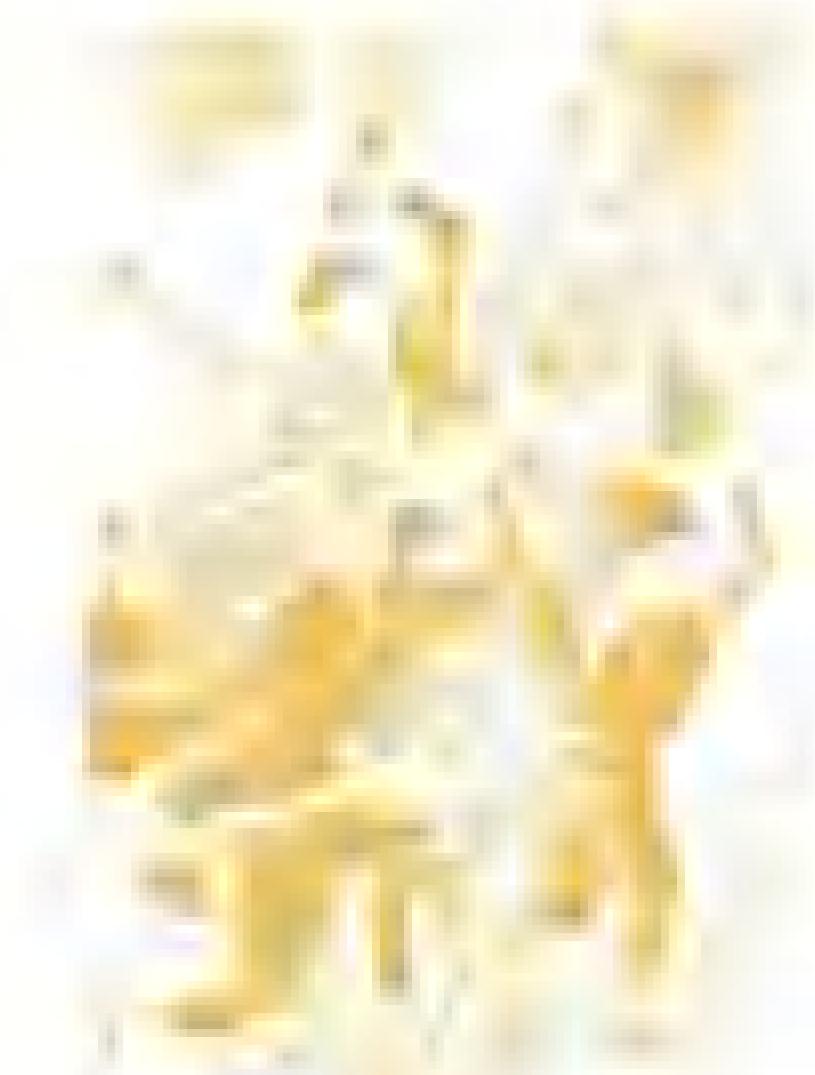
Fue aquél el peor curso que hubimos. Luego fuese sosegando todo muy poco ■ poco, con alguna turbación suelta y agora, cuando veo a los escolares tolerarse, parésceme aquello un lejano sueño que jamás viví. Y cuando vide la última, hace ya varios años, en que entraron unos embozados con pistolas, no lo quería creer, así que bajé lo deprisa que pude desde la biblioteca y sólo cuando vide el reguero de sangre del bebed Yuste que ■ iba por la alfombra del decanato adelante y ■ un estudiante mostrando su rodilla herida de bala asentado cabe la mesa del doctor Vivancos, secretario de la Facultad, me tomé cuenta de estar dispierto y mirando realidades.

Capítulo octavo

Desde entonces nada grave, Dios sea lodado.

De cualquier modo, fuerza es recordar lo que estableció don Jaime II de Aragón para su Estudio de Lérida, que los oficiales reales no entraran en los aposentos de los escolares ■ no ser que vieran a un delincuente refugiarse en ellos y aún entonces ■ les ordena pescuden *curaliter*.

Pues ¿cómo ha podido discurrir desa manera la variación de los tiempos? ¿Cómo el ojito derecho de los monarcas hace mudado en el izquierdo de cualquier corchete? Cosas veredes, Sancho, que te harán temblar.



CAPITULO NOVENO

DE COMO NOS MANDARON A SAXONINDIA, A UNA
PUEBLA QUE LLAMAN SAN ANTONIO DE TEXAS,
DE LA HUESTE QUE PASSO ALI Y LOS DIVERSOS
ACADEMIOS, IGAMENES Y HOLGARES
QUE TUVIERON



Como la Gloriosa donde pone la planta pone el plantón del alegría, cortesanía y la música escolares, se ofrecio que proveyó el gobierno d'España poner una casa nuestra en cierta feria que habían de celebrar en San Antonio de la Provincia de las Texas por conmemoración de los doscientos y cincuenta de ■ fundación por los españoles. En tal feria tenian casa muy diversas naciones para mostrar lo bueno en que empleaban sus habilidades, artes e ingenios, así de telares, como ferreñas, músicas y cantos, como de otros saberes y gracias, sin olvidar manjares y vinos, que con ellos se pasa muy medianamente.

España, como digo, hizo su casa y determinaron que, aparte de mostrar, regalarles el gerguero y andorga, sería bueno oyeran trovas, así que enviaron diversos grupos de ministriles y danzarines, sin contar la Gloriosa. Cuando estuvimos nosotros estaba ■ mismo una tropilla de danzarines y cantores a estilo de Andalucía la Baja con un Paco Ruiz muy buen danzarín y persona, su mujer Teresa y otros, alegre y de buena fación con los cuales hicimos muy buenas migas por ■ concertados e polidos, cosa no fácil de hallar habiendo tanto jaque y atravesado en tales oficios.

La ciudad de San Antonio es ciudad ni grande ni pequeña, hermosa y hospitalaria, con río por medio y gentil gente. Es ni dibujada para ■ tuna como la nuestra cuya suerte mejor es que lleguen a conocella y amistarse con ella, tal como contesció en aquesta florida ocasión pues los tunos estuvieron quasi un mes. Por contra diré que hay tunas, Dios las perdone, cuya suerte es estar poco en los sitios de manera que muestren sus gracias que las tienen, pero no hayan tiempo de mostrar sus desgracias que las afean, como ser desmedidos con los vinos, creerse bur-

ladores de Sevilla y otras salidas de madre no propias de escolares que han de tener siempre presente que su atavío ■ es cartablanca para desaguisados, sino obligación también de tener ciertas maneras ■ cumplir el folgar, pues para ser ebrios meramente no es preciso vestir tal traje, ni llevar sobre los pechos tan preciado blasón como una beca de nuestras excelsas Escuelas, pasmo del orbe, con desconocer las reglas de la cortesanía, ■■■ impropia de los escolares y distintiva de los dísculos, que es decir los que se van de las Escuelas.

Pensé siempre ser lo principal la gente, que ella hace el mundo, por ello cuando se alzó el pendón de la Gloriosa para pasar a las Indias, cogitaba yo, mirando la lucida hueste que iría, ser llana expedición pues cada uno sabía su oficio tunantesco y había ejercido el mester en diferentes ocasiones y países de lo cual se sigusa que agora lo sabrían hacer con igual desenvoltura y osadía como en pasados autos lo complieron.

Cátense si tenía cosa que temer viendo quiénes iban conmigo, mis señores y amigos, compaños y cofrades, en aquel paso del océano:

Venía don Miguel, de nación manchego, remanecido de santanderino y vasca, tañedor de laúd en la expedición al Río de la Plata y agora con oficio de bandurria, que cumplía ambas a dos con ágil dedo y puga sin cansancio. Llevábamos luengo tiempo sirviendo a la Gloriosa y en buen armonía.

Don Rafael de Cubas, llamado Lince por su dispierta disposición, ■ tañedor de guitarra y clavecín, arreglaba las músicas con grande habilidad y gusto. Cantaba, cuando venía al caso, trovas de holgar y burla y contrahacía voces femeniles o seniles si le cuadraba. Era de nación castellano nuevo y remanecía de Linares, en el reino de Jaén, por parte de madre.

Luego estaba don García Martín, llamado primero «El Zorrito», pues había heredado el mote de un su hermano, don Angel García Martín, tañedor también en la Muy Andariega. Luego, cuando se fue el mayor con los publicanos a rebañar tributos, quedó aqueste don García que, como el primero, era ministril de todo estrumento, sabía concertar voces y cuerdas todas y reía a empollones y con asaz gusto. De modo que al poco fue llamado «Zorro» con todo merescimiento y se le quitó el diminutivo y sirvió a la Tuna con ardimento y sabiduría de músicas y trovas, pues si el mayor era hábil al punto de poder componer un harpa con sedal de pesca, aqueste no le iba ■ la zaga y aún le aventajaba en algunas cosas, y estilos de música. Se tenía como gallego, de Sangenjo, sobre lo que hizo algunos versos.

Don José Poch era de nación catalán, de Barcelona, ministril de guitarra, llamado, y yo le puse el nombre, «El Confederado» porque en el viaje que se contó a Stuttgart vestía un arte gabán largo y ahusado del estilo de los saxoníndios del sur, pegando a nuestras tierras de la Florida y Golfo de México. Ya se habló dél, de ser galano caballero y osado rastreador de folgaderos, despabilado y bullidor y fablador de lenguas. Casó temprano.

Don Pedro Yagüe, se era de nación castellano alcarreño, blando de corazón tanto como recio de voz, generoso y buen poeta. Componía muy buenas trovas y las cantaba y versos hermosos, asaz sentidos. De una vez recuerdo que, cantando para los escolares de la Universidad de Oviedo, trovas suyas y de un trovador valenciano llamado Raimon, de consuno con el sobredicho don García, estuvieron aplaudiéndolos tanto rato que parecía tempestad más que aplauso.

Venía don Julián, extremeño de nación, danzador de panderete, macizo pero saltarín, pelirubio, risueño y una pizca de gritador, no tenía, ni agora creo que tenga, cansancio para el holgar y siempre estaba presto a cumplir imaginarias tunantescas si era ocasión.

Con él sus más amigos, don Augusto Escrivano, toledano de nación, ingeniero venido a la Gloriosa al amparo de nuestras ordenanzas que, por faver el conocimiento entre escolares de diversos estudios, permite haya en ella tañedores no estudiantes de leyes. Era de grave continente, como maestro de griego o latín, una pizca de taciturno, es decir hablador poco y mucho sentencioso. Dimos en llamarle don Crescencio y decir, donde bién venía y a quien se cruzaba, ser El maestro en greciano con lo que le acudieron algunas a demandalle ciencia. Tañía laúd.

Estaba también don García Escrivano, de la misma nación y puebla, Añover de Tajo, que el arriba dicho. Tenía la cara sonrosa, tañía bandurria y era muy arrimado ■ lo suyo, mas daba buen juego en aquellas lides cuando no desparecía en pos de alguna, porque entonces ni ruego ni calaña lo detenían.

Y para terminar parésceme colofón don Jorge Souto, de nación gallego, tañedor de bandurria, mozallón ardido y arrojado, gran combatidor dialéctico de corchetes nocturnales a quienes explicaba por menudo y sin arredrarse tener los escolares que andan nocherniegos derecho por costumbre antigua a tañer en las madrugadas. Fue luego maestre de la Gloriosa y sirvió el maestrazgo con justicia y ardor que le son naturales.

Si cuentan que el décimo era yo y digo que nada temo cuando llevo el atavío tunantesco y mi laúd, colegirán hallarme presto, mirando tan

Capítulo noveno

lucida hueste, hallarme presto digo, no ya a tunar las Indias, pero que ■ pasar el Pacífico tras la estela de la «Vitoria» y aún a subir a la luna sin que temor me embargara ■ detuviera.

Digo que nos llevaron ■ la dicha puebla a los dichos diez a primeros de abril de los sesenta y ocho. Nos estaba cometido andar por la feria que hubiera músicas españolas por allí. Tañíamos en el pabellón español y luego por las calles de la feria hacíamos lo que se llama en la jerga tunantesca un «hamelin» que es tañer y cantar por llevar gente a do conviene. Trae su nombre de cierta historia de un flautista que, tañendo, llevaba tras sí ansí animales como personas hasta ahogarlos o encerrarlos, según conviniera a su fin. Nosotros los llevábamos que vieran el pabellón y las cosas que contenía y prometía.

Posábamos en un mesón parecido al de Viena, porque había damiselas y galanes, puestos en pisos separados, mas la diferencia era de notar pues, mientras en el vienes ■ libre la baxada o la subida, tenía aqueste de San Antonio, llamado Riverside Drive Lodge, cierto arte de industria puesto en las puertas de la escalera de suerte que si se abría alguna de las daban paso del piso de damas al de galanes sonaba en la portería estridente campanilla y flechado salía el portero a empecer la coyunda que amenazaba. Amenazaba y no sé a quién pues, si es gustosa, más bienandanza que otra cosa paresce.

Y, milagro no fuera, quien primero de nosotros puso a marchar el arte fue don García, llamado «Zorro» y no por lascivia pero por inadvertencia, porque anda siempre más en cielo que en tierra y quedase luego suspenso cuando le acaescen cosas, mesándose el bigote y demandando al destino:

—¿Eh...?; ¿qué?

Y siempre está perplejo y risueño, risándose a empellones.

Allí se anudaron muy buenos idilios, como el de don Arturo, que acabó en desposorio. Y otro de a cinco que hubimos don Miguel, Don García, don Joseph, don Pedro y el que escribe con cinco damiselas de la Nueva España o México que le llamaban antes de llegar el Marqués del Valle. Eran gentiles y alegres y ■ llamaban Leticia, Alejandra, Gabriela, y Luz Marina. Recuerdo, y todos conmigo, los diferentes teatros ocurridos en sus aposentos, que los tenían afuera de San Antonio, pues no querían que ■ compañeras del pabellón supiesen que nos acogían alguna noche y teníamos nuestras risas juntos. Una destas noches, estando con ellas, vino una a las ver y entonces todos nosotros salimos fuyendo al excusado por hurtarnos y no comprometer su fama. Ida que fue la

visita, tornamos a salir a reiterar las labores en que nos ocupábamos y, sólo comenzar, volvió otra a no se sabe qué diligencia e nuevamente hubimos de salir acentellados y apretarnos allí en el sobredicho lugar, tapando la risa mordiendo toallas y mangas, sobremanera porque mientras la visitadora y veedora, que de sospecha venía a pescudar, dilataba su estada y miraba inquiriendo todo, don Joseph soltaba venablos, votos y porvidas, con tan singular desenvoltura que la risa no podíamos tener.

A aquellas damiselas mexicanas las conocimos los primeros don Joseph y yo, ca somos de parecido natural para las exploraciones y así, a poco de llegar a la Hemisferia, mientras los demás andaban medio deslegañándose, sortimos a veer todo aquello y dimos en Nueva España quasi de hoz y coz y allí hallamos ■ doña Gabriela y doña Luz que guian a la gente por su pabellón y hacían de lenguas en la inglesa. Y el hado puso conmigo a doña Luz y con don Joseph a doña Gabriela.

Vivimos con ellas de los mejores entre nuestros tantos y tan felices días. Que se eran bien fermosas, de fabla graciosa y dulce que encantaba oír, sobremanera en la penumbra, entre trova y trova, trago y trago, caricia y ósculo. Fue como paraiso. Teníamos, por tener, una pecina de agua calda en que nos bañábamos a las madrugadas, todos y todas, a furto de la vecindad que lo defendía. Días fueron que no han de volver, aunque vinieran otros mejores.

Recuerdo que una doña Leticia, fecha de maravilla, las pestañas tan largas como se podía pedir y las caderas redondas que no las hicieran alfareros, que cierta vez se salió del aposento do posaba con don Miguel al que estábamos los demás y dixo, apoyando la mano en ■ cadera, ronda de maravilla:

—Nosotras, cuando nos hablen de la conquista española... pues... nos callamos.

Digo que daba gana a todo el que la vido hablar ■ tanta gracia y dulzor de la comer en cachillos menudos y cuadrados, como se suele con el jamón de Trevélez. Y ahora aún tengo en el pensamiento su figura, dibujada por la luz que venía de dentro, en un lado del marco de la puerta.

Me embebeció ■ mí doña Luz, ■ fermita como pocas, y no diré la que más por no mostrar inclinaciones, ni ofender ■ ninguna, ni hacer menos a mis compaños, suave de piel como ninguna seda y dulce como todas, una pieza de loca. Recuerdo contaba con su suave fabla cómo, porque teníamos celebraciones y saraos nocturnos, cuando iba ■ trabajar

caíase de sueño y como se tocaba ■ uno desos sombreros chapeos mexicanos de ala dura y grande y dicia ella:

—Y entones, me aserco a la selosía de la Sala Barroca, apoyo el sombrero sobrella y parese que estoy mirando abajo y estoy puuuro durmiendo.

¿Por qué no ■ podrá tener en el corazón guardados, vivos en los ojos tanto momento y tanto rostro, hasta el fin de los días los sones y las músicas, las risas y los cantos? Amas cosas y gentes que has de perder después, que no podrás tener a alcance de tus sentidos, tu vista y tu oido. Mezquina fábrica del hombre que tan poco abarca y tan breve es... Bién, bueno va de filosofia de tres al cuarto y prosigamos nuestra relación que no he de ponerme triste mal que pese a la tristura, que no vine al mundo a sofrir ya me lo tengo sabido pues ¿a qué vengo agora con aquestas cogitaciones, dándomelas de grave y de sesudo, cuando soy alegre hasta los tuétanos, en salud y en enfermedad, con suerte o desgracia? Mas a veces bueno es facer aquesta arte de fingimiento para catarse de lo ajeno, de cómo muchos gimen por oficio, porque damas hay que andan pescudando sufridores para consolallos con sus gracias y partes y aquesto, sabido de ciertos despabilados, pónense al gimoteo y recuden luego a consolallos y al socaire las gozan.

De mí sé decir que jamás fuí lamentoso, ni aún para lograr favores de damas. Y es aquesto porque en mi casa y familia más vergoña que otra cosa nos daba y traía estar malatos y necessitar de alguien que nos ficiera alguna suerte de servicio. Así más coidábamos de ocultar nuestros males que de mostrallos. A pocos días de llegar habíamos amistado con toda la ciudad, todos nos conocían y sonrisaban por las calles.

Y vide yo allí, magüer ya antes lo columbrarse, cómo y cuán fermoso ■ el mester tunantesco, pues arrambla con toda tristura y estiramiento, quiebra la distancia y rompe la pompa y circunstancia. Como cuando nos llevaron a ■ de cierto general llamado Bennet, de gran predicamento en San Antonio, a un ■ que tenía aparexado de gran comedimiento y cirimonia. Y se andaban al comienzo muy mirados y una pizca de fríos, catándonos de cierta altura, ■ gente poseída ■ importante. Y resistieron la primera trova dese continente, mas luego les asegundamos y se derrocaron y viérades qué de palmas y saltos, cuánto de parabienes y alharacas.

De la misma suerte contesció en el festejo que ofresció don Fraga a los capitostes de la ciudad. Tomamos toda aquella tropa de comedidos, ataviados de primor, algunos de pisaverdes y donosos, las damas con



Perellon

briales de brocado y martas cebellinas por los cuellos, chapines dorados, jubones de sarga, abanicos de ave estruz, joyas y joyeles de pedrería y perlas y ellos viera vuesa merced lo que llevaban encima de ricas telas y sortijas. Todo lo cual los tenía, a unas y otros, tiesos como verga y cariacontescidos como en funeral. Digo que tomamos aquella tropa y le pusimos alma y ánima. Hasta el mesmo don Fraga, que se es, como saben vuesas mercedes, de natural poco jocoso, comenzó a dar saltos pistones de que dió pieza a una dama de blanco que con él estaba. Y de tal suerte los pusimos que vínose a mí, que de maestre iba, un don Luis López Ballesteros y me dixo:

—Después de lo fecho por vuesas escolaridades aquesta noche, no más tenemos que alzar la punición y de parte de don Fraga cáten acá estos trescientos ducados de estrambote.

Y viene aquesto de la sanción a lo siguiente. Contesció que cada reino con pabellón en la Hemisferia daba un dia de fiesta y agasajos a los demás y España, como somos tan católicos que nos trasponemos, comenzamos el día con una misa matutina, y diría yo que matutina demasiadamente y los escolares nocherniegos, que lo éramos, habíamos tunado, como compete a nuestro mester, la noche anterior hasta hora crecida. Cuando llegó la hora de levantarnos, alcéme y fui por las yacijas tocando albada, si no fue ■ don Pedro, porque es de natural devoto, don García, que no sabe si es de noche o es de día, no pude por más que hice separar a ninguno del catre, de suerte que con la desenvoltura que en tunos de la Gloriosa es de esperar, nos fuimos todos tres al templo, con el mismo ánimo que si fuéramos la completa escuadra de don Alvaro de Bazán. Pues, cátese vuesa merced, no plúgo. Primero fue don Fraga que sortió de la misa y nos contempló con mal gesto, y eso que antes, a su llegada, nos había salvado muy galanamente y tenido chanzas sobre nuestra facultad con nos, señaladamente sobre don Federico de Castro, asaz oportunas pues que en aquel año el dicho doctor Castro había puesto en fuga de la Complutense ■ una lucida cuadrilla de tunos, entre ellos don Miguel, don Pacho, don Julio y otros que fuyeron a Oviedo, al pupilaje de Rosina en que se refugiaban los fusdos y, como tenían penas que mojar, saliase el vino por las puertas, sobremanera del aposento de don Pacho. Y tornando a lo que estábamos, don Fraga adusto, todos de morro; de suerte que un don Sancho Pachón que se era comisario nos dixo se nos puniría con la soldada de un día ■ lo cual yo respondí ser aquello ocasión de desnaturarnos y que dexaríamos aquel ejercicio para irnos do bién ■ paresciera por el ancho

mundo. E díjalo de corazón, sin quedarme otra, porque teniendo yo mi laúd al hombro y mis compaños al costado, a nada temo y presto estuviera ■ circuit la esfera sin más caudales ni prevenciones. Luego, como dije, todo se acomodó al gusto común para discurrir pacífice.

Fuimos a la Universidad de Austin, les tañimos y eso que la noche antes habíamos tenido ciertos jubileos de los cuales ese día estábamos una pieza de molidos, con los ojos sumidos y macilentes del poco sueño, mas limpios y arreglados de barba y atavíos les trovamos a los escolares y, como suele decirse, los llevamos al huerto.

Recuerdo también de cierta noche que vinieron a posar junto a nosotros una tropilla de chiquillos de primeras letras, destos ethiopes que tantos hay en Saxonindia. Entraron y cuando estaban en calzones se le ocurrió ■ don García Martín comenzar una trova destas movidas que se cantan por nuestras Indias, vieran sus mercedes cómo los muchachillos, que venían rendidos del viaje, olvidaron su cansancio y comenzaron por toda la pieza a saltar como poseídos y eran de ver porque con la poca luz sólo se les cataban los dientes y los ojos danzar, ■ solos, por todo aquello, porque la piel les desparecía en lo escuro.

Es el caso que ■ los pocos días era nuestra la ciudad, amiga toda. De todas partes ■ llamaban, regalaban y sonreían. Y esto desde la primera noche en la que nos dimos a la descubrición de la puebla y fuimos a dar a un lugar llamado Landing, cabe el río a cuya misma orilla estaba nuestra posada, para tomar unas cervezas sosegados, luego de haber tañido en el nuestro pabellón de la sobredicha feria. Nos asentamos a unas mesas, curando no hacer pizca de ruido y con mucha humildad y recogimiento y aquesta es otra: no han de ir los tunos siempre blasfemando, engallados, asoberbiando, sino que si el holgar viene han de recibirlo, pero no ir a lo jaque, ■ algunos hacen. Es el caso que entramos modestamente y pedimos unas jarras, de cuyas nos trujeron unas tamañas que los pequeñuelos cabíamos dentro, mas no nos arredraron, sacamos el morro, esforzamos y cayeron ■ tánganas. Y ya comenzamos a mirarnos entre nos y sonreírnos, como cada vez que estamos en tropilla de tunantes y pensamos: «Hétenos aquí, en países extraños y lueños, con nuestro atavío, nuestra beca bermexa, los estrumentos al alcance y damiselas cercanas». Y a todo esto, la gente de la taberna, que era grande y bien vidriada y con unos ministriles tañendo pitos y tamborillos, nos miraba y remiraba porque, no sé si habrélo dicho alguna vez, habrá atavío más rico que el de tuno (pues constituciones y premáticos proveen sean sencillos) pero no más quedador y elegante

Capítulo noveno

y, item más, había corrido la especie que nos éramos, grande suerte, españoles d'España.

Pasó, pues, que, cuando estaban las jarras dando fin, víñose un mozo con otras tantas que se bosaban y unos a modo de bonetillos de palma llenos de flores de panizo. Dijo el mozo ser el amo del mesón quien obsequiaba por el sólo mérito de ser de do éramos. A poco, sustentando un parroquiano la misma opinión, pensando no era bastante, nos mandó nuevamente al mozo, que era ethiope, con doblada provisión. Nos miramos y, alzándonos, brindamos por la concurrencia con aquel brindis de apertura:

¿Estamos todos?

¡Estamos!

¿Cuál caballeros!

¡Cumplimos!

con grande aplauso de la parroquia. Pensamos que era tiempo degradecer tanta cortesanía y teníamos el modo, según por experiencia habíamos visto. Tomamos nuestros estrumentos y salimos ardidamente al tablado do los ministriles nos dejaron lugar con grande algazara y contento.

Quien no ha visto los autos que arma la Gloriosa cuando está a punto no podrá imaginar, por mucho que se lo pinte, cómo son. Diré tan solamente que, una pieza después, todos los que estaban en sus bancas tan tranquilos alzaron las nalgas, tomaron sus damas, parientes y amigos que con ellos traían y comenzaron por toda la taberna a danzar, dar saltos y gritillos de gusto. Todo el grande salón se movió y agitó como las olas del encrespado mar que, en las rudas costas del norte, bate las peñas en las procelosas acurrencias y mueve las soberbias naves como livianas cáscaras de avellana. Es decir que los laúdes, bandurrias, guitarras y panderetas de la Gloriosa tiene contrario efecto del que deseaba Góngora para su baja lira. Luego nosotros mismos bajamos del tablado y danzamos con ellos con la alegría, franqueza y limpieza que es usada en tales ocasiones cuando la música abre los corazones y limpia los ojos de pensares atravesados y todo lo junta en una guirnalda de gozo y amor y esperanza. Holgamos largo espacio hasta que vino la hora de cerrar y se llegó un corchete a dat el aviso, mas nadie se aterminaba a dejar aquella hermosura, ansi que nos salimos ■ la orilla del río y seguimos cantando todos y un ministril tañedor de trompa con nosotros, muy diestra y sentidamente, nuestros cantos. Se formó allí, digo, uno de

De cómo nos mandaron a la guebla de San Antonio de Texas

los conciertos más excelsos que tengo oídos desde que se me abrieron ■ la música los sentidos. Cantábamos y tañíamos todos juntos, cabe el río, so los cielos estrellados, en el terraplén herboso, con los ojos a punto de lágrima.

Y lo mejor de aquello fue que salió sin buscallo, pues, como dije, los tunos no han de pensarse que, luego lleguen ■ algún sitio, han de hacer enseguida sus gracias, ■ a pavonearse y hacerse notar, dar voces desacordadas, sobresalir y pedir atención. Antes por contra, han de ser modestos y tranquilos y sólo cuando la ocasión lo pida, hagan lo que sepan con humildad y sin más norte que complir su mester que es dar al próximo y a sí mismo lo mejor de sí que es el alegría y la música, ca si Dios nos otorgó tal gracia de ser hábiles en tales artes no es para escatimallas.

Desde aquella noche comenzó a correr nuestra fama por la ciudad y, como tengo dicho, poco a poco la ciudad se hizo amiga al punto que, sigun me contó don José Luis de Andrés que passó aquellas tierras años después, aún guardaban memoria de nosotros y nos dijo don Alberto Sátrústegui que allí quedó cuando nos vinimos mucho después preguntaba la gente por nosotros toda hora. Y este ■ el rastro que suele dejar la Gloriosa por do pasa, así que tiéntense la ropa los que agora y luego estén a su servicio para tener tan honrosa ejecutoria y fama y ■ conducirse ■ cualquier tropa de tunantuelos de tres al cuarto.

Hallamos también, grande gozo, a una tuna de Nueva España, de la Universidad de México que llaman autónoma y de la Facultad de Administración y Contabilidad, que conocían a la Gloriosa y oyéndola habían concertado ■ trovas. Eran unos cuarenta, con pendón y farolillo de zaga y todos estrumentos propios de tuna. Nos agasajaron y llevaron al pabellón de México a tañer con ellos, lo que hicimos complacidamente.

Hubimos otros amigos allí, como siempre acaesce, y vimos que las damiselas españolas ganan cuando salen otras tierras, pues allí conocimos ■ doña Mar y doña Angeles con las que hubimos grandes risas.

Cuando tornamos a España pensé yo, viendo cuán bueno había sido aquel viaje, podfa sin que me quedara cochura pasar a los tercios viejos de la tuna, pues ya había cruzado el Mar de las Tormentas y había tornado, de modo que bién podía sosegar, mas la Dea Tuna aún me tenía guardadas otras descubriciones y empresas como verá quien tenga la paciencia de seguir aquestas relaciones hasta su cabo.

Me truje otrosí, ■ suele, una enseñanza deste viaje. Fue ver modo en que mudaron un riachuelo puerco que tenían por medio la

Capítulo noveno

ciudad en un hermoso canal con aderezadas y floridas orillas en las cuales la gente holgaba y, por el agua, navegaba en barchas enramadas soplando, comiendo y oyendo músicas y cantos. Pues aquí, siempre que podemos echamos los ríos de las ciudades ■ los celamos con obras, fácil remedio de inundaciones mas también privación del mayor bien que es el agua y la belleza mayor.

Y vide también lo que puede la invidia, por no sabemos qué caminos, sería de lenguas invidiosas, llegó a conocimiento general nuestros ratos con las damas de México y lo supieron en ■ pabellón. Hubo, digo, invidias d'otras y de ciertos que cobdiciaban nuestras amigas. Así levantaron ciertas fablas y consejas como de mujeres ■ mujeriles. Dentre ellas que nos andábamos contando en nuestro rancho cosas y jactando de logros, vencimientos y conquistas, cosa incierta al punto que cuando Carbajosa y Satrústegui nos recordaron cierto trato de ir a tocar nosotros y venir los mariachis a la casa española hubimos de decílle cómo el mandamás, llamado Gamboa, andaba diciendo lo referido y, aún, llamado a capítulo a nuestras damas y dicho ciertas cosas que pensábamos no se dician dende los Reyes Católicos o antes, por rancias y descalabadas.

Saqué desto confirmación de una enseñanza ya sabida de luengo tiempo atrás: cuántas veces las maledicencias vienen de hembras que nadie pretendió ■ de galanes que nada lograron. De modo que en demasiadas ocasiones aunque no todas, se está diciendo lo que hubierase querido hacer, cuando se reprocha a otro quél lo hizo. Me recordaba lo suceso a cuando éramos chiquillos en mi pueblo, que nadie podía consentir con buen semblante que ver ■ los forasteros galantear las doncellas de allí. Y ■ les hacia pagar lo que se llamaba el piso ■ patente, so pena de ir al pilón do abrevan ■ semejantes judiadas. Si se pagaba la patente, invitando a los ■ a unas potaciones, todo se andaba en paz, si no, había conflicto y más duro de lo que pudiera traer el interés de tomar de bóbilis unas medidas de aguardiente o vino.

Parésceme que ninguno de quienes habíamos ido a las gozosas celebraciones de los dichos aposentos era desta calaña que anda pavoneándose deste o aquel fogro, mas bueno será, ya que viene al pelo, señalar el feo vicio de los varones que, a las veces, parecen cazadores cobrando piezas y pienso para mí, si pudieran, colgarían en las paredes de sus casas no ya las honras de las damiselas vencidas, sino sus mismas cabezas enbalsamadas como suele hacerse con las venaciones.

Aunque a las veces no puedes callar ciertas cosas, particularmente

con tus amigos como hermanos. Recuerdo desto cierta vez en que ibame yo con don Miguel por una cuadra a tomar los coches para mandarnos mudar y sabía él andaba yo tirando tejos a una damisela que estábamos ■ ratos a quantadas y ratos a beso y abrazo, con lo cual no ■ sabía en qué pararía el devaneo. Y aquesto con rompidas de tiempo, que unas veces lo tomábamos y otras lo dejábamos, y así muy luengo tiempo, con entremeses que uno y otra hacíamos con diferentes. Es el caso que, tras muchas vueltas, dimes y diretes, llegamos a concordia de yacifa y, magüer me place ocultar ciertas cosas, no encontraba momento de decíllo a don Miguel, por ser tan buen amigo y saber tan bien nuestro devaneo. Así que, no bien vide estar solos ■ la sobredicha cuadra, dijele:

—Háis de saber amigo mío que finalmente he gozado a doña tal.

Y entonces don Miguel, sin cuidarse de que lo podrían catar, ni de estar el suelo lleno de pringues y basuras de las caballerías y carruajes, echó las ambas rodillas al suelo y alzando los brazos al alto, gritó en lontane voz:

—¡Loado sea el cielo!

Luego se levantó y nos danzamos unos saltos y unas risas por todo aquello, embracillados pues compartímos el gozo de haber yo logrado dama tan tabarroso y esquiva que muchas veces tívome a punto de dalle patada en culo y decille:

—Id que os goce un pez que ya me tenedes harto de finezas, versos, rimas y saludos.

Mas de pronto un día, púsose a tiro y díle el arcabuzazo, lo cual celebró don Miguel de tan desusada manera, pues, como compañero, compartía los gozos míos, del mismo modo que partimos pan y sal en nuestras expediciones tunantescas que veces hubo fueron un poco hambreadas, lo cual tengo a orgullo pues es un buen ejercicio saber el gusto del hambre por uno mismo.

Deprendí asimismo en aquesta expedición y viaje algo no sabido: Vide cómo las gentes están repartidas por el mundo y se asemejan sin hacer cuenta de color, nación, lengua, creencia o talante y así te vas encontrando a tus iguales en los lugares más desusados y distantes. Viene esto aquí porque conocimos en do possábamos ■ una compañía de juglares de teatros y juegos que se eran saxonindios a no ser uno de la Nueva España y, de seguida pareció que encontrábamos a germanos perdidos hacia tiempo, aunque no mucho. Otras veces lo vide dempués: vas a cualquiera sitio y, súbito, ves a alguien o algunos y dices:

—Aquél ■ aquéllos son como yo...

Capítulo noveno

Y así he ido girando el ánimo al punto de que lo que más me complace mi gusto es hallarme parecido ■ otros de diverso lugar y crianza. Y llegué a ello tras de detenerme cierto tiempo, demasiado, en buscar en qué era yo diverso y mi gente distinta de los demás, para señalarlo complascidamente. Agora pienso cuán grande niñería ■ aques-to y, ■ pesar de ello, todavía quedan muchos ocupados en tal mezqui-na empresa. Con su pan se lo merienden.

Aquestos juglares comediantes hacían su comedia también en la Hemisferia, ■ artes de luces que cambiaban bien deprisa, de suerte que cada movimiento y jerigonza que facían se trozaba y multiplicaba de maravilloso modo. Eran gente honesta y bondadosa, de amoroso conti-nente y corazón. Sobremanera una desta tropa que se llamaba Cindy, damisela rubia y tranquila, suave de sonrisa y clara de mirar y otra de nombre Lady, con el pelo assortijado y carita ronda. Cuando ■ fueron a Dallas, su ciudad, lloraban muy sentidamente. No los hemos olvidado, no los olvidaremos.

Y eso conteste: hoy con don Fraga y don Connally (que se era go-bernador de Texas cuando dieron ■ don Johan Kennedy unos arcabu-zazos en la testa) o con el general, mañana con unos comediantes, pasa-do con unos mendigos por consolallos de sus cuitas, al sotro con unas damiselas abrigándoles los renes, regalándoles la oreja y siempre el mester de tunería por la faz de la tierra faciendo la caridad de su ale-gría. Y que es caridad, magüer diga el maestro Lulio que los trovadores debieran emplearse sólo en loar al Altísimo. Digo, por contra, que dar alegría al próximo es caridad y caridad virtud teologal y, además deso, una de las mayores riquezas que haberse pueden.



CAPITULO DECIMO

DE COMO EMPECE A VIVIR DE LA PLUMA, DESUSADA
COSA, A ESCRIBIR EN PAPELES SUELTOS QUE SE
LLAMABAN «PUEBLO» Y «HERMANO LOBO» Y DE LAS
ENSEÑANZAS QUE SAQUE DEL DISCURSO
DE LA GLORIOSA



Fcontesció que, sigún habían ido las cosas en nuestra Facultad, pareció a la Gloriosa arreglado convidar al doctor Prieto-Castro a una cena con todos nosotros en la cual, al tiempo, ■ haría el juramento de los nuevos de aquel año. Ya dije, y repito, la vejación que los ignaros corchetes hicieron a nuestro maestro cuando era decano, de manera que lo invitamos porque supiese cómo lo teníamos en muncho y lo que a él ofendiesen era ofensa a nosotros. Vino, pues, a convivium con nos, y holgamos.

Se hizo el juramento de aquel año de los novatos que lo fueron un don Francisco, que cognominé Lúbrico por sus inclinaciones, un don Jesús, llamado Oreja, por presumir de tenella afinada y un don Vicente, apodado Ligas porque cuando hizo el examen de ordenanza en el Aula Magna de la Facultad ■ le encargó mostrara al atento concurso cómo ■ quitaban las damas, y ponían, los senogiles al acostarse y levantarse y otrosí los justillos y sostenes, con que rió el público asaz.

Es hábito que el que escribe hable, como cancelario, un discurso sobre lo que la tuna ha hecho y empresas ha cumplido en el curso anterior, plática jocosa comunmente, ■, como aquel año habían pasado ciertas cosas displacientes, tras la dicha jocosa, víme en la precisión de fablar serio sobre las turbaciones y vejámenes ocurridas en nuestra Universidad y el menosprecio del fuero y dignidad de sus escolares que los corchetes hicieron en la persona del Decano.

Pues la tuna no tiene como instituto ■ ocupar en banderías, mas ha de estar en todo lo que toque a la dignidad de la facultad, sus maestros y discípulos, en la fila prima, ■ primipilarios y portaestandartes, antesignanos y adelantados, que nadie se la empate en ello.

Vino a dicho *convivium*, que nos llamamos por burla y por lo que se trasiega, *convinium*, un don Julio Camarerero, escritor de gacetas y avisos, al que hicimos tuno «*honoris causa*» por su inclinación a la tuna y díjome él luego si me placería escribir en su misma gaceta, llamada Pueblo, y le dije que de mil amores, con lo que se abrió otro tranco de mi vida que fue el de escribir y llevar por ello dineros, cosa desusada en aqueste país do los escritores son legión y los que cobran no llegan a la docena mal contados. De manera que habiendo compuesto yo el Libro del Buen Tunar o primera cancamusa que a esta segunda antecede, por servir al mester y sólo con ese logro, pues dineros nos hicieron sino salir en aquella empresa, víme de pronto escribiendo, que me placia, ■ llevando ganancias que me sustentaba. Miel sobre hojuelas.

Y mientras iba mi destino entretrejiendo sus hilos secretamente para llevarme a mi sitio, el que aguardaba y me esperaba desde el día en que, mancebo rústico, aunque no del todo ignaro, entré en mi Alma Mater para nutrirme de los saberes por ella atesorados en los siglos de su vida.

En aquellas labores de escribir seguí desde el dicho año y luego años después me llamó un mi amigo don García Pintado por si holgaba escribir cosas de burla, sabiendo mi inclinación ■ la chanza en unos pliegos que llamaron «Hermano Lobo». Holgué, no hace falta decillo, pues, aparte de servirme de descanso para los graves escritos del otro lado, era un gozo ir allí con mi amigo y otros como nosotros, como don Gonzalo Cano y don Luis Matilla, del que se habló en la Primera Cancamusa, y estar de dimes y diretes y luego todo ello, después de resido, pasarlo a la pluma y luego a la prensa. Allí teníamos cada día, sobremanera don García, sus pulsos con la censura y allí se andaba con el pie de rey viendo cómo burlarla, enmascarando palabras y alambicando concetos, que no se cataran ■ no entendieran con facilidad, de suerte que escaparan al ojo inquisidor.

Halléme, pues, ■ cierta gloria, aunque, para la buena verdad, y que perdone quien se ofenda, jamás caté el infierno pues ni aún en los duros días de mis crueles tercianas logró entristecerme, por no tener la tristeza sitio en corazón tunantesco «*a nativitate*». Digo que escribía, iba por mi Facultad a los estudios ya dichos y me hallaba con mi Primera Cancamusa o Libro del Buen Tunar bajo el brazo, aún oliendo ■ tinta fresca, con los brillantes dibujos de maese Celedonio Perellón, a todo color y de tan buen trazo. Luego, en la dicha gaceta de don García Pintado, con otras cosas, dime por holgarme y dar que holgar a mis amigos

que gustaban asaz dello, a escribir y dar ■ imprenta historias de cierto Alberto Macarra, medio jaque, protohampón, alghistrión, de habla confusa y misturada de diversas taras e ignorancias y de ciertas sapiencias mal sabidas. Ello tuvo fama universal, mas curé celar mi autoría sino de mis amigos, pues sólo rida me dan todos que andan siempre en mentideros, fablando unos de otros y otros de unos, dándoselas de literados, afetando ingenios, mirando de través. Los ■ piensan que con cierta desenvoltura es suficiente para conducirse y ■ saben qué se traen entre manos, ni qué dicen, pues ignoran el griego y aún el latín y ■ digamos la arábiga lengua que les paresce garabato y nada más. Son flor de azafrán y con la losa se agostarán sus glorias. Otros sí saben, a veces, tales lenguas ■ alguna dellas, ■ los parió ■ madre tan plomizos que, a las cuatro líneas, sientes el sopor poseerte que ■ lo puedes resestir, pues no tienen gracia ni alacridad, cincelan el escrito como canteros, deteniéndose de cuando en cuando a mirar los golpes y trazos del cincel y mientras, cuando recuden, ven que el lector se les ha dormido y ya no pueden despertallo.

De mí mesmo diré que plácmese más orar que escribir y pruébalo que en estos años sólo escribí el Buen Tunar, unos versos con mis compaños de la tuna y un librejo mal parido, por sietemesino, que se llamó el Sibarita Pobre, sobre el que quizá torne y reescriba. Y si agora me empleo en aqueste es por dar testimonio de los que llegaron después de rematar el primero y, otrosí, de las empresas de la Gloriosa desde entonces que quedaron sin coronista. Concluyo que se escribe en demasía, a veces pienso que la baratura del papel y lo desembarazado de los mecanismos es excesivo estímulo y todo cristo escribe y habla, olvidando cuán nutrío es para el espíritu escuchar, leer y contemplar. Mas milita en contra desto de un lado la soberbia del escritor que se piensa tan excelente como para no poder guardar secretos los partos de su ingenio o tan necesitados de desahogo que le es imposible tenerse y ha de echar sus criaturas sin remedio luego de cumplido su tiempo. De otro lado, cierto desprecio al prójimo hasta hacello recetor de sus humores, destino de sus gracias, oidor de sus cuitas, al punto de imaginar que sus naderías pueden ocupar las vidas y atenciones de los otros.

Uno, que algo escribe pero más de lo que quisiera, entiende a quienes lo hacen por necesidad de natura, del mismo modo que las mujeres echan el fruto de su vientre por no poder aguantallo dentro de sí mayor tiempo del acostumbrado. Tal es mi enfermedad pues escribir me llama escasamente y me hastia usar siempre los mismos tropos y metáforas,

las mismas palabras y conjunciones una vez tras otra, haciendo juegos malabares para hallar manera de no repetir el maldito «que». Y en esto éramos de la misma opinión don García Pintado y yo y ninguno entendíamos a esa gente que escribe sin tiento, con poco que decir y mucho que hablar. Dios, ca es misericordioso, hállos de perdonar si le place.

«Hermano Lobo» fue gozosa empresa en la que holgamos por un año, sobre poco más ■ menos, descaeció, como tantas otras, por la envidia que algunos tomaron de don García Pintado que era timonero de todo. Comenzaron a le tender celadas y vino un punto en que fuése y con él, por no compartir la injusticia, nos fuimos don Gonzalo Cano, don Luis Matilla y el que escribe. Quedaron algunos asaz buenos, mas llenaron nuestro hueco unos que llamaba luego don Ximeno Arnáu «los filósofos» y ellos acabaron en no dilatado espacio con todo lo que la censura no pudo derribar. Dios, magüer misericordioso, háselo de tener en cuenta y pesar luego en la balanza tan grave pecado como hastiar con filosofías a destiempo y fuera de lugar.

A servidor la fortuna le regaló unos tiempos añadidos de risa y amistad, con lo que bueno está dé gracias por ello.

Por aquellos tiempos, pensaba en los acaescimientos ocurridos en el reino porque vía al Gran Sujetador asido al cetro sin catarse de que la vida se le iba, con ella sus fuerzas y que no puede tenerse sujetas ■ la república como a niños que siguen «per saecula» en la patria potestad. Vide cómo, a las veces, en las menudas repúblicas de cada cosa se dan ejemplares de lo que ha de hacerse en las grandes y comunes, pues los hombres en comunidad tienen las mesmas sin importar el tamaño. Y, viéralo Saavedra Fajardo como yo lo vide, la estudiantina de Leyes me ofreció dello ejemplo, y ya en los años de sesenta y seis.

Cátame que era tiempo de poner las cosas de la república tunantesca de modo que su cuerpo se ejercitara en la deliberación, como convenía a escolares. Hice geminación de mis poderes que me correspondían por delegación del anterior don Alvaro Sánchez de Ocaña y se creó maestrazgo y cancillería separadamente. Tuve ambas dignidades hasta que entró en el maestrazgo don Jorge, ardido escolar, justiciero al extremo y tañedor aventajado de bandurria. Quedé en la Chancillería, como Guardasellos, definidor y árbitro. Y se estableció en las ordenanzas fueron tales dignidades anuas, como en Rector y consiliarios, de modo que, cada principio de curso, las pusieran quienes las ostentasen a disposición de la Junta o claustro tunantesco que se erigió potestad suma a la que se cometía nombramiento de los mismos e del Contador, Chantres



Capítulo décimo

y Coronista, así como ■ todos y cada uno, singularmente al Contador, pedir residencia y cuentas.

Y pienso muchas veces que hubiere gustado a Platón ver cómo en la breve república de la estudiantina de leyes, contescía todas cosas que suelen en las repúblicas grandes y extendidas. La sólita y espaciada nascencia de bandos de veteranos, pagados de si y sus sabidurías y experiencias, a quienes la Junta, con ayuda de otros veteranos más generosos, había de poner en su sitio y sujetar al bien común. Ocurría también la insolencia y petulancia de algunos tyrones o novatos que pensaban, no bien vestían el atavío tunantesco, tenían aprendido todo lo respecto al mester de tunería, que se aprende con el ejercicio y mirándose en el espejo de los veteranos y leyendo en los libros las sazañas que cumplieron, poesías que urdieron y músicas inventadas y trovadas. A estos conviene corregir y moderar, tocando a su vez a los veteranos cuidar no excederse y ser más duros con los nuevos de lo que fueron con ellos mismos, proclividad propia del humano que, como suele decirse, ve la mota en el ajeno y no ve la viga en el propio ojo.

Todo fue incorporado en las Ordenanzas para que la república tunantesca tuviera siempre el cuerpo presto ■ servir el mester, cultivando los estrumentos que de tantos siglos acá ha tañido la española gente, haciendo honor al dicho del libro de Alexandre, honrando al Arcipreste que los señala, al licenciado Espinel que los perfeccionó y etcétera. Otrosí, dando alegría al triste y remedio al escolar sopista, del cual se acordó también Juan Ruiz, y los otros que pasaron a letras las vidas de los estudiantes españoles.

Desta manera la Gloriosa tomó derroteros nuevos antes que la república general. Passamos nuestras ordenanzas y las comunicamos a quienes les interesó y contesció con ellas como con el fuero de Jaca ■ de Sepúlveda, fueron propagadas entre la tunantesca complutense y aún han passado el océano hasta la Nueva España. Parésceme que la Gloriosa, a más de los otros servicios prestados al mester, tenía obligación por su facultad de prestar este más que se echaba en falta, pues son diversos los tiempos que vivimos y vése forman hermandades, bandos y cofradías, muchas gentes cuyo gusto es dominar, alcanzar riquezas o poder, empecer el libre albedrío y faverse mutuamente, fuerza ■ que los alegres ■ conozcan entre sí y agermanen para defenderse de enfados y trabas y tener presencia en la república estudiantil y en la general como sus servidores que son en punto tan importante como el tocante al conforto propio y del prójimo.

Advertí también era llegado el momento de dejar lugar a los nuevos, y de modo total, así que pasé a servir la tuna sin servirme della.

Mientras tales cosas contescían y todo llevaba el discurso dicho no se segaban los tunos, cosa que por sabida habría de callarse, y verbigratia salióse ■ la Europa una chica compañía de cinco en la que iban don Pedro, don Oliva, don Eduardo, don Jesús, llamado, a más de otros apodos, Oreja, por presumir de tenella escogida para la música, que tomaron un carromato logado y exieron de la corte una mañana de junio, pasados exámenes, cosechadas las cucúbitas, los que las hubieron, con la osadía no supuesta sino probada en otras descubriciones y viajes.

Llegaron a Zaragoza y don Oreja, que es asaz tácito, pues habla poco y a la motrileña, cuya es su nación, creyó momento de ilustrar a sus compañeros y rompiendo su callada dijo con cierta pompa y alguna circunstancia:

—Zaragoza... por aquí paza el Ebro...

En cuyo punto don Oliva, que ■ dispuesto ingenio y burlón, preguntóle:

—¿Y a qué hora?

Con cuya diligencia don Oreja se estuvo tácito ■ lo menos unas trescientas leguas hasta que llegaron a Helvetia, que hasta allí estuvo amoscado por las risas de los otros.

Y hubo otro acaescimiento de enseñanza, que muestra cómo los tunos han de aplicarse a saber cuantas lenguas puedan, ca hánse pasado los gloriosos tiempos en que se podía ■ el latín escolástico percorrer todas las naciones de Europa y aún las bárbaras, pues siempre hallabas con quién conversar. Contesció que don Eduardo, pandereta, salió a la descubierta por proveer alguna celebración do los tunos pudieran tener lugar a mostrar sus gracias y lograr ración y viático. Tornó al cabo de poco en zafarrancho:

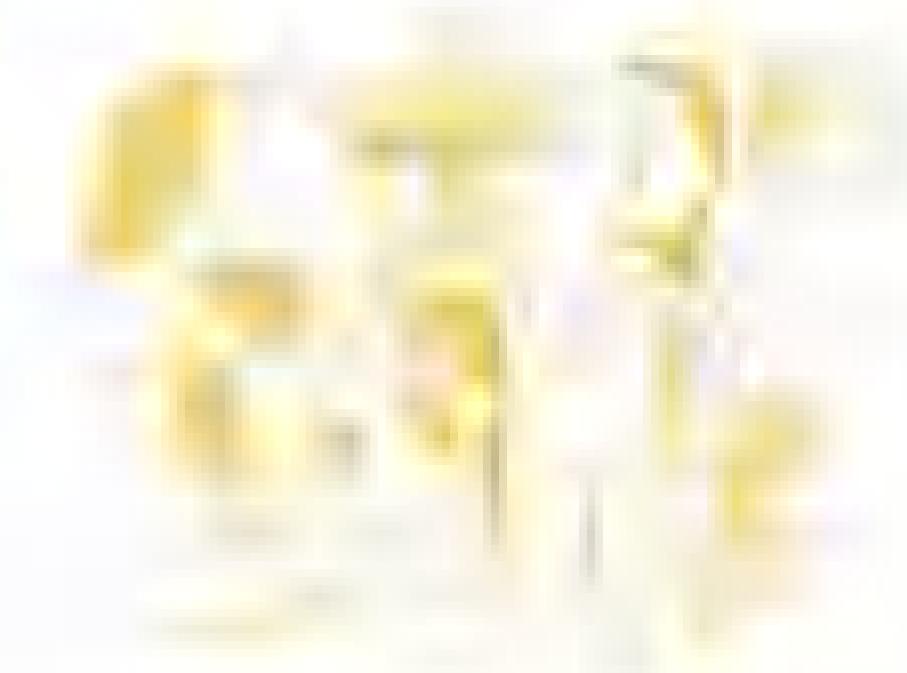
—Aquí al lado —diciá con entusiasta ademán— hay un sarao de gran porte do podremos tañer a nuestro sabor y folgar y toda cosa.

A prestaron los estrumentos, templaron y se adobaron el atavío dispuestos ■ dar una buena algara y que quedara el concurso si no pasmado sí una pizca de encantado y dispuesto a soltar un óbolo para la mantenencia.

Quiso Dios que no entraran a música sonante, sino con cierto tiento, pues héte aquí que donde creyó don Eduardo haber oído celebrarse un sarao, se estaban atristados unos cuantos que, con él enmedio, lloraban un recentísimo muerto que tenían.

Capítulo décimo

También se alargaron los tunos de leyes ■ la Escandinavia, saltaron a Islandia, ya cerca de los hielos eternos, bajaron a la Arabia feliz y la desdichada, a Jordania y el Golfo Pérsico. Todas las empresas las gocé como propias y en algunas, que diré, fui a participar, pagándome el pasaje de mis propios dineros, pues estimé era llegado el tiempo de devolver a la tuna los beneficios tan largos y preciosos que della recibido había.



CAPITULO UNDECIMO

DE UNA EXPEDICION A NUEVA YORQUE, GRANDE CIUDAD DE LOS SAXONINDIOS, POR LA DESCUBRICION DEL NUEVO MUNDO

F

ontesce que en la Ciudad de Nueva Yorque, que es de los saxonindios, celebran cada un año la descubrición del Nuevo Mundo y los italianos, so capa de ser el Almirante ginovés, dicen que ellos hicieron la tal fazaña, con lo que cada doce de octubre de cada año salen las calles de la ciudad a recorrer, jactándose de que fueron ellos y no otros los que fueron allí a las Indias a descubrillas. Si les hicieran caso resultaría que don Cristóbal fue solo con las tres carabelas, gobernando una con la diestra, otra con la siniestra mano y la tercera con lo que me callo por no ofender la castidad de sus oídos.

Pues por ello, los hispanos de Nueva Yorque hacen esso mesmo su fiesta y desfile para que los saxonindios no se llamen a engaño, cosa fácil por la multitud de toscanos, romanos, sicilios y de otras naciones italianas que habitan en dicha ciudad. Y se hace por los hispanos esa celebración en la cual fuerza es que la tuna tuviese su lugar y plaza. Y fue la Tuna de Cádiz la enviada las primeras veces, pero que luego, en aquese año, por diversos acaecimientos, no tenían mesnada bastante y enviaron decir fuésemos de los tunos complutenses algunos, para ayuda en el ejercicio. Yo entre dellos y don Miguel, al cual tantos años llevaba tunando, desde aquella de Germania que era él tyron e iba yo de contador.

Aquesta ciudad, ya alguien lo tendrá dicho, es como junta de muchas ciudades y no pequeñas, cada una con su manera y gente y aún raza, pues barrios hay, un suponer, que son todo ethiopes o todos tártaros, uno que llaman Harlem en el cual un blanco hace más raro que un negro en el Colegio Trilingüe. Por ello, sobrecoje ciertamente, aunque no a corazones osados como son los que dedican sus ocios al

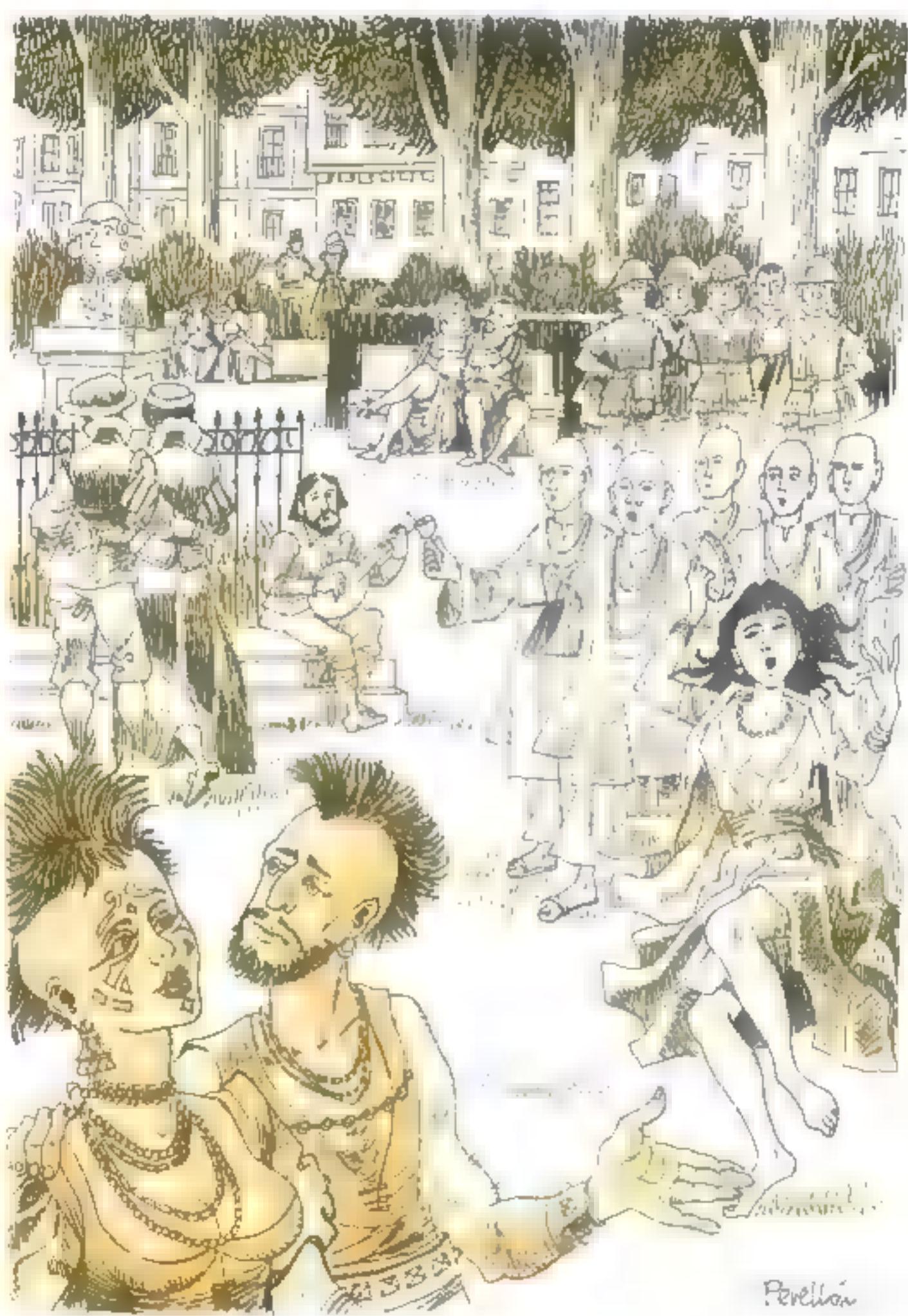
Capítulo undécimo

tunar. Desotra parte, hay barrios en aquesta ciudad que son placenteros, porque traen a la memoria otros de aquí ■ que todo el mundo parece conocerse y aún amarse, rara cosa en cualquiera sitio. Digo del que llaman Greenwich Village en su lengua, que quiere decir, si no entiendo mal, Villaverde en la nuestra, en el cual hay tabernas y mesones con cierto regusto de los de acá, pues a las vegadas ■ trae a la memoria San Germán de París y a osadas Viena o Munich. Y tiene una plaza llamada de Guasinton ■ la cual concurren pieza de gentes extrañas, de toda laya y condición que tocan estrumentos, estudiantes que lucubran de filosofía, predicadores de diferentes religiones y banderías, jugadores de distintos deportes y una dilatada tropa de cualesquiera cosa que imaginarse pueda. Del mesmo modo hay el que toca la viola, él solo, sin mendicar ni mirar ■ persona, con su atril plegadero, el que pinta o hacen diversas artes o quienes quieren que mudes a religión hindú con el aligüí de una trova que dice:

*Hari Crisna, hari Crisna
Hari Crisna, hari hari
Hari Ramma, hari Ramma
Ramma Ramma hari, hari*

Que ellos sabrán lo que quiere decir, mas lo que todos entendíamos era una muchacha de pocos años y abundosos que danzaba con ellos, de la cual podría contar historias ocurridas después, mas no son deste lugar. El caso es que allí andaban con la murga y ninguno era hindú ni la madre que lo parió, mas tomaban aquello unos por devoción y otros por burla, como ■ echaba de ver en la facción dellos, que llevaban pintada por el entrecejo de blanco y la cabeza rapada hasta la raíz del cabello y túnicas azafranadas, no sé si por ser así el texido o por los muchos orines, ca no tenían las danzantes traza de devotos del agua y el jabón, aunque sí tenían facción de dárseles una higa esto ■ lo otro. Y lo primero el Hari Crisna, fuése quién fuese el tal.

Llegaron allí otrosí, cuando nosotros andábamos en el sitio, los aren-gadores de banderías y aquestos tampoco descuidan puntos flacos pues al menos los que vimos nosotros llevaban unas mozas aligeradas de ropas por las partes montañosas, digo ■ las tetas quasi al aire, que hacían devotos aún a los contrarios, pues ejecutaban con desenvoltura, desde una carreta do iban, el arte del agache, arte convencedor como todo sofisma, pues ya lo dice el refrán que tiran más dos tetas que dos carretas.



Perrin

A esta expedición íbamos entre otros, don Miguel que ya dije, don Meiga, gallego, don Luis, llamado «Duque de Ferrara», tañedor de fuelle y embaulador de sorbetes, con los que se alimentaba. Fuimos ■ possar a una posada llamada Piccadilly cercana a la calle cuarenta y dos y agora derruida con que han hecho otra nueva.

Formamos en la cabalgada de la descubrición con copia de danzantes y mozuelas ataviadas de diferentes guisas, así de España y sus reinos, como de los virreinatos de América. Ibamos todos por la que llaman Quinta Avenida, los tunos en guerrillas, desplegados de lado ■ lado al atajar la calle que ■ pase nadie, tirando dimes y diretes y cambiando chanzas con los que miraban el desfile. Luego llegamos do estaba el gobernador del Estado y el cónsul d'España, don Martín Gamero, que fue luego embajador y secretario de Información del reino. Y fue siempre asaz inclinado y favorecedor de los tunos, no en vano es pariente, no recuerdo ■ qué grado, de una buena hueste de tunos, de nación toledanos, hijos de físico y físicos ellos mismos la mayor parte, pues son hasta siete hermanos y un can. Se llaman los Cascas y exercen en la Muy Fecunda de Medicina. Gente benemérita aquesta que ella sola sería bastante a salvar el mester de tunería para la posteridad. Dios, pues que es justo y todopoderoso, sabrá premiar a estos esforzados mesnaderos de la tunería ■■■ la gloria eterna o algo mejor que tenga guardado en su infinita manga.

Pues llegados ante do estaban los dichos gobernador y cónsul, don Miguel de Cádiz y el que escribe tomamos ■ las hermanas Mara y Teresa, de la Isla Española, y nos danzamos unas danzas muy bien arregladas. Las dichas iban ataviadas como andaluzas y eran muy fermosas. ¡Viva!

Luego que ■ hizo el desfile decidimos seguir algún espacio en Nueva York, por conocella, ca, ■■■ dixe, es descomunal y llena de todas gentes del universo mundo. Para mantenimiento fímos contrato con un folgadero llamado «El Zorro», tañímos cada noche y ellos nos daban dineros para pagar posada y otras necesidades de las del cuerpo pecador con el cual vivimos, cargamos y disfrutamos cuanto nos es dado en aquesta vida. El amo del folgadero parésceme era un inglés, escocés o cosa, asaz amante del tunar, generoso y bien dispuesto que jamás regateó soldada ni exigió servidumbres. Antes bien fue siempre con nosotros amistoso.

Allí teníamos nuestro lugar de ejercicio, do oficiábamos asaz gustosamente nuestro mester y hallábamos consoladoras y amigos.

De aquí recuerdo siempre a una doña Maureen que parésceme hadó mi vida y rotó mi fortuna hacia la bienandanza.

En tal folgadero, cierta noche en que tañíamos, me llamaron unas damas sentadas en una mesa y me preguntaron si quería asentar con ellas un espacio, luego que acabáramos tañer. Lo hice así y eran tres, la una lantera aunque bella, la otra que no debía tener gracia alguna pues confesaré no recordar nada della y una tercera una moza granada, con ese pelo cobrizo que tan bien hace con las claras faces, pues parece iluminalles los ojos y dilatallos, firme, larga y rotunda de muslo y de pierna, proporcionada de seno, vientre, cadera y tras, risueña y con cara de ser más buena que el pan candeal. La primera dicha, que hacía de lengua, me dijo, que la tercera, con tanto detenimiento por mí descrita, no sabía hablar nuestra lengua y que le encargaba me dijera cómo, al verme entrar en el folgadero, le pareció conocerme de toda la vida, por lo cual le caí en gracia al punto, cosa que me dejó perplejo algo unos instantes, mas luego esforcé y en lengua inglesa le respondí su fineza y curé de la aumentar. Celebraron ellitas muchos mis palabras y aún dijeron tenía cierta manera de hablar su lengua que les encantaba. Preguntóme por los adornos y algun dije que llevábamos en los trajes y respondí ser recuerdos de amigas o amantes u ocasiones. Entonces ella quitándose del cuello ■■■■■ perla que llevaba la pasó al mío y, de estrambote, me dio un beso digo yo que ■■■■■ guisa de «palmata».

Luego vino a verme a la posada do estábamos y quedamos en que vendría a España pronto, mas no torné a saber della después que nos fuimos de Nueva Yorque. Nunca la he olvidado porque me plúgo asaz y entiendo fue la sobredicha perla talismán que me dio fortuna en los años siguientes, pues, a partir de que la tuve y la llevé, giraron las constelaciones a mi favor en toda cosa y tal dama no fue sino el hada enviada del destino para hadar mi porvenir. Hice un verso della y su perla que comienza así:

*y bajo el cielo triste tu sombra
tu firmeza*

porque el postreto recuerdo que tengo della ■ en la despedida, cuando se alejaba ondeando la cabellera, moviendo las piernas apretadas dentro de un halda de cuero, grande y proporcionada, que, aún yo pequeño, nunca las altas me arredraron. Parescía el estandarte y la imagen de la salud y la potencia, la diosa del fuego y de la nieve. Una irlandesa Minerva, pero tierna bondadosa, de la que nunca me olvidé y sigo preguntando qué conteser pudo para que no viniera ni escribiera como prometió. Y agora que tengo más conocimiento he dado en sospechar que la lantera que hizo de lengua entre nosotros era algo más que eso, pues entonces aquestas cosas de las baldreseras estaban más celadas y no tenía uno tan dispierto el juicio. Acabo de decillo y ya estoy pesaroso, pido perdón del juicio temerario y no sigo el razonar, sino que digo, como ya lo dije en otras partes, ser una de las cruidades de la tunantesca, entre tantas maravillas, aquesta de perder a alguna que pudiera ser de lo mejor que hallaste. Mas los caminos llaman y seduce la aventura. ¿Cómo detenerse? ¿Cómo volver? ¿Cómo indagar, parado, mientras la vida corre, nuevas músicas nascen, florán flores y muran frutos y parecen, como flores y frutos, doncellas maravilla?

Volver no es buena senda, sino es a la matria, pues allí está el porvenir también al que el pasado empuja, del mismo modo que saltar un río se hace afirmando el pie en ■ buena piedra, no en orilla fangosa y falsa. De modo que muchas veces advierto no recordar sino pequeña parte de lo vivido. Y por ello digo a veces que si hubiera de escribir mis memorias, como hacen algunos, podrían resumirse en «no me acuerdo».

Aquí, en Nueva Yorque, en un alegre sarao español, dado a costa del Fisco por gasajar extranjeros, conocimos a un español, maestro de la lengua allí y fijo de uno de los derrotados en las passadas guerras civiles. Era de buen natural y hubimos simpatia, mas luego embauló unas medidas de chisqui a costa del erario, dio en decir desatinos, en parte por sorprendernos y ■ la otra porque había allí alguna de ■ discípulas y placía gallear. Uno destos desatinos fue decir:

—Cuando yo vaya a España, he de bañarme en la Laguna Negra de Gredos y después tomaré un arcabuz, bajaré a la Corte y vive el cielo que he de matar a mucha gente.

Y nosotros, que no hemos heredado ni odios ni prepotencias, comenzamos a nos hacer señicas a sus espaldas y remediar, ■ hurto suyo,

que éramos arcabuceados y agonizábamos con un boquete en los pechos que cabía un buen melón. Y él seguía con su cancamusa sin tomarse cuenta del ruedo de muertos y moribundos que lo cercaba. Le pusimos de apodo Felipe el Exiliado, que cambió a El Recluido y después a El Refugiado. Se llamaba Antonio y luego, como pueden sus mercedes suponer, vino a la Corte ■■■ mató ■■■ nadie ni se bañó en la Laguna Negra, son cosas de los vahores del licor y de cierta inclinación a literatura que es humana debilidad. No han de heredarse los odios, ni los perdedores de guerras civiles han de tentar en ganar la próxima, sino en ganar la paz de agora, ni quienes ganaron han de seguir el rastro a vencidos hasta la misma tumba. Y, mal que pese a unos y otros, alguna razón tiene cada parte, a osadas hasta los sin razón tengan un adarme della, como dicen que los locos alcanzan ciertas extrañas sabidurías lejanas de los cuerdos, sin que por ello deban aquellos gobernar el mundo.

Torné ■■■ ver otrosí ■■■ unos grandes amigos, don Andrés Franco que lesa en el Colegio de Queens y don Manuel de la Nuez que lo hacía ■■■ el de la ciudad misma. Tañimos en aqueste último pues don Manuel nos arregló un auto. Destos ya se habló, de los tiempos en que tenían ellos unos aposentos aparejados en Madrid, cabe los Estudios, do tuvimos muy buenas celebraciones años ha. Los hallé ■■■ entrembos con la misma gentil disposición con que los dejé, que no es poco.

Al dicho agasajo, don Manuel de la Nuez invitó a una damisela llamada Susana, colegial del Vassar, que vino ataviada con saya pomposa de encaje negro, muy bien aparente. Díjome don Manuel:

—Verá vuestra merced cómo le place aquesta que vendrá, pues es de su palo, y su merced perdón, por chata y rubia.

Ansí fué, mas la ■■■ llevó otro discurso pues don Rafael llamado el Lince, sin otra cosa hacer, llevó la dama, perfecta cosa pues todo quedaba en casa y no soy yo quién para entrar en lid por damas con mis compaños y cofrades de la tunantesca. Cuéntolo porque luego, andando el tiempo, vínose la sobredicha a vivir a la corte y fué origen de una alegre mansión en la calle del Prado que llamamos, por broma, en lengua inglesa, Chatillas Jaus, que quiere decir y nadie se lo impedirá, la casa de las chatillas, porque ■■■ otra llamada en su lengua Brezo, como una virgen que hay por Palencia, la tenía alogada ■■■ cierto marqués, o conde o lo que fuere y ■■■ vino a dar doña Susana y, tras della, sobre poco más o menos, doña Tina, doña Pamela, doña Isabel y doña Stefanía y el caramelito dellas, copia de galanes entre los cuales estábamos

Capítulo undécimo

unos cinco de la Gloriosa, ■ saber, don García Martín, don Miguel, don Rafael, don Vicente y el fortunado autor destas líneas.

Eran todas ellas bellas, ¿por qué lo hemos de negar? Cada una tenía sus gracias, unas en los ojos, claros o limpios o grandes, como doña Susana, doña Brezo o doña Stefanía, otras en los pechos, como doña Isabel, asaz bien provista, otras en la grupa y pierna y alguna distribuidas muy sabiamente en todas latitudes, como doña Tina y doña Stefanía.

Nosotros todos éramos alegres, tañedores y cantores, amigos de folgar y trasnochar y dotados por Dios para tan altos oficios, como puede colegirse por nuestra pertenencia y ejercicio en el archivo de alegrías, burlas, risas y músicas que es la Gloriosa y Muy Andariega de la Facultad de Derecho que Dios guarde, acrezca y mantenga siempre «in flore», cual dice el himno Guadeamus. Con tales ingredientes huelga decir que se formó en los dichos aposentos, frente del Ateneo, un sazonado guiso con el cual nos regalamos largo tiempo de gozos y celebraciones y es fuerza y justicia aquí se diga y ■ la posteridad pase, pues bien lo merecen damiselas tan amadas cuanto amables y tan disputadas como deseables. Porque hubimos muchos días floridos no de olvidar. Sin que empeza decir del mismo modo, se aguaron las cosas cuando passamos, ■ passaron, ¿o passamos? a mayores, ■ saber, más sentidos y alambicados, apartes y secretos y, de añadidura, llegaron ciertos galanes de fuera de la cofradía a la golosina y con el embeleco y cebo de las canónicas nupcias, con cuyos enredos todo comenzó a desgraciarse y, poco ■ poquito, la primera alegría que tanto había durado, la prístina franqueza y prisca comunidad de ■ y ánimos fuése disgregando y perciendo: nadie en la sala, todos en las covachuelas.

Luego fueron levantando el vuelo las damiselas, todas saxonindias, y la mayor parte de llas tornó su tierra, o exieron a Francia y así acabó tan donoso y alegre auto. Mas bien hermoso fue mientras duró. Como una edad de oro de compartidos gozos de la que siempre tendré memoria y creo que cascuno de los que allí tuvimos sociedad y comandita.

Algunas tornaron un espacio, algunas no exieron hasta tarde, mas no volvieron las cosas ■ su ser y, cuando cualesquier cosa termina y se remata, sandio es tentar revivillo y alzallo nuevamente. Los muertos, hondos, como los melones polvorosos y las fuentes frescas. Los recuerdos sonreídos y puestos, como florecillas, ■ los corazones. Eran cinco, como aquellas de San Antonio, y parésceme ser número mágico que tiene en sí cierta virtud de componer corazones y concordar ánimos. Aun-

que el rey don Alonso tenga en más estima el número siete, sigun muestra en el principio de sus Partidas de canta virtudes y regimientos del dicho número. Pero diría yo las del número cinco que es bueno porque con cinco estrumentos ya se tañe acordado es, a saber, bandurria primera y segunda, laud y dos guitarras que acompañen. Tres hombres y dos mujeres son también buena combinación para baile y otros entretenimientos, pues puede uno de los varones sosegar y ocuparse en cogitaciones mientras las damas quedan atendidas; cinco son los meteoros, a saber, el viento, el agua, la nieve, el granizo y las nubes.

Volviendo ■ la expedición de Nueva Yorque diré que de allí nos alargamos a Guasinton, ciudad capital destas repúblicas, cuyo nombre quiere decir en lengua inglesa ciudad del Lavadero y no es mal nombre pues la riega y refresca el río Potomac, de cuyo nombre no ■ me alcanza el significado. Fuimos possar a casa de un López, llamado Francisco, español destos que se van a las Indias y hacen fortuna, nos dio un palacio digno de nobles personas, honor, por otra parte, que si ■ nosotros no, sí ■ debía a nuestro mester. Estaba el palacio en unas colinas muy avegetadas, con árboles y arbustos, campamos por nuestros respetos, holgábamos tañendo en el silencio y, como todo no pueden ser bienes, tenía el mal de no haber cercano lugar holgadero ni damas a la vista, al menos en un tiro de ballesta ■ más, pero el tuno lleva el entretenimiento en el corazón y la mente, por lo cual las otras cosas ■ le dan de añadidura. De cualquier manera, no nos dejaron reposar mucho espacio, sino que, al día siguiente, luego de habernos bañado en unas regaderas de artificio que te echaban el agua por todas las alturas del cuerpo, ya fría ya caliente, nos llevaron a la Universidad de Jorgeton.

Ya imaginarán sus mercedes, en los largos periplos, expediciones, descubriciones y anábasis que cumplí en el servicio a la tuna, qué de lugares, palacios, conventos, holgaderos, lupanares, ferias, celebraciones, festejos, carnavales, potaciones y concilios visité y participé, pues, Dios me ha de perdonar la parcialidad, en sitio alguno me hallo tan a mi sabor como en la Universidad. Ansi, como contesciera en tanta ocasión, fue regalo llegar a ésta y tañer para ellos y ellas. Que las había hermosísimas, dellas algunas del virreinato de Nueva Granada, como cierta doña Camila de quien sabe más don Miguel que yo, rubia como las candelas, al menos en aquel tiempo, y de buen natural y cortés disposición.

Vimos, ■ más de la Universidad, los palacios públicos de Guasintón, como la Casa Blanca y los senados. Placióme desta ciudad dos cosas: la

una el abundoso río, la otra que han edificado dejando las colinas que había y grandes espacios libres, si no ■ de árboles y flores. Porque, muy frecuentemente, paresce que los arquitectos odian la natura y empeñan su honor ■ machacalla, destrozalla y dismulalla bajo los más contrarios afeites.

El dicho don Francisco López era aficionado al vuelo y lo alzaba desde un campo con árboles en derredor. Como tenía un ojo quebrado, no sé de qué accidente, siempre aseitaba los árboles y una de las veces en que volaba con él don Meiga y su alteza el Duque de Ferrara, como vesa escaso y no completo, a poco estuvo de dejarlos colgados en las ramas, mas salvaron la piel. Luego, algún tiempo después, el sobredicho hizo la de Icaro y se estrelló contra el suelo y pereció.

Agora me tomo cuenta de que llevar tunos con él le alargó la vida un tiempo, pues la Dea Tuna puso su mano para salvar a sus hijos.

Deste lance es reidero oír a don Meiga contallo, con lo sentido que es para estas cosas y otras como cuando cuenta haber bajado y hallado en el banco cabe de su casa, do guarda sus dineros para apañarse, a Ginés de Pasamonte y dice desorbitando los ojos:

—¡He visto a Ginés de Pasamonte en el banco cerca de mi casa! —y dice más, con fación de aterrado— ¡pero deeentro, atendiendo al púuublico!

Y también cuando relata ■■■ de sus estadías en mi humilde casa serrana, que es la de vuesas mercedes, en invierno, que solemos dejar-nos caer por allí, cuando mi señora madre y señores hermanos están de invernada, unas lucidas tropillas de amigos y amigas que nos ocupamos en cantos y tañeres cabe ■■■ lumbre alzada y dorada de leños de carrasca y de oliva y en dar paseos por el espeso bosque que ya desde la puerta de mi casa se columbra. Llevamos nuestros libros, laúdes y guitarras y papeles y pasamos los días que nuestras ocupaciones nos permiten en amigable compañía. Pues, digo, mi modesta morada ■■■ fría, si no es el cuarto do está la chimenea, por lo cual quien no está hecho a fríos ciertamente sufre. El dicho don Meiga que estuvo allí en un invierno luego se lamentaba y plañía:

—Estaba aterriido. Porque fuera hacía frío, pero dentro !era peooor!!...

De lo que concluí que tenía yo amigos de verano y de invierno. A estos últimos ■■■ se les puede mover de la corte sino cuando tiemplan los días. Los primeros sirven para todo tiempo. Y no para mi tierra do

suele decirse, cuando el sol está pasado de pesado y aporrea, aquello de «Así cayera un nevazo que saliera el sol a rastrapanza».

Nueva Yorque es extremo en clima. Verano hiere el betún, invierno caen grandes nieves y grandes fríos. Desta ciudad recuerdo siempre sus dilatadas calles empachadas con el vapor que escapaba de las cloacas. Parecenfame, no sé por qué, como aliento del infierno.

CAPITULO DUODECIMO

DE COMO TANTOS ESCOLARES, CON TAN DIFERENTES
HABILIDADES Y GRACIAS, TRUJO A LA GLORIOSA
CIERTA EDAD QUE PODIAMOS LLAMAR DE ORO, LLENA DE
JUGLARIAS DIVERSAS Y LEVANTADAS TROVADORESCAS



ras este viaje y descubrición de las Indias Saxonas, puede dícirse que la Gloriosa comenzó un siglo de oro que habrá de durar, como todo lo bueno, menos de lo deseado. De los diez dichos, cinco éramos poetas, mayores, medianos o menores, que no es mi cometido hacer de juez, tres componían músicas y las arreglaban a polifonía y, luego, en pocos años, llegaron a la Gloriosa nuevas gentes que la hicieron florir y aumentaron sus laureles. Lo primero fue que trujeron los romances antiguos, los mudaron, como dijo el otro, a otros nuevos de los viejos otros y quienes pensaban ser antiquallas por la edad ■ cataron cuanta belleza se ocultaba bajo la túnica raída por el paso de los años. Don Rafael de Cubas, don García Martín, don Cepeda, don Sancho, don Joan Antonio el mozárabe, pusieron nuevas músicas o concordaron las antiguas; tornaron a traer los antiguos estrumentos olvidados, como el rústico bimba, el polido clavicímbaro y las pastoriles flautas.

Por otro lado, el dicho don García Martín, don Antonio Bernal y don Antonio Gómez, eran la mitad de una tropilla de trovadores y juglares que se llamaba «Los lobos», do ellos componían y tañian y cantaban. Fueron muy estrechados por el Santo Oficio, pues no placián a ellos alguna trova como la que llaman «Vientos del pueblo», que era bien hermosa.

Como una muy gran parte del mester tunantesco ■ la burla, brota y escarnio, el susodicho don Cepeda, con ■ escolar de la nuestra Facultad llamado don Julio Muñoz dicho «El Chino», otro de la Tuna de Alquimistas llamado Seju, cuyo es hermano don Guasiomin, persona de diferentes habilidades, abierto corazón y médico de oficio y don Vicente Baylina, llamado «Chenche», formaron, principalmente para folgar ellos mismos y, de paso, dar qué reir, suma caridad, al prójimo, una

Capítulo duodécimo

tropilla que llamaron «Desmadre Setentia y tres», cuyas fueron muy buenas trovas jocosas como la que dice:



Trova que todo el mundo pensaba escrita por el autor destas líneas, por estar en aquel lenguaje archivillano que fui el primero en poner en letra impresa. Ni aún los breves y marchitos laureles que pueda tener pienso tener merescidos, siempre que hubo ocasión dije no ser mia tal trova sino de Simone y Sejas. Sí cantaban ellos dos misas y como parte de modesto ingenio las asumo que son las que se llaman «Canción protesta de la vaca lechera», do ■■■ cuentan y lamentan las penas de dichos sufridos si que babosos animales que les masnan tan delicada parte sin su licencia y otra que llaman del canónigo de Jaén, que son ambas las dos para reir entre amigos, ■■■ no para blasонar dellas en las academias.

Luego, los mismos del Desmadre, con algunos añadidos, pasaron ■■■ llamarse «La Teta Atómica», que complacería a Demócrito si lo oyera. Uno de los añadidos fue don Xavier Huidobro, llamado Feliciano y «El Moro» por haber nascido en la Berbería, estando su padre capitán en el tercio de Orán. Muy gran músico y tañedor, aventajado cantor, que hacía otrosí músicas destas de calambre y mecánica con unos que llaman «Los Escorpiones». Y en todas, siempre, el sobredicho don Chenche, juglar de todas juglariás, tañedor pasable de guitarra, hacedor de mil juegos, burlas, guiños, saltos y tretas. Casó con doña Rocío, escolar de nuestra misma Facultad y también muy risueña y burlona: bien hecho.

Y siguiendo con las metamorfosis que encantarian a Ovidio, tras la atómica pasaron a llamarse «Los Amantes de Teruel», aunque eran algunos más que Isabel de Segura y Diego Marcilla, una ardida tropa de cantores, tañedores, danzantes. Hacían ellos sus trovas, las tocaban todos, las cantaba el Chino y don Feliciano y don Chenche las danzaba y hacia danzar al concurso.

Hubo también unos destos que formaron una llamada «Nueva Compañía» de donceles y damiselas, ellos todos de la Gloriosa, ellas sus novias o sus hermanas.

Y tal floración de invenciones ocurrió sin que tantos mancebos que la llevaran a cabo perdieran, como suele decirse, el culo por los dineros. Antes bien guardaron el fiel que señala el Arcipreste que sabía desto



Perrillon

asaz y en su libro dio plaza por igual a los escolares que andan nocherriegos y a los escolares que demandan por Dios.

Pues de señar es que la tunería, como arte, está sujeta a error y uno de los capitales ■ tomalla algunos tan solamente para ■ propio beneficio sin hacer cuenta que tienen un señor a quien servir, que ■ su Universidad. Hay, digo, algunos que se ocupan solo de su andorga y beneficio, olvidan que la excelencia del tunar viene en ■ mayor parte de ser los que lo ejercen escolares y como tales se deben a la Facultad y han de punar por dalle gloria y ellos mismos entender en lo que es la vida escolar consistente en libros y sciencias. De modo que el tuno no ha de pensar ser tal calidad dispensa para no estudiar, ni asistir a las aulas. Dello hay alguna muestra de escolares que no oyen las liciones que pide la constitución que en ello habla. Salen en octubre a tunar París, tornan a examen de diciembre o enero, lo hacen mal ■ bien, que no es el caso. Salen, antes ■ después, a las Indias, vienen a febrero, salen luego a do les cuadra, tornan a examen de junio y, llegado el estío, toman el camino hasta setiembre o hasta San Lucas. No viven la Facultad, su casa, y además suelen salir en tropilla dc a cuatro para hacer del tunar más provechosa granjería.

Pues desvío, y no pequeño, es el de aquéllos que toman el rábano por las hojas y el mester como granjería, olvidando que los dineros son medio para remediar, modo para viajar por el mundo entero, mas que no debe tunar ser codicioso, porque la codicia todo lo empuerca y descaece. Por ello, don Alonso, tras loar cantares, sones y estrumentos cuando se oyen y pratican para evanescer pesares y tomar conforte, dice que quien usara dellos de otra manera sacaría el alegría de ■ lugar e la tornaría en manera de locura. Item más que no debe dellos usar para cobdicia de ganar por ellos. Ca la ganancia que por ende viniera, non puede ser muy grande, nin muy provechosa. E quien de otra guisa usasse dellos, resibiría ende grandes males, en logar de plazeres. Dícelo en la segunda partida titulo V y allí en la ley vintiuna dél. Y los grandes males yo los gloso, a saber: Que los codiciosos no hacen una virtud por un santo y se apartan de las celebraciones académicas en que no hay más merced que participar en los gozos comunales y dar a la Academia el alegría que piden las Partidas para el propio rey.

Que quienes buscan sólo la ganancia antes preciarán a los que se la dan que a sus propios amigos, con lo cual la tuna pasa de ser crisol de amistades a concilio de avaros.

Que los dichos infectados buscarán siempre el menor número para

aumento del lucro y evitarán ir con muchos, olvidando que la comunidad tunantesca ha de servir de escuela a los tañedores nuevos, de estimulo a los novatos y, con el preciso concierto de los numerosos, de ejercicio de músicas concordadas, con plurales instrumentos y coros acordados.

Escapan el bulto cuando el común tañedor va a dar alegría a enfermos, ancianos o niños ■ ayuda a colectas para remediar pobres o malatos.

La codicia obra también de manera que los sujeta al rebenque de avisados cómitres que, por tener los cordones de ciertas bolsas, los castigan como a galeotes, aherrojados al duro banco de la inmundicia monetaria, como dice don Sotohermoso citando a cierto ministro. Esclavitud penosa para cualquiera y vil en mancebos que han de tener en la libertad la gala principal de su juventud.

Y, por no dilatar el parlamento, acabaré diciendo que el mismo Rey don Alfon, ditado de sabio y por algo sería, en su partida sexta, título séptimo y su ley quinta, establece que puede el padre desheredar al hijo si se hiciese juglar contra su voluntad y a esto pone glosa el maestro Gregorio López como anillo a dedo, señalando como infames los que lo hacen sin gusto propio, como suele contescer con los dichos, llamados en la fabla tunantesca parcheros, que ■ atavían con el traje de la alegría con igual hastío que el menestral las ropas del sudor. Y salvando, el mesmo, a quienes en algún grande convite del doctorado de alguno ■ para alegrar a los enfermos, lucen sus tañeres, cantares y gracias.

Desto los escolares de la Aurea de Económicas Don Juan Riñón, don Mariano y el maestre don Goyo hicieron la trova que dice:

No mi importa ni dinero
parcheros
no me puedes arrancar

Y, como en tantas cosas, en el justo medio está la virtud. Mi conocencia del alma humana, que en tanta parte debo al ejercicio del mester, hágome ver que los dineros tienen su brillo. Entiendo que es parte del instituto tunantesco haber mantenencia, ganarse el viático tañendo y cantando, dije en el libro antes deste escrito, ■ un buen ejercicio de humildad, mas el exceso avaricioso va contra la tuna primero, luego contra quienes son posefdos d'él y, final y resumidamente, contra la Universidad que los sustenta y a quien se deben antes que a sus propias inclinaciones. Si no, renuncien el hábito escolar, recójales su facultad la beca, si la precia en algo, y ellos dénsese a la juglaría no letrada, tañan,

Capítulo duodécimo

amaestren monos, juegen el trinquete, pastoreen meretrices cual rufianes, hagan cual quisieren, pero no ■ llamen tunos. Mil nombres tienen a disposición.

Y los que conocimos en aquellos años gloriosos hemos seguido guardando continua amistad y, cada tanto, tenemos *convivia generalia* en lo que tanta gracia y tanta música, de diferente laya, producen y ocasionan cada vez que hacemos concilio o junta que las horas pasen sin sentir y quien connusco viene nunca está triste ni está desesperado, pues luego la música y la risa todas penas combaten y purgan. Lo cual sorprende a quienes piensan que la tristura es *sine qua non* para servir a los demás y compartir sus cargas. Error craso si los hay que ha tocado finalmente en que piensan los trovadores y juglares tristes ser su vía la sola en desastrados tiempos, y eso porque no saben que el alegria nasce en las fuentes del alma y revienta como las fuentes en primavera, sin que haya argamasa, sillar o mampuesto que la pueda detener. Aosadas sea este sentir del mismo estilo de aquél que dice que el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso, dicho que tengo por seguro inventó un feo, por no tener el ■ alma racional y estar distante destos embelecos de la seducción.

Los tristes han de cargar con su morbo, como los feos; y yo el primero, cargar hemos con el nuestro, como cargan los señores, y no tienen en llevarnos a su redil de disfotuna si a nosotros nos premió, digo ■ los alegres, con tal regalo. Y no digan que los alegres no nos dolemos de los males ajenos, antes digan que son nuestros únicos males pues los propios no nos entristecen. Tocante ■ mí diré, séame perdonado, sirvo al común, en la parte que me toca, tan duramente con las leyes y la pluma como si estuviere el día entero revolcándome en la tristura. Pues, ya lo dijo el poeta, hay ruiñores que cantan en mitad de las batallas y eso magüer les puede llegar un arcabuzazo lo mesmo que al cuervo graznador y el buitre ahito.



CAPITULO DECIMOTERCERO

DE LA IDA A UNA CIUDAD DE GERMANIA QUE
LLAMAN SFRUQUEN O COSA SEMEJANTE. A TAÑER
CON OTROS Y OTRAS DE LA VUELTA Y SE DICE,
AL PASO, DE LOS PARAISOS ETERNOS DIFFERENTES



Hay agora una invención que llaman televisión, palabra artificiosa del griego teles, que vale como lejos, y del latino visio o visión que es lo mismo que en lengua nuestra. Como es la Gloriosa de tan dilatada fama quisieron los germanos fuésemos a tañer para teatro en la suya y allí nos alargamos una lucida compañía en las que formábamos tropa de los tercios viejos, medianos y bisoños. Tuvimos buen possar y dilatadas noches y de guías dos damiselas germánicas que nos pusieron y venían con nos a mostrarnos, a las veces, los caminos. La una se era bella y la otra no algo. Huelga decir cayó la primera y la otra quedó tal cual, aunque no hemos de engañarnos pues, magüer no huelgue yo con eso demasiadamente, hay ciertos tunos tan caritativos que han hecho servicios heroicos, ■ punto que no hubiera cumplido el que escribe ni en isla disierta, ebrio y en noche oscura. Sobre desto tengo el consuelo de que Dios, que todo lo pescuda, hales de tomar en cuenta caridades tamañas para dalles un buen lugar en los cielos, do puedan vello bién de cerca y cabe San Raimundo de Peñafort para platicar de las Decretales ■ San Yvo de Chartres. O también, si fuera caso, de echalles una mano a los ángeles tañedores de arpa y alivialles un punto su sosera.

Y preséntaseme agora la cuestión de si van los tunos al cielo, purgatorio ■ infierno, cuya hago demanda a quien lea estas letras. De mi parte parésceme haber grande error en que comunmente no ■ hace aprecio grande de la caridad, ansí nadie advierte dar alegría ser una de las mayores posibles, pues si así fuera se tentaría la ropa quien dijera ser los tunos gente de infierno y de ahí abajo. Mas, a fuer de sinceros, confesare creer errada la imaginación común del cielo, pues, si fuese tal como dicen, abrenuncio. El cielo ■ conocimiento de las sciencias todas, por

Capítulo decimotercero

la sola voluntad de Dios, mas, y aqu esto no ha de faltar, instrumentos bien acordados, sobremanera laúdes, guitarras y alguna bandurrilla no muy gritadora, tañiendo allí concertadamente. Y muchas risas y todos los amigos resurrectos, cantando y viéndose las caras, con las becas puestas sobre el cuero desnudo y la carne, ya gloriosa, imputrescible. Y abrir la capa con sus cintas y despegar el vuelo como águilas en los profundos firmamentos del Paraíso. Do las cuerdas no se desafinan

ni tenores se pelan

ni se ~~despiden~~ ~~despiden~~ ni ~~se~~ ni ~~se~~

ni ~~se~~ ni ~~se~~

Pues siguiendo con la ~~que~~ cogitación, diré item más que no ha de ser el cielo tan apagado como dicen, pues siendo Dios en todo infinito, será también infinitamente alegre y tendrá en cuenta a los tunos a la hora de abrir las puertas de su eden. Ca si lo hicieron reyes tan santos como Fernando ■ tan sabios como ■ hijo, que se perecían por trovadores y juglares, no va a ser Dios menos, siendo rey universal.

Y en esto parésceme que los musulmanes han sido más pillos porque dicen —no sé si será cierto— que su paraíso es de muchachas gozaderas que por allí andan de aquí para allá y acullá y el creyente corre tras ellas corto espacio y las logra. Y luego surcan la tierra ríos de leche y miel. En lo cual yo no veo tanto acierto pues, aunque me place la leche, singularmente de cabra que haya comido mastranzo ■ otras hierbas odoríferas, y gusto la miel, ya me parece que ríos de una y otra son demasiado empacho para el común de las gentes. Así es preciso haya también ríos de vino y aún varios ríos de vino de diferente clase y cepa y ríos de agua clara, limpia y fresca, necesaria de todo punto para pasar de un gusto ■ otro sin mistura y también para aliviar el pegajo de la miel y la crasitud de la leche. Echo de menos otrosí unos almendros y avellanos y no sobraría algunas olivas o un arroyo de buen aceite en que mojar tarugos tamaños de pan. Pienso que estas cosas están descuidadas u omisas de los profetas porque ellos, como hombres de Dios, no descienden a pequeñeces y la revelación divina les dice copia de cosas necesarias al arreglo del cuerpo de las que ellos olvidan, vueltos en sí, la mitad o la mayor parte.

Y pues estamos de paraísos, diré que plácmese el de los germanos, que cuenta parésceme que Tácito, porque hay unas doncellas de aquí te espero, grandes como potrancas, blancas y rosas de cuero, con los cabellos rubios y largos y buenos miembros. Y yo, como me soy pequeño,



Perrillon

pienso cuánto folgar tendría si una destas me tomara en brazos y apoyara en sus pechos grandes ■ sandías, duros como peñones, suaves como seda y blancos como nieve y me dixerá en su germánica lengua:
—¡Alahé mi guerrerillo! ¿Y cuántas batallas ganó?

Y yo contestaría:

—Pues, pedazo de potra mía, gané batallas a la muerte y la tristeza y a vos, no bién os quite esta armadura y las aletas singidas que traéis en los aladares, os tengo que dar más guerra que César a vuestros paisanos y más trotes que Carudel a los del conde, fermosa señora mía mantecosa. Y traed acá el copón del hidromel que daréle unos toques de aguardiente de Segura y se os han de poner unos colores y unas alegrías que dará gloria veros e gozeros.

Pues pienso de aquestas valquicias ■ fingen graves y guerreras mas luego tienen corazón so la armaduras y otras partes y sentidos de los que hago gracia, por no ofender ojos y castidades de quienes puedan leer aquestas mal hilvanadas, si que sentidas letras.

Del Olimpo tampoco hay mala tajada, visto lo encueradas y cachondas que son sus moradoras. Cuando viajé a Grecia lo vide desde Atenas, cubierto de nieve, y sentí no tener lugar para alzarme a vellas y, si hubiere lugar, palpallas. Y eso sin temor de los dioses varones, ca, como son falsos, con una buena medalla de la Virgen de la Peña o del Cristo de la Vera-Cruz, patronos de mi sierra y pueblo, dánseme una higa sus celosos futores.

Yo concluyo que nuestro paraíso ha de ser de otra manera que lo pinta, pues siendo nuestra religión la verdadera, no se dejará mojar la oreja por paganos o herejes o idólatras en tan capital asunto.

Aquí logró su apodo un novato llamado don Antonio que, con cierta insolencia castigada por el hado, se empecinó en guiar la tuna de regreso a posada y, aunque lo castigamos, se afirmó, dandonos una vuelta de una legua larga. Lo llamamos Serpa, nombre que dan en el Tibet o Himalaya a los sabedores de caminos. Con lo que se echaba de ver la burla. Y tengo la esperanza de que el sobredicho guarde en memoria su mote y razón d'él para enseñanza, pues la tuna es maestra de vida y aún ■ aquestas pequeñas cosas muestra a ■ hijos lo que tienen que mirar.

Aquí tuvimos también otro acaescimiento y fue que possábamos en un polido mesón de cuenta de los mercantes y, con otros y sobresalientes méritos, tiene, o tenía, don Antonio Cañadas la flor de regalarse muy demasiadamente el gorguero y andorga con vinos y comidas especiosas y de precio. Así que se empleó, sostenido por el sobredicho Serpa, en

solicitar del posadero todo lo que encontró, d'entre los manjares y caldos del mesón, más extraño y costoso, de modo que cuando las sobre-dichas damiselas, cuyo era el encargo de pagar de parte de los mercade- res lo que la tuna trasegaba, vieron el cargo tan crecido se les cortó la leche o cosa parecida y torcieron los befos. Viniéronme a protestar ser aquel gasto desusado, lo que les combatí, magüer pensando conmigo solo, fuera mi misma opinión y no porque piense no ser los escolares merecedores de lo más exquisito que críe la tierra, sino porque parés- ce me ser la gula pecado de senectos, no de mancebos en la flor de la edad, cuyos son otros pecados menos quietos y no precisamente, de los que abultan la tripa. Al menos la propia, digo.

Pues una vez que hice enrojecer a las damiselas por mezquinas, aun- que no daban brazo ■ torcer, digo que porque llevaban en aquello be- neficio, comisión ■ sisa, llamado a consejo el Contador, que se era en aquel entonces don Pedro Lozano, dijéle:

—Dele su merced ■ estas gorgonas cuanto hubiere excedido de lo aprestado y vayan refrescarse las ingles do les cumpliere, que no es la Gloriosa tuna mendiga, sino flor de la facultad más complida de las que hay en los Estudios y nadie diré nunca que sus escolares pagaron mezquindad con ruindades.

Así acabó la gracia destos, a los que se juntó también un don Eduardo, pandereta, que había visto comer en los mejores figones de Europa, y a los tres, cada comida veías les cercaban a su mesa los vinos del Reno enfriados con nieve y, cada tanto, un anafre echando llamas sobre un carrito do les guisaban lo más caro que había.

En Parfs. mudamos de vehículo y nos aguardaba el más largo cami- no: desde la corte francesa hasta la española. Era igual que el que tra- jimos llevamos a la ida, una ristra de carros con los viajeros, excusados ■ algunos y en comedío uno dellos llevaba aparejado para comer y beber de ciertas cosas, ■ quienes pagaban una suma no escasa.

Contesció que unos de nosotros compramos boidos u hogazas y sa- lazones para remediar necesidades de andorga, mas otros, como don Cañas, y una cohorte de polidos, don Vicente Buendia, don Lozano y don Rafael de Cubas ■ fueron al carro dicho y pidieron allí delicados manjares y exquisitos vinos, al menos de precio. Se asentaron como príncipes en sus sillas, montaron los pies en los escabeles y ■ apresta- ron a regalarse el andorga ■ canónigos beneficiados y sin cura de almas. Mas no contaban con ■ compaños que determinaron hacellos una burla, porque en lo venidero no fuese tan exquisitos, calidad poco

convenible con modestos escolares y sopistas humildes. Nos fuimos don Pedro Lozano y don Antonio Bernal y nos colocamos como ■ la media anqueta cabe la mesa de los tunos epulones que, quién lo dijera, parecen palabras que no puedan ir juntas, y a cada bocado que embaulaban decíamos nosotros en voz bastante:

—¿Qué os parece don Fulano? A fe mía que ha de estar glorioso tal bocado como el que agora ■ aplica este caballero Mesnadas.

—Ciento, don Zutano, mas no perdáis de vista la pieza que vase agora, como nave a Charibdys a las fauces de don Lozano. No sé qué parte diera de mí mesmo por proballa.

Con ello empezamos a correrse y no hacían sino señalarnos con las manos nos mandáramos mudar y decirnos, entre mascada y mascada:

—Cabrones, cabrones, id de aquí voto ■ tal.

Mas nosotros, hacíamos oídos sordos y como si habláramos entre nosotros sin saber nos escuchaban:

—Mirad, mirad y no perdáis ojo el trozo de asado y cómo entra por las fauces de don Buendía. ¿Os catáis compaño?

—Me cato, cátome y ■ digo que un cacho de ese porte me sacaría las tripas de ■ l año. Pluguiera al cielo se le escapara alguna migaja en este desierto gaznate.

Miraba la concurrencia con disimulo, sin saber qué auto se representaba y ellos, los epulones, metían la cabeza en las escudillas. Pues hacíamos nosotros cuanto podíamos porque pareciese ser ellos hermanos egoistas que ■ regalaban el andorga dejándonos desmayados por ser pobres y de escarcelas ayunas. Y tornábamos al cabo, haciendo viajes, a cargar sobre dellos con la misma cancamusa:

—Ved agora y decidme si no me engañan mis ojos y el pernil de cordero que hay en las manos de don Vicente y contra él que se apresta a recio combate es pernil communal, digo de cordero llano o, más bién, uno de los perniles que tomó Hércules de los bueyes de Gerión.

—No lo sabría decir a ciencia cierta, mas si advierto cómo caen torrentes de jugo sabroso y sobre el plato remansan, especiados, olorosos, espesos y nutritores como ■ habrá otros en las cocinas de los reyes.

—Ciento es, a fe mía, y ¿os imagináis? caro frater, una sopa de buen pan, bien cocho y sazonado, echada a nadar en el guiso y jugo y salsa, empapando por todos sus poros y ojos, ■ agora lo hace don Rafael de Cubas, tan galana y elegantemente que suspende.

Y a esto dicia don Rafael, dicho Lince, como suele: «Joroba, joroba» y contestaba don Pedro:

—No quiero imaginarlo, pues podría caer yerto aquí del gozo, mas podemos preguntar tal cosa a nuestro hermano Paco, que agora se ocupa en tan delicado trabajo y gloriosa empresa.

Los tuvimos así un buen espacio. Gozábamos como todo hombre con teatros y fingimientos. Ellos no podían decirnos nada pues era broma paladina, aunque los pasajeros no lo entendieran tan llanamente.

Luego, la providencia, que está al quite, castigó a don Antonio pues cuando cruzamos la frontera, ■ él estaba en los registros apuntado, en razón de algaras estudiantiles a las que solfa concurrir, como dicho queda en otro lugar, con una anguarina amarietla, los sayones lo levantaron del catre ■ media noche para pescudarle las valijas. Nosotros, desde nuestros catres, le débamos vayas y matraca, mirándolo ■ bragas, cayéndose de sueño y más serio que un alpargate. No le hallaron cosa alguna, pues llevaba su mayor riqueza que no ■ puede catar; a saber: la que solemos portar los tunos en nuestros breves equipajes que ■ mil risas, músicas, aventuras, amistades, amores y toda laya de riqueza impalpable, sutil y sin precio.

Así pasamos las lindes de los reinos y fronteras de imperios sin pagar *portaticum*, ni pechar lezda, ni *pontaticum*, por tan grandes riquezas que nos acompañan por caminos y sendas y para percorrer la vereda desta vida, ca mejor compañía no hay.

En dicha ciudad de Sarrebruken cumplimos lo que fuimos ■ cumplir que era tañer con otros juglares y juglaresas y músicos de diversa clases. Estaba allí un Jaime Last, ministril tudesco, aunque parezca nombre inglés, que tenía con ■ grande y bien concordada orquesta y luego que conoció a la Gloriosa se vino con nosotros ■ chancear y tañer. Así, cuando salimos ensayando el desfile que tendríamos que hacer luego, tomó una pandereta y víñose tañendo al cabo de la fila. Tomó, a más de la pandereta, una liebre tamaña que a poco se desloma en el tablado y estuvo un valiente rato con la risa ladeada.

Representó otrosí con nosotros una cantora llamada Manuela, también tudesca con nombre español. Cantó una canción que decía sobre poco más o menos:

y otras cosas en lengua inglesa que parecía canción de amantes más luego, según me contó una amiga nuestra llamada Mara que sabía la inglesa, era canción religiosa. Lo cual suele ocurrir entre

Capítulo veinticuatro

saxones y negros que cantan a la divinidad muy ■ lo llano y no te aclaras.

Con aquesta damisela, que se ■■■ delicada y suave, tostada morena, como italiana, vide yo el poder del afeite, pues la catábamos en los ensayos sin arreglo, con unos cañutos por toda la cabeza que no parecía sino que le habían sembrado un panizar o cañal en esa parte. Luego quitóse el artificio, le alisaron los cabellos y adobaron, pusieronle un atavío de alegre color y, sus mercedes me han de perdonar en gracia ■■■ no ser yo excesamente lúbrico, diré que no daba gana sino de gozalla «in situ» e «ipso facto» que quiere decir en romance, en el sitio y en el mismo punto. No es que fuera sea desarreglada, mas tampoco para tirarse al suelo como dicen en el Andalucía.

Sarrebruquen quiere decir en lengua germánica puentes pares o varios sobre el Sarre, río que viene de Helvetia y no bien puede, se junta al Rin o Reno, que es río más poderoso y notable, famoso por criar ■■■ sus riberas vinos blancos estimados, en particular por el dicho don Antonio y, en general, por quienes no han probado alguno de los blancos españoles. Y desto diré, ya que viene al hilo, haber llegado al convencimiento no hay en todo el mundo, y a se que he corrido buena parte dél, vinos que compararse puedan a los que cría aquesta Hispania nuestra con tanta variedad de agrios o repuntados, espumosos, blancos, tintos, claretas, todo lo que hay está aquí pero mejor. Sólo el resinado que se usa en Grecia, pero lo hubo también en España como lo dicen los autores antiguos. Y pienso que con las olorosas resinas y crassas que nuestros pinos destilan debió ser asaz bueno el resinado hispano. Aún puede hacerse probando la manera.

En aguardientes puede que nos gone alguien. Sobremanera porque nadie se ocupa en ello, sino que cada ■■■ tiene su alambique, lo hace como le paresce y aunque lo haga bueno nadie ■■■ entera dello porque ni lleva marca ni se ocupan de pregonarlo.

CAPITULO DECIMOCUARTO

DE COMO SE REHICIERON JUSTAS TUNANTESCAS
EN LA PLAZA MAYOR Y FUNDAMOS UN MESON
DO AYUNTARNOS LOS DE LA BICORNIA



or el año de 69, siendo Rector don Josep Botella de la Universidad Complutense que Dios guarde, aquesta, ■ medias con el Concejo de la Villa, aparejaron para honrar al Santo labrador unas justas tunantescas. Lo cual es bien arreglado si se acuerda su merced de la grande afición que tienen los madrileños a juglares y cantores como lo muestra aquél capítulo de su fuero que ■ dirige a moderar las generosidades de los vecinos con los dichos juglares, precaución que muestra cuán arreglado a natura es tal gusto por músicas y tañeres y cuán vano tentar de empecello con leyes ■ premáticas o fueros lo que es de hombres y va en su sangre como los mismos humores.

Las justas se hicieron para toda España y así vinieron ■ tensionar a la Corte donosos tropieles d'escolares de todas partes de las Españas, de sus gloriosas escuelas y generales estudios. Y aún vino una tuna de los Paises Bajos, de la ciudad de Eindhoven, cuyo fue el origen haber propuesto en cierta escuela a los tyrones o novatos que, si querían pasar las horcas caudinas de las novatadas, formaran y fundaran una tuna a la española con atavíos, estrumentos y tañeres y danzas, lo que cumplieron tan bien que pusieron en aquesta Corte una estudiantina completa de mozallones rubicundos que tañían laúd, bandurria y guitarra y danzaban la pandera singularmente. Tuvieron item más el amparo de mecenas que lo fueron un matrimonio, don Edmon y Emmy Maers. Llegaron, pues, como digo, y honraron su ciudad, escuela y mecenas. De suerte que hubieran podido cantar aquella del «*Gaudemus*» que dice:

1. — *En el respublique*
una ilan cogit

Sí, cantaban todas las canciones tunantescas que traían apuntadas en un cuadernillo puestas en español y, en la otra, cara, traducidas al holandés para saber qué decían en las trovas que cantaban.

Se armó para el tañer un tablado cabe la casa del concejo que llaman de la Panadería y allí, en dos jornadas, fueron subiendo todas a mostrar músicas y gracias. Luego, al final, cada día, subían los escolares todos, sus daniéselas, las tunas juntas, al tablado a cantar en gozosa multitud para terminar peregrinando en tropillas alegres mezcladas por mesones y tabernas del contorno para unas devociones báquicas, cantar y contarnos y reir historias, expediciones, acaescimientos y encuentros habidos en los periplos por el ancho mundo.

Se echó en falta en aquesta primera justa a los de Valencia, Santiago y Salamanca, mas vinieron, gracia exempli, los de la Universidad de Barcelona, una de las tunas mejores que ha habido y quizá haya, ca es famosa, concertada, viajera y noble y ha tenido en sus mesnadas muy buenos escolares, como don Jaime Magriñá o don Emilio Letang ■ don Jaime Perdigó. Veinte mil escudos se llevaron de premio, lo cual no es de extrañar sabido ser Barcelona y Cataluña toda gran vivero de trovadores y juglares, desto ya dice don Martín de Riquer, y la sobredicha flor y nata de las catalanas que plantó ■ pendón en el mesmo París en la que llamaron Feria Universal.

La Muy Fecunda de Fisicos complutense se embolsó otro premio pues hicieron una alegre ronda, muy llena de jarana, saltos, plumas al aire, alzadas y bajadas y algarabías diversas, con la gracia que ellos tienen y tan galana gente como don Güili, don Rafael Suárez, don Jesús Ortega, don Enrique Galindo, don Rafael Caba, todos. «Botas», «Sopla», «Taba», «Charlas», «Calígula».

Los Boticarios de la Muy Osada llegaron con la hueste que ellos tenían en sazón por aquellos tiempos, con tan buenos cantores como don Salvador, don José Manuel, don Antonio, don Ferrera y tañedores como don Alfón o don Arturo o don Luis, de diversos estrumentos.

Tañeron los de Ingenieros de Caminos, asaz bién, con sus aguerrida y viajeras gentes. Y tañó, como ~~me~~ arreglado, la Gloriosa y Muy Andariega de mi Facultad en la cual, sépanlo sus mercedes, corrí mis mejores días de tuna viajera y harto dije yo desto para reiterar.

Sé que dejo glorias, callo nombres y omito gracias, mas déseme tregua que a nadie enfade.

Lo mejor destas justas tunantescas fue que nos conocimos mejor los diferentes facultades y escuelas que antes nos veíamos por las calles, conocíamos por la beca, nos diciamos adios y pare usarcé de contar. Con aquella ocasión advertí lo preciso que es a la justicia conocer los méritos de los demás y vide que era obligado, magüer no ame el cálamo en demasia, facer corónica de las empresas y andanzas de las otras tunas que no sola la de Juristas y lo desarreglado de no conocer por su nombre y tratar en persona ■ todos aquellos que veía hermanos en el mester, hijos de la alegría, de la Mater Alma, de la música y la osadía. También con hermanos máñceros y bastardos que, si tuvieran culpa, váyanse y si no, se les ayude.

Por ello, cumplí mi encargo que era fablar al comienzo y luego introducir cada tuna anunciando ■ nombre, trovas y empresas. Llano cometido pues, con el acicate de la lid, armaron todas unas canciones concertadas, dulces o graciosas, pausadas o meneadas, cada una con su aire, danzaron los panderetas con ágil cuerpo, hicieron diabluras con el parche y los abanderados movieron los pendones con mil diversos dibujos y jerigonzas. No cobré soldada por ello, pues hubiera sido como cobrar por loar mi familia, mas diré se proveyó por el Rectorado que, a costa del arca de las tres llaves, se me diera un atavío completo con manteo, bacineta, beca bordada que orné con la cuchara de sopista, gofa de ochos y, para mudar, un bicorno escolar asaz galano. Me lo hizo el sastre Cornejo, calle de la Madalena, y tengo y tendré tal atavío en tanta estima como los caballeros andantes su armadura.

Luego que tañían y cantaban, ■ tribunal o jurado deliberaba los premios. Formaban en él mitad jueces del Concejo y mitad de la Universidad. Entre los primeros un don Antonio Aparisi, muy inclinado a las tunas, y el director de la banda música del Concejo que las abominaba, a osadas por pasarse de exquisito, y mientras iban tañendo las tunas él lanzaba votos y porvidas, renegando de su función y preguntando por lo bajo cuándo acabaría aquello. Por la Universidad iba un vicerrector, don Félix Pérez, cátedro de albéitares, inventor de los caballos nanos, don Josep Luis Alemán, encargado de diversas cosas y aqueste servidor de vuesas mercedes que lo cuenta. Contra quienes piensen, pues habíalos, tener yo parte en que la Gloriosa se llevara tanto galardón, juro por mi beca y mi borla y mi nación, que ■ lo que más estimo en el mundo, que nunca hizo falta. Antes bien me pedían aquiescencia para que se le

quitara algun premio para dar consolación a alguna otra. Porque he aprendido a ver los méritos ajenos y buscar el bien del mester. Y quien dude de los de la Gloriosa en aquel tiempo de las tensones recuerde, si le place, los tañeres della y verá cómo no tenía precisión de favor o privilegio. Por tales años se compusieron trovas nuevas, ■ trujeron otra vez algunas antiguas, tornóse ■ tañer la flauta, se usó el clavicembalo y con ello, a buen seguro, holgaría el Fundador que lo permitió en sus constituciones, entró el bitimbao ■ arpa de boca, tañido por don Vicente Baylina y con todos esos estrumentos y las sabidurías de don García Martín, llamado «Zorro», don Rafael de Cubas, dicho «Lince», que dieron papel y principal a los laúdes, sujetando un tanto la bandurria a la que llamó Juan Ruiz reciancha y no neciacha, como dicen algunos neciachos, y llamó también gritadora, porque eslo, pues a las veces paresce una desas mujercillas una pizca de putas, peleadoras de mercado y patio, con voz agudicas que el tímpano quieren pasar y lo hicieron con su atropellada parla. Con ellos don José Manuel Collazo, llamado «Bécquer», tañendo violón, don Antonio Cañadas, laúd y flauta, don Alberto esso mesmo, don Jorge y don Julián, don Miguel, don Josep Poch y una lista no corta de tropa bién dispuesta con los cuales, sin duda ni miedo, hubiese embarcado ■ un bajel para dar la vuelta al mundo, como Juan Sebastián, con la tranquilidad de ■ mancar de música, risa, bastimento y palacio por do fuésemos. Y muchos dellos ya lo habfan mostrado en la expedición a las Indias Occidentales que ■ dijo en un capítulo antes deste.

Lo cierto es que allí se mostró, digo en las tensones, qué excelente es el mester de tunería y cómo, tantos siglos después de comenzado, hay mancebos escolares que lo siguen y lo mantendrán por los milenios.

Allí también se coció la idea de lo arreglado que sería tener un mesón o figón tunantesco do pudiéramos ir cuando nos pluguiera para hallar gente de la nuestra, estrumentos decentes aparejados para tañer y gargantas prestas al dúo, canto llano y contracanto. Otrosí, cuando viñieran tunos forasteros podían buscar sitio donde asentar a gusto, tomar una escudiella, beber un algo y estar en compañía a precio no soberbio, el justo por el costo ■ más. Como somos gente reidora y música, es natural tengamos plaza en tabernas ■ figones, lugares propios para semejantes inclinaciones complir, pero es bién común que los lugares do vemos, luego que nos hacen unas finezas al comienzo por ganarnos, nos suban luego los precios y empeoren las potaciones y pongan largas jetas

cuando, embebidos en músicas y risas, pasa cierta hora que suele ser aquella en que comenzamos a entonar y entonarnos.

Sábese que los tunos catalanes tienen, parésceme que en Lloret, que está en la marina, un lugar que llamaban Cueva de los Trovadores do se ayuntaban. Ellos mismos hacían de mozos y tenían también en el mismo servicio a damiselas devotas suyas a quienes pagaban soldada discreta y también especie, de la que hago gracia a sus mercedes. Ellas, algunas escolares, tenían sustento, holgar continuo y labor llevadera. Sólo con servir a la parroquia, no excederse de tela en jubones y sayas y estar allí como otros más sin diferencias. Y ya que viene a colación recuerdo que una entretenida que yo tuve me contó haber trabajado cierto tiempo en dicha cueva, aunque nada dijo de cómo le pagaban su trabajo y prefiero no enterarme que bastantes cuernos tengo sabidos para querer más desconocidos.

También unos tunos granadinos tienen un lugar que llaman Las Murallas, do ■ ven muchos escolares y que se alumbría con candelas en cada mesa que va ocupando, por lo cual cuando voy me recuerda a cierto sitio de París que hace lo mismo con velas metidas en botellas. Tiene dicho folgadero chimenea y cantores y se está asaz bien. Mas nunca estoy seguro si se llama «La Muralla» o «Las Murallas».

Bién, abreviando, lo hablamos entre nosotros y pareció bien. Señaladamente a don Francisco Merino y don Benito Vidales tunos de Caminos y Canales, a don Oliva, de la Gloriosa, y a quien escribe. Los dos primeros dichos conocí en aquellas justas en las que ambos participaban, el primero tañendo laúd y guitarra el segundo. Tomaron con grande amor la empresa, se rascaron las bolsas y hasta don Benito hizo, con don Oliva, labores de contador, así ■■■■■ don Franco cuya santa madre hizo sopas y flanes gratis et amore y primorosamente para ayuda de los comienzos. Pusimos otros también cuartos y sueños, imaginando tendríamos una casa nuestra para recibir compaños y amigos, compartir las alegrías de todos, cocinarnos las damas y, en fin, afirmar la fraternidad.

Y ■■■■■ era descabellada cosa pues, aparte de los sitios arriba dichos, tenía yo puestas ilusión y memoria en las cosas que tienen los escolares alemanes de Heidelberg, muy bien puestas, como contado se ha en la primera cancamusa. Mas cogitaba yo qué grande sería una casa como las tales, pero de tunos, pues los tudescos las hacen de hombres solos y a palo seco, mientras que nosotros, escolares juglares, podríamos llevar allí toda suerte de estrumentos de los usados por la tunería andante,

que son infinitos, y copia de damiselas que siempre, tomadas ■ el embelleco del tunar, nos circunseden. Dios premiaráselo, ca es justo infinitamente.

Para tal fin buscamos socios y los hallamos: malos.

Erase un figón ya puesto cuyo ■ uno destos andaluces que andan toda hora con el chapeillo clinado hacia un ojo y los ambos celados por lentes ahumadas que no se les cate lo exceso trasegado, poco dormido y muncho complido. Trájolo don Roso, de la de Medicina, y me dijo cuando yo torcí el morro:

—Ya vide no te plúgo, mas estás errado, porque ■ gente.

Lo cual pude ver pues traía consigo una florida y extraña cohorte destos que llaman en ciertas partes del Andalucía compadres, parentesco no conocido en otras partes della y en el resto de las Españas.

Acaesció lo sólito cuando se acompañan juglares y negociantes, poetas y trujimanes, a saber: hágense mala compañía. Pues unos van a gozar y los otros ■ saquear. Venían unos cocineros y dicían al contador que habían mercado carne de aqueste lomo y aquesa salda o del otro pecho, de tal calidad y estotra hechura y nos, como legos, abríamos la bolsa, sacábamos nuestros escasos dineros y los echábamos, inocentes, en las suyas.

Luego había cierta parroquia extraña de señoritos, cortabolsas, sodomas y alguna pelandusca protoanciana que tenían allí dende antes su querencia y, para desgracia nuestra, no la perdieron. Que nunca como entonces vide cuán acertado aquel refrán de «mas vale solo que mal acompañado».

Incluso alguno parecía gracioso, como cierto vejete sodomita y bético que, luego que se alicoraba, tartajeaba los sueños que tenía deste tenor:

—Ezta noche he zoñado que eztaba yo allí en la piramidez y tó lleno de negroz y cohía yo el látigo ¡pláz!, ¡pláz! ¡A tabahá, gandulez!

Pues tampoco ■ gracioso pues don Oliva, que lo sufría más asiduamente, dfjome que todas las noches tenía el mismo o parecido sueño. Y don Oliva, que arrimó hasta el exceso el hombro en aquella empresa, como lo suele en todas las tunantescas, sufría bascas con tales historias.

Aqueste don Oliva no tiene sino virtudes tunantescas, pues ■ archivo de glorias de la Gloriosa y aún de otras que no merescerían sus atenciones, como la Muy Cutre y Pringosa de los Tundidores de Arganzuela.

Siempre hemos sido grandes commilitones, magüer, sin que me ■ alcance la causa, tuve siempre la inquina de su hermana que de mí le

displacia hasta cierta habilidad que tengo con el silbo, con la cual, a las veces, he hecho contracantos a la flauta de don Seju. Tenía también la ojeriza de una su novia con la que no llegó a nupcias, llamada Rosario, cosa esta más explicable por los trabajos que, cuando Maestre, solía dar a los miembros de la Gloriosa en servicio de la misma, con lo cual les quito tiempo para amorriongarse toda hora, como es hábito de las promesas novias que, si no ■■■ de grande ánimo, odian la tuna como odiarían a quien les quitara pan, agua y vestido. Recuerdo que cuando don Oliva fue admitido hicimos lo primero ir ■■■ rondar a su dicha dama y el tal don Oliva, en tanto caía una lluvia menuda sobre los que tañíamos, dcía desde la acera de enfrente:

—¡Charo, cariño!

Y la tal Charo Cariño no acababa de asomarse pues era hija de militar y sabese lo sujetas que las tienen. Luego don Oliva cambió para mejorar asaz y matrimonió con una dama de la Nueva España.

Teníamos unas buenisimas juntas de músicas y risas, pero en aquel maridaje no era hacedero continuar. Otrosí, don Roso, físico, a más de traernos el socio dicho, nos trajo en alguna ocasión gente de medio pelo que a él gustaba y a nosotros no, ca somos bastantes a nos divertir y suficientes en lo que profesamos para embelecarlos con cómicos medianos, músicos pretenciosos y garbanceros, cantantes de los de trece por docena y las mil suertes de pisaverdes faranduleros que a él le hacían mucha gracia y ■■■ nosotros, puta.

Desotra parte acaesce que hay ■■■ la corte y en las ciudades grandes un a modo de soldaderos y coronistas de la andorga que andan por figones y mesones y tabernas. Do ■■■ las llenan bien y les halagan ya saben los tienen ganados y luego en avisos y papeles ■■■ hacen plumas de tales sitios, do sigun ellos se come ambrosía, se liba néctar y ■■■ gozan los bie-nes paradisiacos en la mera tierra. Luego otros los leen y vanse como ovejos al sitio y unas veces lo logran y otras les dan bazofia que la tomarían mejor en portería de convento y de todas suertes, salvo excepciones, siempre dirán que disfrutaron el edén prometido.

También, sólito es, alguno de los nuestros que vide yo rascarse la escarcela para pagar a soberbio precio ponzoñas destas que dan las rumiascas de ciertos potaderos con lucecillas coloradas, digo de don Francisco, luego allí, en nuestro sitio, cuando los cocineros mercenarios descuidaban el condimento y los meseros cuidaban el cobro, sacaba ■■■ famoso morrito quejoso y lamentador. Dios lo perdonará a él y los otros.

Cosa que, si disculpo, no entiendo pues soy de aquellos que dicen «con mis amigos, mierda», que comer y beber buenos son en buena compañía y nada importan.

Es el ■■■ que íbase todo torciendo y llegó el punto en que no dábamos abasto a créditos. Así que hubimos ■■■ junta, con el socio sobredicho, sobre dello y, harto ya, díjele:

—Bien está y ya llegamos do no pasaremos más adelante. Porque salen las deudas de todas partes, como niscalos cuando sazona, parésce-me que ■■■ las deudas son fingidas o algunos estan aquí dándonos matraca como a novatos y basta dello, acábese esto y no pasemos ■■■ mayores.

Y concordábamos los allí presentes en ello, diciéndoselo al socio hallado para nuestra desafortuna. Y aqueste, en cierto momento, se levantó de un sedil y dijo a destempladas voces:

—¡Tienemne sus mercedes harto pues no paresce si no que quieren mostrarme que tienen muchos cojones y aquí por cojones nadie me ha de ganar! ¡Que si es asunto de cojones yo tengo más cojones que nadie y que todos juntos!

Alcéme del asiento y paréme junto dél, que le llegaba poco más arriba de la cinta, y respondíle con todo sosiego:

—Pues, señor, si tenéis tantos cojones como decís ¿por qué no los lleva ■■■ merced ■■■ una casquería?

Quedó ido y pasmo. Asenté yo. Callamos todos, alerdados ellos. Terminó el debate.

Llegó con aquello a su final la ilusionada empresa, que llevamos, a trancas y bartancas, un año no cumplido. Dejamos nuestros dineros, de los míos sobre cuarenta mil ducados por mala cuenta y los otros cada uno su parte. Salimos todos escaldados.

Pero ■■■ he de callar que en ese tiempo tuve ■■■ fortuna no pequeña de conocer y tratar a muchos tunos, singularmente a don Josepe, conquense de nación, alcoyano de crianza, al que tengo por hermano y como tales nos tratamos, tenemos gustos parejos hasta en damas, aunque jamás hayamos disputado por ellas y no tan sólo por tal fraternidad, sino porque en cofradía tunantesca no deben ocurrir contiendas desta laya, pues ■■■ se guardará la dama del hermano o dirásele francamente.

También don Franco Merino, conquense como el anterior, y también de la de Caminos, del que ya se dijo cómo puso en el asador toda la carne. Item más don Benito Vidales, de risa perpetua, fraterna disposición y ornado de cualesquiera virtudes por todas partes menos por una que lo une a la bolsa, pero no todos hemos de ser perfectos, sino ser

imperfectos porque nuestros semejantes nos completen y ayuden. Otrosí don Paramio de nación extremeño, de Galisteo, gran soplador y nocherniego que nunca ve la hora de irse a la yacija y tornar a casa, magüer su santa madre, doña Plácida, le ampara y defiende los sueños como leona a sus cachorros y lo cuida como unigénito que es. El siempre se las arregla para llevar una copa de ventaja y para, cuando los demás apuraron la suya, tener la propia rehenchida y si quieras mudarte de ermita, como es usado en las devociones potatorias, te muestra su copa con dolido ademán cual si dijera:

—¡Ah, cruel amistad y fingida fraternidad, cuán reciamente me torturan!

Te hace comprender no puede dejar ■ medio tan grave obligación y así váse retrasando la devoción, cuando vas con él, tanto que se dobla y él llega siempre demorado a las citas. Sépase.

Pues como dije antes su madre, santa como todas las nuestras, defendiente sus sueños fieramente. Así en cierto tiempo íbamos todos a un danzadero llamado con nombre inglés «Padinton», volvíamos de madrugada y él el postrero y más tarde. Pues luego su madre, siguió inventé, cuando lo íbamos a despertar, respondía no podía llamarlo porque se había quedado hasta el alba estudiando inglés con un su amigo de nombre Pádinton. Invención que ha pasado a historia y que muestra ■ las claras cómo se pudieron urdir los falsos cronicones de los que bebieron algunos historiadores tanta falacia que desconaría a Herodoto, padre desta ciencia y tararagüélo de quienes la profesamos.

Conocí mejor a otros como don Anton López Abad del que podría decirse aqueste verso:

Un día vi en la plaza
que gentil y encantadora
qué muchachita se metió
entre las revoluciones de sonrisas
y risas.

Mas ■ pudo, aqueste don Lope Abad, con toda su sabiduría alcanzar a don Paramio que siempre tuvo desarreglado el molino, sobremanera desde cierta vez en que le estornudó los llamados en jerga piños en la misma mesa a un negociante al que visitaba.

Tuve también más trato con don Rafael Caba, fabulador de catre, desmedido de ingenio, facundo inagotable, tañedor de bandurria. O don

Alfón Andériz y don Jesús Ortega y don Enrique Galindo, componedores de huesos y miembros aquestos y el primero «príncipe del sopor» que con vahores los duerme para cirugías. De la misma tuna don Rafael Suárez, gran tañedor de guitarra y sabidor de trovas picardas de toda laya. Otrosí, don Claudio Mariscal, médico, que tornea los cuerpos de las mejores comediantas, cantoras y juglaresas del Reino d'España, al punto que con las virutas pudieran completarse no pocas damiselas de buena calidad.

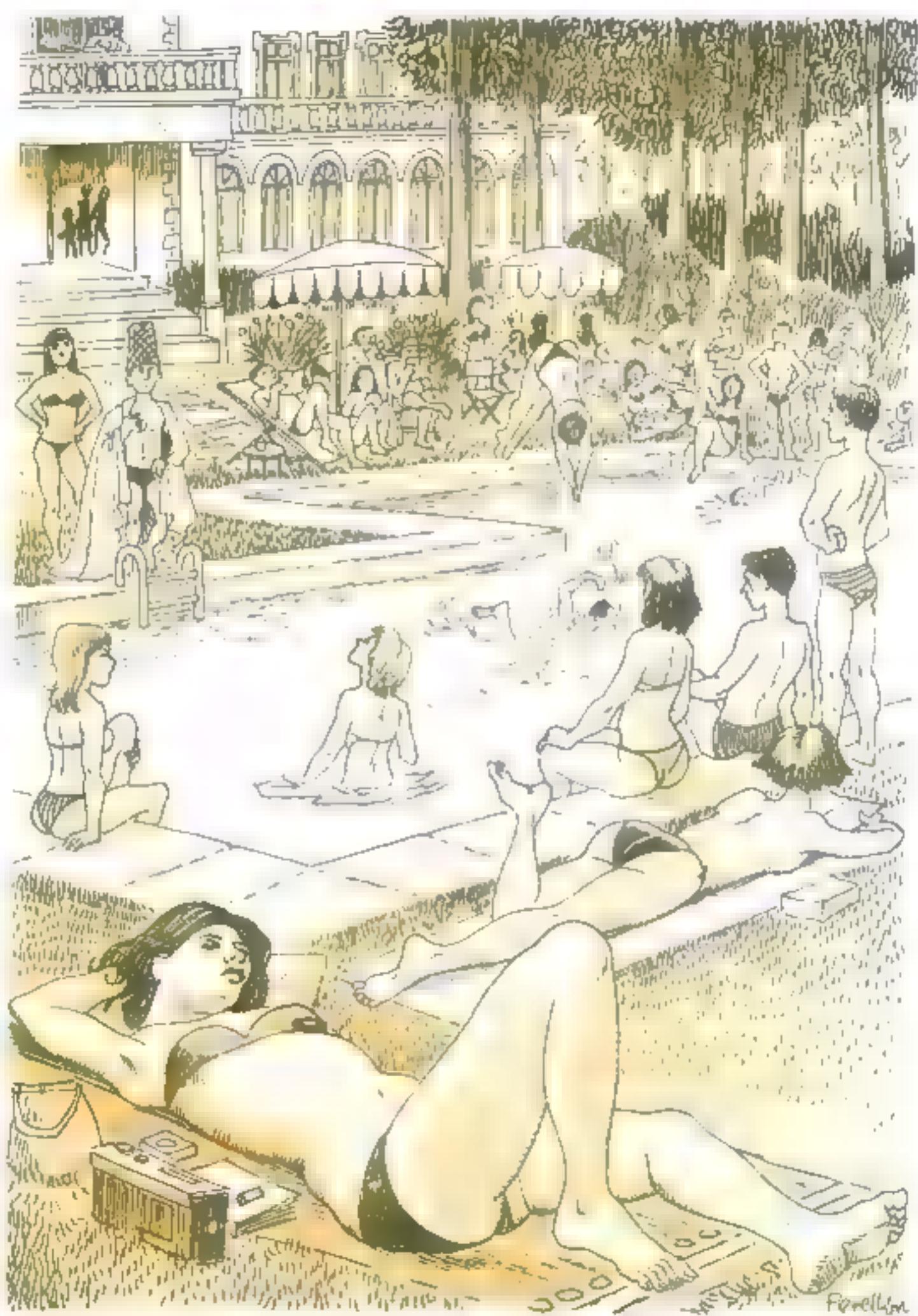
Que si tuviera que componer un tractado de los claros varones, como hiciera Pulgar, con los de ■ tuna hallaría materia bastante para gruesos volúmenes. Y ■ que, por dichos y repetidos, callaría los sabidos de la Gloriosa, desos ardidos varones que llevaron el alegría por los mundos y sobre ■ pechos y en sus pendones, la balanza y el libro, la haz y la segur y el bermejo y morado sin par.

Pues todos tales beneficios, siempre he dicho y diré que no ya docientos o mil ■ cincuenta mil ducados, sino la hijuela entera que me vino de madre Escolástica, que llamamos en mi tierra madres ■ las agüelas y ■ las madres, mamas, como en aquella jarcha que dice:

Oñe jare ■ mama
ou ■ mala esa os vari

Agora todos, tocados de gabachos, dicimos mamá. Perdónenos Dios que permite tanto desatino y pisaverdez. Digo, que ■ extravió, que no ya docientos o mil o cincuenta mil ducados, sino un cuento diera si en cambio hallara los amigos que hallé en esta empresa. Como no me importara perder lo que perdí para dejarle una amiga que no lo meritaba y dijo que me haría una traducción de un mi libro, tomó la primera libranza, la metió en la escarcela y ésta es la hora en que no he tornado ■ saber della. Podría decirse, contrahaciendo el dicho toscano «Traditora y tradutora», aunque más de lo primo que de lo segun.

De la de Boticarios ya hablé veces, mas diré aún de don José Manuel Padín, dicho Meiga por gallego, buen cantor y guisandero de afición, asaz dado a disfraces y máscaras, sobremanera se perece por vestir galas episcopales y, con cuatro trastos, bacinetas viejas, cartones, colchas o frazadas luego contrahace mitras, báculos y capas pluviales como por arte de magia, de tal suerte que puede engañar ■ cualquiera medianamente avisado a prima y segunda visita. Sobremanera en lugares distantes ■ con gente extraña a la jurisdicción y fe romana. Como



Forrellon

cierta vez en Saxonindia, cierta ciudad llamada Boston do se hallaba una tropilla de la Tuna de Boticarios y entre ellos un don Luis Rodríguez, de nación extremeño y sobrenombrado Lutero, por lo protestante y Duque de Ferrara por lo poderoso y grave, el cual don Luis había hecho ligamen con una doña Simone, con la que luego matrimonió felizmente. Ella llegó a duquesa consorte por la gracia de la tuna que se alcanza a tales cosas y muchas más. ■ caso es que determinaron los sobredichos alquimistas hacer auto de coronación de los duques, con arzobispo y toda cosa.

Don Meiga al momento aparejó todo y paresció con una mitra dorada armada sobre cartón, un báculo que ya lo quisieran algunos perlados para sí. Por el mesón do estaban, llamado Sonesta, hicieron un cortejo con heraldos, atambores, oriflamas, pífanos y caramillos, en que iban los duques dichos y tunos y algunos camareros y amigos cómplices de séquito. Don Meiga, con la desenvoltura y el alivio de un obispo «in partibus infidelium» coronó los duques con una galanas coronas de cartón dorado. Y todo el mesón pasmóse y tragó el engaño. Como otra en que estando que estaban en San Juan de Puerto Rico, don Miguel Palomares, ingeniero de naos, pero de la Gloriosa, muy hábil de manos, le cosió de cabo a rabo un atavío de obispo tan perfecto que fué el dicho don Meiga en tal indumento a la catedral ■ coche negro de respeto y discurrió entre la reverencia y la veneración de los allí presentes. Parece que en aquella inclinación debe tener parte el resto de aquella fiesta del obispillo que hacían los escolares españoles, en día de San Nicolás de Bari, en la cual los estudiantes vestían de obispo a un muchachuelo y lo reverenciaban, besándole el anillo y respetando báculo. Sin que haga falta decir que tunos y goliardos, que son la misma cosa, tuvieron siempre cierta inclinación a la celebración litúrgica, como puede verse en don Gualterio Mapus o en el Arcipreste y agora en las letanías burlescas que se gastan y que Dios, que es más blando que algunos de sus cultores, ha de perdonar.

En otra ocasión aqueste don Meiga, al que llamamos otrosí monseñor, en una posada de ricohomes do posaba en la Isla dicha, porque le cuadró, bajó ■ atavío de baño, con una papelera a guisa de mitra y una colcha de manto, cantando, con la grande y poderosa voz que Dios le dio, desde su aposento un aria de Verdi, toscano, llegó a la pecina, do había copia de gente tomando baños y sol y, sin dejar de cantar, fue derecho al agua, tomó una escalerilla que bajaba al fondo y se fue en-

trando con el mismo canto hasta que el ras le llegó a la boca. Y todos los presentes quedaron abierta la boca una cuarta.

Pues nos ayuntábamos a cantar, reír y inventar en el sitio. Quebramos, mas no con fraude. Y desto vimos, al menos don Josepe y servidor, ser inhábiles para cualesquier asunto que toque a negocio, mercaduría o dineros. Pero volvimos, por la misma causa de la fraternidad y perfeccionamiento de los tunos, a otra empresa, empleando dineros, junto con don Francisco y don Benito, en propagar y dar a conocimiento el himno «*Gaudeamus*» que estaba quasi perdido, aún entre la mayor parte de los tunos que, los primeros entre los escolares todos, han de saber como el *Paternoster*. Y agora lo saben al menos las tunas complutenses.

Desta inhabilidad para negocios reímos asaz don Josep y yo y es pregunta de estilo entre nosotros demandarlos:

—¿Qué haremos aqueste curso para perder dineros?

Reímos asaz, porque ni nos importa. Y es consuelo ver a nuestros cofrades don Franco y don Benito como reyes Midas, prósperos negociadores.

Tornando al «*Gaudeteamus*» contaré que en la celebración de Santo Tomás del año ochenta y dos, llegado el canto, comenzó el coro que se nombra como el patrón a cantarlo y algunos pocos de los claustrales lo hacían, mas tuvieron los coristas la flor de saltar ■ una letra poco usada que comienza:

en cuyo punto callaron todos los pocos que cantaban, si no fue dos doctores de la Universidad de Haidelberga que venían con el Dr. Mikat y el que escribe que seguimos la estrofa y mientras lo hacíamos nos mirábamos como si nos conosciéramos desde la ~~infancia~~ y dijéramos: «Hemos aquí adunados por el canto común». Dábame cierto repeluzno advertir que un canto puede traer al recuerdo aquellos tiempos en que leímos y aprendíamos en latín y cualquier escolar tomaba sus bártulos y se iba a leer u oír en cualquier Universidad de Europa sin mayor contratiempo. También me hacia ver que la Universidad y sus hijos salta las fronteras y lindes de los reinos y eso, que va en su instituto, se expresa y hace patente en aquellas cosas que parecen pequeñas mucho más llamativamente que en otras que se muestran majestuosas y formidables.

Capítulo veinticuatro

Este asunto del «*Gaudeamus*» pudiera parecer baladí, pero muestra el olvido de las tradiciones universitarias correspondientes a la ciega opinión de que la tradición empece y dejándola se gana ciencia y se adelanta en las artes mecánicas y otras industrias. Pues miren los errados si la Germania, con guardar el estudio del latín y ser aventajados en los griegos no hacen máquinas ingeniosas de toda cosa. Y sucede lo mismo con la cirimonia, que es teatro civil, el hombre animal político y teatral igual, en tal cirimonia el común se muestra a sí mismo y se respeta y da muestras de su función. Ya debieran muchos aquí fijarse cuántas naciones que conservan cirimonia y tradiciones son, al tiempo, adelantadas en ciencias y libertades. Y aquí pongo a la Inglaterra — cuyas cirimonias, trajes y — antiguas se boquiabren los visitantes, cuando las nuestras aventajan en antigüedad, como la de coronación que descubriera don Claudio, y, tal dice el doctor Barrios, la casa real inglesa es de quinta comparada con la nuestra, igual que el nombrado palacio de Baquingán aún sería ruín como caseta del perro del nuestro de Madrid.

Acabó, como digo, la sobredicha empresa. Los triperos que habían denostado nuestros guisos cambiaron de cebadera y atesoramos nosotros las alegrías y amistades, cantos, gracias y músicas. De suerte que digo aquí públicamente que si alguien o algunos pensaran resucitar el empeño, siempre que sea más sencillo, de potaciones y cibos simples, cuenten con mis caudales, muchos o pocos y mi presencia, ilusión y ánimo.



CAPITULO DECIMOQUINTO

DE LA IDA CON LOS TRANSMARINOS NEGOCIADORES
AL CABO DE LAS TORMENTAS Y SU CAMPO TIERRA
DEL ORO Y LOS DIAMANTES, INVITADOS POR LA TUNA
BOTICARIA, DE LOS ETHIOPIES APARTADOS Y DE LOS
DIVERSOS ESTUDIOS QUE ALLI HAY



los boticarios los llamaron los transmarinos negociadores de la Iberia para trovar y tunar el país que hay cabe el cabo de las Tormentas, do ellos tenían negocios a vista y les pareció, asaz bien parecido, que la mejor manera de encandilar a los parroquianos futuros era dales de qué comer y holgar. Y de lo primero llevaron cocineros y pinches y de lo segundo fuimos ■ tropa de tunos que pocas veces vide otra más poderosa, veterana y curtida en el tunar. Eramos en el reino de Tunia, mutatis mutandis, como los tercios viejos en España, asombro de la Europa, y hasta veinticuatro entre boticarios, físicos y juristas, con lo que ya pueden imaginar sus mercedes cómo se revolucionó aquel cotarro.

Fuimos primero todos juntos a Johannesburgo y como el país no podía resistir aquella aguerrida tropa todos juntos, ■ repartieron en cuadrilla de a cuatro, para que cada fuese ■ una ciudad. Así menguaron la fuerza pero nos dieron más campo de descubierta. Y nos derramamos por el país que es dilatado y do las riquezas son inmensas, corre el oro, brillan los diamantes y se palpa la fortuna como ha de pasar en El Dorado si llega a descobrirse.

Hay dos suertes de gentes, los unos negros ethiopes y los otros blancos, separados los unos de los otros, que ni la posta, ni el excusado, ni la taberna ni el posete comparten y cousan. Mandan los claros sobre los oscuros y aquestos, en muy gran parte, están de lacayos de los otros con mil y una libreas y sombreretes de diversa suerte para traerte, llevarte, abrirte, cerrar y entornar la puerta.

Si les dices ■ los blancos no ser aquéllo concorde a la ley de Dios dicen que es conforme a Aristóteles y otrosí que todos hacen esclavos

y, a mayor abondamiento, los escuros de las partes vecinas que ■ gobiernan por sí, se quitan la fambre ■ puñadas y vienen allí a tomar trabajos con que mantenerse y hay muchos en diferentes oficios, mineros en gran parte, sacando oro y gemas.

Y aquestos que trabajan en las minas, que son de diferentes partes de África tienen formados unas cuadrillas de danzantes y músicos y en las mesmas minas de Johannesburgo, para la gente que ■ ayunta a veilllos, danzan y tañen, danzas y cantos asaz extraños pero placientes. Sobremanera alguno estrumento que es como xilosón, fabricado de piezas de madera de diverso largo y unos calabacines por baxo para el resón, al tiempo suena, resuena y vibra y encanta el oído. Hay también varias suertes de danzas, alguna de las cuales, en cierto momento, dan todos los danzantes ■ el pie de la misma mano grande patada en tierra y con tenerlos desnudos tiembla el suelo como atambor. Y ansí vine a pensar cuántas maneras hay de gentes y cómo cada ■ tiene sus gracias y sus inventos, su geta y su pellejo, pero ninguna dexa de hacer músicas y danzas para ejercitar el ■ en los ratos de ocio. Y bueno es disponer el ánima a gustar de todos y, si posible, que no lo es, fuese, a deprendellos.

El atavío de los danzantes ■ poca tela y mucho de pluma, crines y penachos, van casi encueros si no es un taparrabos, pues danzan todos varones, y unos a modo de polainas de crin que apenas alcanzan a taparles las pantorrillas. En algunas danzas llevan también azconas ■ azagayas y escudos de cuero de venado. Y singen combates. En otras contrahacen los modos y costumbres de los blancos, singularmente lo hacen unos danzantes de la Guinea portuguesa. Lo que sí es cierto es estar los ethiopes aquestos como todos lo debiéramos, sin pizca de crasitud en los cuerpos ■ tanto que por estas partes, de estar siempre quietos y no ejercitarse muchos, demasiados, parecen cenachos o preñados, que no pueden tirar de sus cuerpos y fatigan el corazón arrastrando tocinos que para nada sirven.

En el reparto de compañías, cupo ir al mesmo Cabo de las Tormentas agora llamado de la Buena Esperanza, a cuatro de la Gloriosa: don García Martín, don Raphael de Cubas, don Pedro Lozano y aqueste coronista de ■ descubrición. Nos llevaron ■ possar a una de ricohomes tan llena de criados y criadas que resultaba enfadoso, ca no bién se te caía una pestaña, entraba una tropilla de sirvientes con escobillas y recogedores a limpiar y nunca estabas tranquilo. Otrosí, entre los dichos

servidores había unas amariellas que ■ encascabelaron con nosotros y siempre andaban buscando ocasión de ■ entrar ■ los aposentos con mucha risilla y cuchicheo. Como seguro estoy no me han de leer ni nadie les irá con la posta, diré que no estaban de buen ni aún de mediano pasar. Dios se lo haya perdonado, pues que no es culpa suya sino del mal cincel.

Allí tañíamos en el mesmo mesón, en un folgadero que estaba por baxo y servidor, con la desenvoltura que es de ordenanza en un vetero, facía una sable explanando al concurso qué ser tuna y su mester cómo ■ exercía y desde cuándo. Holgaban y tañíamos y holgaban más. Tañía con nos una breve compañía de ministriles con una juglaresa buena de su cuerpo y asaz falaguera ■ nos, así que ficimos amistad con ellos, como suele acaescer cuando no hay envidia de la tuna, que hayla a veces.

Tañímos otrosí en un sarao de grande boato que dieron los trasmarinos a la gente de allí y complímos ardidamente. Conoscímos en él a un sisico, Barnard de nombre, de dilatada fama pues ■ ocupaba en remendar corazones hasta que pensó ■ de más efecto ponellos nuevos, tomándolos de los que tenían bueno eso y lo demás malo. Lo hizo y fue el pasmo del orbe. Estuvimos con él ■ buen espacio y con su mujer, bién tierna que habíala cambiado por otra que antes tenía un algo avenajada de años. Y vesasele terne y la su mujer bastecida suficientemente sigun se echaba de ver por ■ fación y compostura y mirábala yo demandándome si se habría hecho trasplante de otras partes no tan altas pero que bién arregladas para tener contentas a las damas. Mas nada le pregunté: quede para otra vez.

Fuimos a una Universidad llamada del Cabo a tunar para los escolares della y contesció que don García y servidor, no recuerdo si por comodidad o pérdida, ■ llevábamos cintas en nuestras capas. Sin hacer cuenta dello platiqué sobre la tuna y su mester y de cómo, dende el desconocido autor de la Razón de Amor, a semejanza de los andantes caballeros, ■ sabe llevar los tunos, al menos desde los años mil y doscientos, cintas ■ recordación de sus amadas y amigas y rondas y visitas. Acabado de decir, porque lo vieran, dimos vuelta al concurso y allí fueron las risas a mandíbula batiente, viendo que ni don García ni yo llevábamos alguna.

No era ocasión, ni lugar ni había material para demostraciones, así que todo quedó en una buena risa y algo que contar ■ sus mercedes, porque huelguen.

Capítulo decimoquinto

Aquí nos mostraron la sala de anatomía do tenían piezas diferentes del cuerpo humano para que los estudiantes las aprendiesen. Una dellas era la cabeza de un catedrático que la donó para ello. La tenía cortada de alto en baxo por su mitad y metida dentro de una pieza de cristal para que pudiera verse todo lo contenido. Y pensé que si agora, como en pasados tiempos, ■ usara el pergamo podria dar yo luego mi pellejo para que escribieran en él, luego de curtido, el titulo XXXI de la partida segunda que trata en los estudios.

Tras desta, nos alongamos ■ otra, llamada Huis ten Bosch, y no me hagan muncho caso de ser ■ y no otro semejante el nombre, ■ tañer ■ un colegio de damiselas. Entramos y dispusimos en un a modo de partidor de do partia una escalera, comenzamos a tañer y, cual si se conjuraran los ángeles del cielo, comenzaron a asomar lindísimas caras, una tras otra, sin fin, cada una más fermosa que la anterior al punto que íbamos encantándonos pieza a pieza, tañiendo mejor y más sentidamente, ca nuestro espíritu se llenaba de gozo al tiempo que los ojos de belleza.

Digo, a quien me quiera oir, aún a pique de ganar enemigas, que no jamás vide semejante cosa, ni más fermosas damas en mis luengos años de ver fermosas por el orbe entero.

Y como contesce en las ocasiones más contrarias, en aquel punto entendí, como por divino revelo, el modo que hubo de tener la escala que vio Jacob para subir al cielo, pues a mi ■ me antojó que siguiendo aquella escala hasta su final ■ se podría desembocar en sitio differente al paraíso a gozar de la divina presencia y demás bicocas de la vida eterna.

Era de las más bellas la Rectora del dicho colegio que oyéndonos tañer se le llenaron de lágrimas unos lindísimos ojos claros que tenía en la cara, la tía, desos que ■ hacen, pecador de mí, despegar una cuarta del suelo y andar en éxtasis, como dicen contescía a San Juan de la Cruz, que le tenían de lanzar el cálamo y papel ■ las alturas para seguir escribiendo sus visiones celestes. Mas, es una de las servidumbres deste mester sin par de la tunería andante, hubimos de irnos como tantas otras veces sin aguardar siquiera ocasión de mejor conocimiento. Y cuán grande ha de ser el ánima del trovador y juglar escolar para no perdella toda con tantos jirones della que vanse quedando enredados en lugares distantes y distintos. Y, curioso caso, era aquesta semejante a una moza que conocido había yo cuando muchacho, de Santiago del Espada, an-



Ferrellion

tes Hornillo, en bajo oficio y con pelo bermejo y dorado, los ojos transparentes, como haylas en mi sierra ■■■■■

Consuelo, pero no bastante, fue que días después ■■■■■ tomaron cuatro damiselas bien carnadas y, en unos coches aprestados para ello, nos llevaron a una posada muy afuera de la ciudad y nos gasajaron complidamente. Era un lugar placiente, entre bosques y montañas, bien servido y aparajedo al punto que parecía, maravilla cosa, mesón tudesco en el cuerno de África. Y es que los que vinieron a poblar de la Europa trujeron también maneras y modos, primero portugueses y luego holandeses, hugonotes franceses y los ingleses que llegaron los últimos a la llamada del oro y demás riquezas.

El país aqueste es grande y de diversas hermosuras. No se acaba nunca y su riqueza tampoco, al punto que jamás vide otro en que se advirtiera tan a las claras la abundancia sin tasa.

El dicho lugar do possábamos eran de los mejores que vi y gocé nunca. Comíamos manjares de precio *ad libitum* y con la sola cautela de hincarle el diente a los conocidos, sino era por prueba que alguno hacía, pues el mester, dicho lo habré ya, tiene esa bondad para quienes lo profesan: que enseña de todo lo que en el mundo se cuece, bebe, piensa y practica. Y en aquesto don Raphael tuvo una de sus cosas y fue al traer la lista de comidas, que vido una puesta entre rayas y cenefas, con capiteles iluminadas y otros ornatos, como exquisito, el dicho, ca ■■■■■ polido, determinó proballa y la pidió con que todos aguardábamos ver tan preciado manjar y proballo contando con la sabia generosidad del petente, como tuno elegante que siempre fue.

Pues, señores míos, al cabo del rato apareció el mozo con unas langostas para nosotros, rosas y carnosas como brazo de doncella, y para él, disimulen sus mercedes, una mera mierda, que lo parecía, ■■■■■ un plato, hediendo como follo de monja crasa, que hubimos de taparnos las narices y mandar luego ■■■■■ llevaran aquello ■■■■■ su sitio congruo: a saber, el excusado.

Desto hubimos risa, vayas y burlas luengo tiempo y pensé cómo los gustos, con ser a veces comunes, son otras descomunes. Recuerdo sobre desto haberme contado mi amigo don Luis López de Pancorvo, grande viajero burgalés, tenerse hábito en Islandia de orinar cachos de carne, enterrallos unos meses y sacallos luego para comer ■■■■■ el mejor manjar y disputado de la tierra. Maravilla lo saber. Y aosadas digo yo, los sabedores de comidas contenderán entre dellos sobre la calidad de unas

carnes y otras, sigun qué vejiga las orinó. De mí diré que nadie ■ hará esclavo por la panza, pues la llevo como servidumbre y ■ fuer de esclava la trato, sin dalle de qué ensoberbecerse. Sencillamente engullo, lo preciso y poco o nada más. Y cuando estoy ■ solas ■ mi cortijillo con un puñado de almendras y un vaso de leche de cabra granadina, remedíandome una pequeña hambre que natura me da, recuerdo a los polidos mesones, ■ mozos y sus manteles, sus servilletas y aguamaniles, sus hachones y sus reverencias a soldada y me destrozo de risa. No concuerdo con franceses y otros contrahechos de franceses en eso de que es comer delicadamente cosa de gente muy civil y alta. Recuerdo mejor el ensiemplo de los griegos que ■ fueron por el mundo mostrando el fundamento de las sciencias y filosoffia, poblando colonias, comerciando, venciendo a poderosos enemigos en la mar y tierra y sosteniendo sus cuerpos con un puñado de aceitunas, unas cucharadas de miel, alguna pasa y demás humildes manjares que todos saben.

Pues ya lo dijo Ignacio Farinelo:



Yo me soy mi amo, ■ mi andorga ni mi miembro y sus compañeros ni las otras partes de mi cuerpo de las que soy señor y cobro infurción, recibo pleitesía y homenaje, tengo sobre dellas *ius maletractandi* aunque no lo use y me están sujetas por ley natural, como vasallos. Soy rey y emperador de mi mismo y por ello ■ tiento de serlo de los demás, ni sobre mí admito más señorío que la sciencia y el común de todos, cuando el común es libre, bién aforado y encardinado en la república como parte suya por activo y por pasivo, no meramente sumiso ni soberbiamente tirano.

La ciudad se llama del Cabo, por estar cabe él, es polida y de buenos aires. Tiene en junto un monte llamado La Mesa, porque lo paresce, y la mar a los pies do se pesca pesca regalada, como langosta, ostias y dese tenor. La catábamos en el hotel y también una noche bajamos al puerto con un catedrático complutense llamado Cortiña y su mujer y nos regalamos asaz.

Suelo contescer, y ya lo tengo dicho, encontramos siempre personas que se enamoran más de la tuna que de los tunos, se agregan a nosotros

Capítulo decimoquinto

y vienen a escuchar nuestras músicas y compartir nuestras risas. Todo nos lo hacen llano, ■ no ser la despedida que triste. En Pretoria, a la cuadrilla que dije, se agregaron dos amigas que nos llevaban y nos traían en el coche de una de ellas a la que por grande y transportadora, por abreviar y entendernos, llamábamos Gil Estaufer. Y ella tan contenta. Nos miraba llena de pasmo y admiración y amigable amor. Todo lo que hacíamos le placía ■ le sorprendía como aquella vez en que hicimos ante ella, por burla de los tunos etílicos, una cirimonia de brindis ■ que empezamos:

—¿Bebió nuestro padre Adán?
—¡Bebió!
—¿Y nuestra madre Eva?

Y así algunos brindis que antes ella había visto hacer, pero que en aquella ocasión lo hacíamos, cada uno con un plátano, destrozándonos de risa al imaginar si fuéramos vistos por algunos, a los que nombrábamos y remedábamos, de quienes creen que el tuno ■ mejor cuando más beido sea.

Item más de tañer en la posada, llamada Herrengraj, o cosa semejante, tañíemos en los mercados para mover a la gente a venir ■ España y de paso si podían llevar con ellos ■ dejar con nosotros aquellas piezas de oro y brillosas gemas que tenían. Allí encontramos a una marplatense ■ que no acababa de explicarse cómo estábamos en aquel sitio y no se le ocurrió ni por pienso preguntarse cómo ella se encontraba también en el mismo sitio. Pensé cuánto valen los marplatenses y cómo se exceden en valorarse.

Passamos en aquella posada unos felices días. Tratados a cuerpo de rey, tañendo para dar alegría y por dárnosla a nosotros, pues teníamos los aposentos comunicados y toda hora estábamos de burla y música. Nos aderezábamos unas buenas meriendas por más holgar y en una de ellas invitamos ■ una damisela vecina que vino muy galana con una destas camisas españolas de chorrera y botones delante, aunque ciertamente extraña pues en cierto momento de la merienda, se le salió por bajo una tetra, sin que nos alcanzáramos a explicar cómo. Ella no se tomaba cuenta y nosotros no podíamos tener la risa y la tetra no ■ tornaba a su lugar. De manera que llenábamos las tazas, empapábamos los mojicones, tentábamos de platicar, mas no había manera de concertar unas y otras cosas y fue una merienda para teatro, pues la tetra no se arrió hasta que su dueña, por no catarse ni entender lo sucedente, se mandó mudar a sus aposentos y fue salir cuando estallamos todos cuatro a reir,

revolcándonos por el suelo, privados de habla y de gana de otra cosa alguna que no fuese reír ■ mandíbula paciente. Porque, vean sus mercedes, la teta no era de recibo, y vella allí asomada entre embarazada y curiosa, era fuerte cosa.

Tuvimos otra experiencia de contar. Dije que aquí llegaron primero portugueses, que doblaron el cabo y desde entonces quedó sin enderezar, luego holandeses y calvinistas franceses huyendo de la quema. Los primeros, numerosos en cierta manera y asaz endustriosos, se derramaron por las tierras del país que estaban disiertas y hallaron oro en mala hora. En mala hora porque los ingleses, de corazón tan débil para ciertas cosas, advirtieron la falta que hacían y vinieron en son de guerra y la recibieron congrua de los holandeses dichos que les dieron sopas con honda cierto tiempo hasta que hubieron de someterse, luego de haber sido presos como ganado en apriscos, echados de ■ tierras y, al final, domeñados. Vinieron ingleses a poblar y en crescido número, de modo que igualaron, o quasi, ■ los sobredichos holandeses. Resulta, pues, que hay tres clases de blancos, los descendientes de holandeses, los de franceses, que son los menos, y los de ingleses. Aquestos se emplean en remediar ■ Inglaterra en todo, de suerte que, a las veces, paréscete estar en ella y si alguna diferencia hay es porque en Inglaterra han descuidado sus tradiciones. Es el caso que ■ invitaron a una cacería de zorros, ocupación de caballeros ingleses, y nos mandaron un ethiope de palfrenero o carrero. Nos tomó ■ su carro y por llevarnos a ver la cacería de zorros, nos tuvo de zoca en colodra y perdimos un almuerzo al que estábamos invitados por los de allí, mas no hubiera pasado nada si perdiéramos la caza del zorro, que no era tal, sino arrastrar un guñapo con la olor del animal a cuyo engaño saltan los perros desalados y tras de ellos los caballos y sobre ellos los jinetes que suelen seguir tales carreras. Vimos el enjuague y luego el saltatrás nos tomó nuevamente en el carro y fue a darnos vueltas con el aire por aquí y por allá hasta que acertó a llevarnos a la posada do nos soltó hambrientos y mareados, por el ayuno, pues como llegamos tan tarde a la cacería fingida ya habían, y ■ dijo, embaulado el condumio copia de galanes y damiselas que ■ ella asistían ataviados ánglico modo.

El posadero, que se era italiano transplantado, se dolió del fracaso, pues que nos mandó al festejo por obsequiarnos y luego proveyó nos aparejaran un almuerzo generoso ■ que nos consolamos un algo. Al ethiope bién podían dárle morcilla, pues todos sospechábamos mala intención de dárnosla él a nosotros fingiendo no hallar el camino.

Capítulo decimoquinto

Fue principal fautor desta expedición y descubrimiento un don Rafael Lastres, mozallón gallego, — amigo nuestro que andará agora por Egitto si no me equivoco y fue de las mejores algaras tunantescas que viví, por que podíamos tañer y folgar y veer todo aquellos que, tan lueñe, pocos han visto con vista de ojos.

*VERSO QUE PONE EL AUTOR
A MODO DE DESCANSO PARA EL LECTOR FIEL
Y ESLABON PARA CHRONICAS VENIDERAS*

QUE COMPLETAN LAS YA ESCRITAS ■ AQUI ATRAS



Descanse, amigo lector,
aunque aquí el libro no acaba,
que hasta en las guerras de amor
hay treguas en la batalla.

Aun del camino mejor
se fatiga el caminante,
descansen tunos errantes,
sosieguen en su possada,
tome fuerza el caminante
para próximas jornadas.

*Continuanda est historia
de scholaribus vagantibus
dum servemus «sic stantibus»
ad maiorem tunae gloriam*

APENDICES

LOS TUNOS DEL SIGLO XIX CUATRO CANTARES DE TUNA GLOSARIO



Alcalá de Henares, la sabia ciudad de la vieja España, la antigua rival de Salamanca, sólo es hoy una pequeña ciudad de diez mil habitantes, una estación poco importante del ferrocarril de Madrid a Zaragoza. Después de haber dejado ■ nuestra derecha un vasto cuartel, llegamos a la calle principal, donde a primera vista nada nos recordó el antiguo esplendor de Alcalá.

Nuestra primera visita fue para la Universidad, construida por orden del célebre Cardenal Cisneros, protector de Alcalá. La fachada, aunque muy deteriorada, desgraciadamente, está adornada con muy hermosas esculturas de ese gracioso estilo renacentista español, de tanta elegancia ■ sus ingeniosas fantasías. La capilla conserva aún vestigios de su antigua riqueza, y sus adornos de gusto árabe son una de las mejores

muestras de ■ delicado estilo mudéjar del siglo XVI.

La Universidad de Alcalá era en el siglo XVI la más célebre de toda España, después de la de Salamanca. Los estudiantes, que también eran aquí tan numerosos como en esta última ciudad, hicieron un magnífico recibimiento a Francisco I, cuando el prisionero de Pavía visitó este célebre centro de cultura.

Andrea Navagero, embajador de la República de Venecia, que visitó Alcalá en 1523, da algunos curiosos detalles sobre la Universidad, ■ la cual —dice— todos los cursos ■ dan en latín, y no como en las otras universidades de España, en las cuales se dan en español. Francisco Ximénez, arzobispo de Toledo y cardenal, fundó en ella una biblioteca con muchos libros latí-

* En 1862, el Barón Charles de Davillier, acompañado por el dibujante Gustavo Doré, efectúa un *Viaje por España* que aparecería en la revista «Le Tour du Monde». Ambos realizaron ■ de los más completos y acertados testimonios, ■ con las deformaciones propias de la época. Davillier procuró documentarse, ■ sólo contar; Doré creó una preciosa iconografía española. En las páginas de

dicadas ■ este *Viaje* ■ la Universidad de Alcalá de Henares los tunos españoles están reflejados ■ todos sus aspectos: sopistas y rondadores, mendicantes y románticos, tal como aparecen en el *Libro del Buen Amor*. Así los retrata ■ también los periódicos de la época: dando serenatas, animando el Carnaval o postulando por unos damnificados.

nos, griegos y hebreos. Hizo construir una iglesia al lado, colegios muy hermosos, y dotó con una renta suficiente, tanto a la iglesia como a los profesores. Además embelleció mucho la catedral, no lejos de la cual hizo construir un palacio para él. E introdujo ■ el país muchas mejoras y embellecimientos».

El estudiante más ilustre de Alcalá fue el infante Don Carlos, quien tenía más gusto por las armas que por los libros, y en una de las escaleras de la Universidad tuvo una caída, de la que se resintió toda su vida. El ■ de mayo de 1592, habiéndose caído de cabeza, ■ hirió muy peligrosamente, y el rey, que estaba ■ Madrid, acudió a toda prisa, llevando con él el cuerpo del bienaventurado Diego, de ■ Orden de San Francisco, cuerpo que ■ creía curaba milagrosamente a los enfermos. Se tendió el cuerpo del fraile sobre el de Don Carlos, quien escapó milagrosamente de la muerte. Bien es verdad que fue preciso hacerle la trepanación. Y se afirma que su cerebro no ■ estableció por completo de las consecuencias de esta operación. Lo cierto es que el desgraciado príncipe dio más tarde infinitas muestras de locura.

La catedral de Alcalá, que se llama *la Iglesia Magistral*, o simplemente *la Magistral*, es la única que se designa por ■ nombre ■ España. Esta iglesia data del siglo xv y encierra detalles muy interesantes. Mencionemos primero la reja del coro, que es obra de un francés, como lo demuestra esta inscripción: *Maestro Juan, francés, maestro mayor de las obras de fierro ■ España*.

Se sabe que varias ciudades de España se han disputado la gloria de haber sido el lugar de nacimiento de Cervantes, lo mismo que sucedió antaño a algunas ciudades de Grecia respecto ■ Homero. Se ha demostrado hoy que el

inmortal autor de *Don Quijote* nació en Alcalá el 9 de octubre de 1547 y que fue bautizado en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor. Nos enseñaron la casa donde nació, en la que una lápida lo dice.

Ya que ■ encontramos en una ciudad ■ la que una Universidad hizo antaño célebre, no debemos olvidar el mencionar a uno de los tipos más curiosos de la antigua España. Queremos hablar de esos estudiantes que se designan habitualmente ■ el nombre de *estudiantes tunantes o de la tuna*; por esta palabra se entiende la vida ociosa, libre y vagabunda.

■ comprende, según lo anteriormente dicho, que los estudiantes de la tuna no estudien nunca y que, ■ ejemplo de aquellos que habla Cervantes en su novela *La tía fingida*, ■ más amigos del baldeo y rondacho que de Bartolo y Baldo. Cervantes, que conocía bien a los estudiantes españoles, habla de ellos, principalmente de los que estudiaban medicina en su ciudad natal, en otra de sus novelas, el *Cologuio de los perros*, donde describe la singular vida de los estudiantes, haciendo hablar de esta manera al perro Berganza: «Finalmente yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que ■ puede encarecer para decir que era buena; pero si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, ■ ■ pasa la mocedad aprendiendo y holgándose.»

Las antiguas novelas picarescas están llenas de los relatos de las picardías, en las que los estudiantes españoles empleaban parte de su tiempo; cuando ■ bastoneaban a algún alguacil, se divertían en carnaval manteando ■ los perros de la vecindad, ■ ■ Otón hacía por ■ noche con los borrachos en las calles de Roma, o como ■ hizo al



Estudiantes de la tuna viajando con los arrieros.

pobre Sancho en la venta que su ■ había tomado por castillo. Hemos leído en una de las recopilaciones españolas más antiguas, la *Philosophia vulgar*, del comendador Juan de Mal Lara, un viejo proverbio que dice:

■ Quién sabe si el proverbio ■ ha sido escrito, al menos en parte, por los estudiantes nómadas? No hay burlas que no se hayan hecho sobre esos pobres estudiantes: se encuentran a montones, acompañadas por las correspondientes caricaturas, en ■ canciones populares ■ d■ cuartos que pregonan por las calles los vendedores de estampas y los guitarreros ciegos.

He aquí, primero, la *Relación jocosa del estudiante enamorado que vendió la satana y el manteo para casarse ■ una tuerta*. Algunas veces el asunto del romance ■ completamente dramático, hasta casi convertirse en lamento. Tal es el de «*Lisardo, el estudiante de Córdoba*, en el que se declaran las ansias amorosas, espantos y angustias que tuvo q■ sufrir por una religiosa. Doña Teodora, natural de Salamanca. ■ cuenta aquí cómo habiendo escalado una noche las tapias de su convenio, fue testigo de su entierro y otras particularidades».

También poseemos algunas canciones ■ dialecto valenciano, por ejemplo la que lleva por título: *Chiste dels estudiants y el porc, ahon ■ declara el chasco que li donaren a un llaurador de Benifayó*. Se trata en este chiste de un labrador de los alrededores de Valencia que se dirige a la ciudad para vender su cerdo. Acababa de instalarse el labrador en la plaza del mercado, cuando pasaron cuatro estudiantes que andaban corriendo la tuna. Le compraron el cerdo, sin pagarle, por supuesto,

■ imaginaron escamotearlo, cubriéndolo con ■ capas y haciéndolo pasar por un muerto.

La Universidad de Valencia era fa- ■ antaño, y aún es hoy una de las más importantes de España: así que los estudiantes valencianos han sido cantados muchas veces, como en esta conocida copla que se entona ordinariamente con música de jota aragonesa:

No hay nadie en España que no conozca esta copla. ■ suele cantar con ligeras variaciones; así, en lugar del sol ■ pone la luna y en lugar del pan de munición, un plato de aceitunas. Por lo demás, la miseria de los estudiantes es proverbial, y ellos mismos ■ cantan alegramente:

Otro estudiante dice:

Y también:

Escuchemos ahora a este estudiante de Granada, que no está menos hambriento que sus demás camaradas:

Incluso bajo los balcones de su amada, la vista de su dama no le hace olvidar al estudiante su hambre devoradora, que el refrán señala *hambre estudiantina*:

Hemos hablado más arriba del chiste de los cuatro estudiantes que escarmotean el cerdo que un labrador valenciano había llevado al mercado. Estos señores tienen fama de ■ muy aficionados a estos pecadillos, y ■ les acusa de pillar de buen grado los comestibles que los vendedores imprudentes dejan a su alcance. Y si hemos de ■ algunas coplas, ■ las mujeres del mercado a quienes los tunantes inspiran un especial terror:

Y también ■ dice:

El traje ■ los estudiantes de la tuna ha dado origen a muchas canciones cómicas; se compone de la sotana, larga túnica parecida a ■ sotana eclesiástica, y el manteo, capa destinada ■ cubrir ■ la sotana, lo que les ha valido el apodo de *mantelista*. No hay que olvidar ■

tricornio, colocado de frente y adornado de la inevitable cuchara de palo, y las alpargatas trenzadas, común calzado de los pobres. Figurémonos todo ■ deshilachado, rasgado, usado, remendado, agujereado, y tendremos una idea del traje clásico de los estudiantes de la tuna. Así, ■ copla popular dice que

Y otra:

Y hemos dicho que la cuchara de palo es el adorno indispensable del tricornio, en el que está colocada como si fuera un plumero. Se comprende que ■ cuchara sea indispensable en gen- ■ nómadas, cuya sopa cotidiana constituye su principal alimento, y esto les ha valido el apodo de *sopistas*, de aquí el nombre de «estudiantes de cuchara y aceituna» dado a estos estudiantes por ■ cuchara que llevan y por las aceitunas que comen, uno de los alimentos más baratos de España.

Otra copla, incluso, nos dice las formidables dimensiones de estas cucharas:

Hay más de una semejanza entre la vida de los estudiantes de la tuna y la ■ los antiguos caballeros errantes, juglares y trovadores de la Edad Media.

Pobres y nómadas, como los primeros; poetas y músicos, como los segundos, así nos los representan las estampas y canciones populares, cantando bajo ventanas y balcones, y tendiendo su tricornio para pedir un cuarto o una peseta a cambio de sus jotas y de sus seguidillas. Se encuentran ■ menudo, en sus peregrinaciones, con arrieros o recueros que pasan, como ellos, buena parte de su existencia en las carreteras principales y quienes, a veces, les prestan sus cabalgaduras. Así, dice un refrán que

questa. Es fácil figurarse el efecto producido por este conjunto.

A las canciones de los estudiantes se les da el nombre de *estudiantinas*. La mayoría de las veces tienen como asunto las alegrías y miserias de su existencia vagabunda; otras veces son serenatas que cantan al pie de los balcones. Aquí damos una *estudiantina* antigua muy bonita, cuyo acompañamiento debemos al señor L. Pagans, el excelente tenor y profesor de canto.

Damos también, como muestra de *estudiantinas*, una de las más populares en España:

Más de un estudiante ■ ha convertido en un hábil torero. Tal fue el *muy diestro estudiante de Falcas*, que Goya nos representa ■ una de sus planchas de la «Tauromaquia» envuelto ■ ■ manteo y burlándose de ■ adversario.

Hay que poner en primer lugar, entre los instrumentos favoritos de los estudiantes, la guitarra y el pandero. Tocando el pandero, sobre todo, es como hacen brillar sus talentos, con una habilidad y una ligereza increíbles. El estudiante, no contento con sonar el parche con sus dedos, imprimiéndole un movimiento de rotación muy rápido, también lo toca con el codo, con la nariz, con la cabeza, con sus rodillas y con la punta del pie. Después de haberlo hecho pasar alternativamente bajo cada una de sus piernas, tan pronto lanza al ■■ su instrumento y lo recibe en la punta del dedo, como lo hace resonar golpeando ■■ tras otra las cabezas de los pilluelos que les contemplan, y todo esto, por supuesto, sin perder jamás el compás. A la guitarra y al pandero hay que añadir la flauta y el violín, y a veces un fígle y un clarinete completan la or-

questa. Las demás coplas son un cuadro bastante completo de la vida del estudiante nómada:



Estudiantes de la ■■■ dando ■■■ serenata.

El estudiante que así se dirige al público ■ conocido por el nombre de moscón. Esta palabra designa a un hombre que, afectando ignorancia y simplicidad, consigue siempre lo que ■ propone. No hay astucia ni adulación que no imagine el moscón para hacer llegar el dinero a su tricornio. Sabe decir un oportuno cumplido ■ las viejas, y si una jovencita pasa a su lado se pone de rodillas y extiende ■ capa como una barrera exigiendo un tributo. La pobrecilla se ruboriza y echa su moneda; entonces él la deja pasar y besa galantemente la huella de sus pies.

Y ahora digámoslo francamente a los que recorriendo España como turistas se sienten halagados con la esperanza de encontrar todavía en las casas principales o en las ventanas algunos *estudiantes de la tuna*: tal vez los busquéis en vano. ■ antiguo tunante pronto existirá solamente en el recuerdo. Este tipo, completamente español, que tiende ■ desaparecer de día en día, antes de poco tiempo se convertirá ■ algo tan raro como los seres fósiles y antediluvianos. Y el último ejemplo de esta rara especie ■ trance de desaparición está destinado ■ ir ■ reunirse con la manola y con otros restos de la vieja España.

Los estudiantes pueden dividirse en varias clases, — en filósofos, teólogos, medicinantes y legistas. Estos dos últimos, por supuesto, son mucho más numerosos que los otros, pues el estudio de la teología y del derecho canónico está lejos de tener la importancia que alcanzó antaño, en la época en que florecían los famosos casuistas españoles. La juventud estudiosa está más ordenada y es — turbulenta en nuestros tiempos. Sin embargo, los estudiantes conservarán siempre su espíritu de picardía. En las ciudades de provincias ejercen un absoluto dominio en el teatro. Desgraciado del actor que les des-

agrade. Además de los silbidos y de las interrupciones es preciso que soporte una lluvia de patatas y de nabos. Y si la orquesta tiene algún tropiezo es que una **■■■■■** perfida habrá engrasado las cuerdas del contrabajo o habrá deslizado una bala de plomo en **■■■■■** boca del trombón. Pero la pasión dominante del

estudiante español ■■■■■ la guitarra. No hay universidad que no cuente con varios virtuosos de primera fila. Los demás saben tocarla mal que bien. Así que suele decirse:

Todos los estudiantes
de la Universidad
sabrán tocar la guitarra.



CUATRO
CANTARES DE TUNA

ESTUDIANTINA
O SERENATA BURLESCA A DOS VOCES

La niña que a mí me quiera
ha de ser con condición:
que en haciéndole yo una seña
ha de salir al balcón.
Y en volviéndole hacer la señal Pst, pst,
ha de responder:
(silbando)

Si me caso y tengo suegra
ha de ser con condición
que si al año no ■ muere
la tiro por el balcón.

Muerto de hambre y sin cenar
y tititando de frío
estoy ante tu balcón
sólo por hacer...
(silbando)

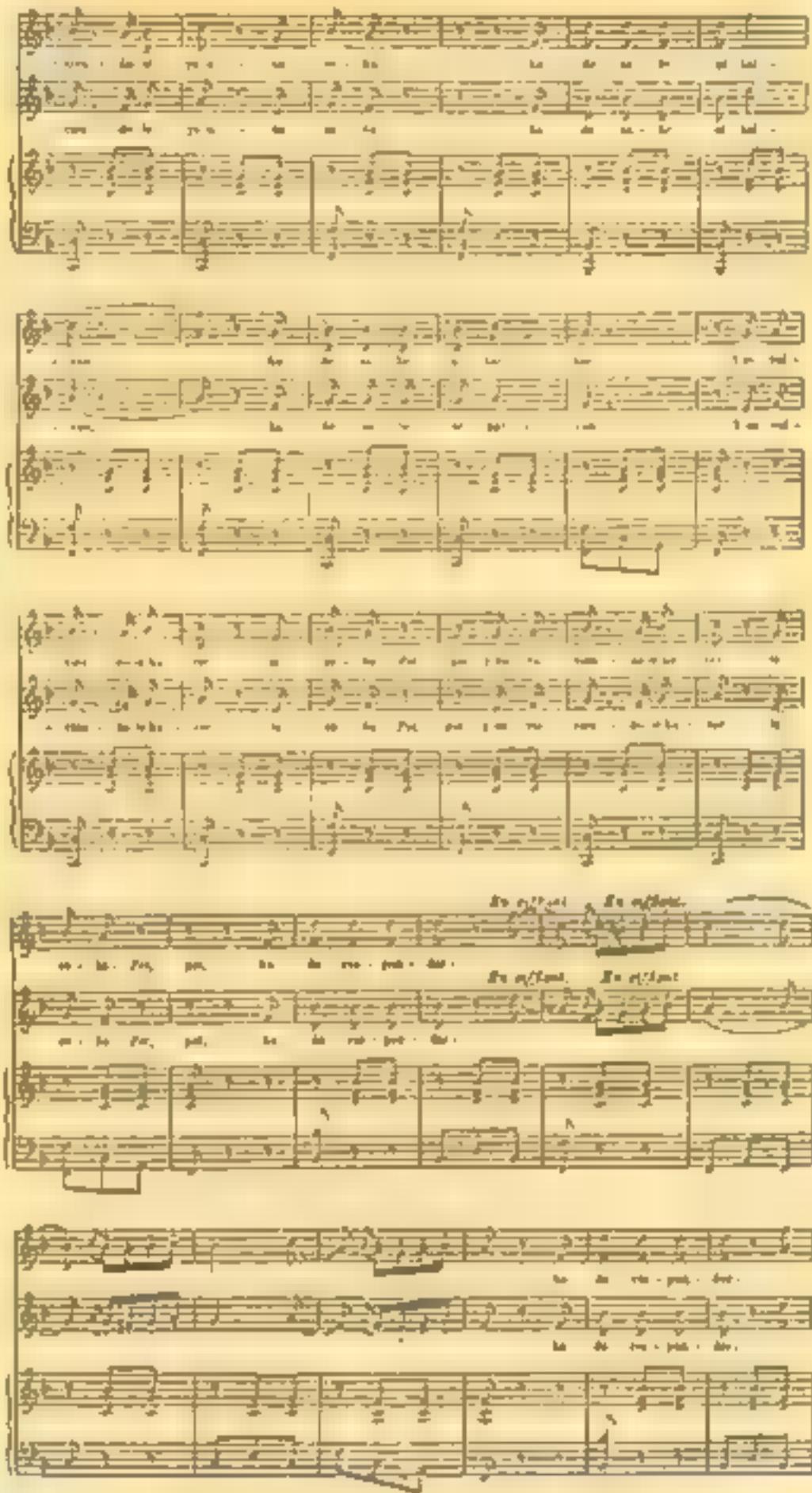
El día que yo me ■■■■■
ha de ser a gusto mío
ha de salir al balcón
al tiempo de hacer yo
(silbando)

ESTUDIANTINA O SERENATA BURLESCA A DÓS VOCES

PIANO.

Allegro animato

Partitura de la «Estudiantina» tal como se reproduce en la edición original
del *Voyage en Espagne* del Barón de Davillier.





PROLOGO TAFTHORN. AL THOMAS, 6

FONSECA

Adiós, adiós, adiós,
aulas de mi querer,
donde con ilusión
mi carrera estudié.
Adiós, mi Universidad,
cuyo reloj
no volveré a escuchar.
Las calles están mojadas
y parece que llovió,
son lágrimas de una niña
por el ■■■ que perdió.

Triste y solo *
solo ■■■ queda Fonseca,
triste y llorosa
quedá la Universidad,
y los libros
y los libros empeñados
en el Monte
en el Monte de Piedad.
No te acuerdas cuando te decía
a la pálida luz de la luna,
yo no puedo querer más que a una
y esa una mi vida eres tú.

Triste y solo
solo se queda Fonseca, etc.

* Suele decirse «triste y sola», pero lo auténtico es «triste y solo», ya que se refiere al Colegio Fonseca.

NOCHE CLARA

En esta noche clara de inquietos luceros,
 lo que yo te quiero te vengo a decir,
 mirando que la luna extiende en el cielo
 su pálido velo de plata y zafir.
 Que en mi corazón siempre estás,
 y ■■ puedo olvidarte jamás,
 porque yo nací para ti,
 de mi alma la reina serás.
 En esta noche clara ■■ inquietos luceros,
 lo que yo te quiero te vengo a decir:
 Abre el balcón
 y el corazón
 siempre que pase la ronda;
 mira mi bien,
 que yo también
 tengo una pena muy honda,
 para que estén cerca de ti *
 te bajaré las estrellas,
 porque esta noche cañada
 de toda mi vida será la mejor.
 Abre el balcón, etc.

* Esto suele cantarse mal, diciendo «para q. estés cerca de mí».

NOCHE PERFUMADA

En la noche perfumada,
callada y triste,
llena de estrellas,
te traigo esta estudiantina
de mis amores, de mis tristezas,
mi alma está sola y triste,
pensando siempre que no la quieres,
escucha el cantar, escucha el sonar
que tiene mi corazón.
Oye el cantar
en la noche de luz tropical,
oye el sonar
de mi canto de plata y cristal,
oye el cantar
en la noche serena y sin luz,
va por mi amor,
que el amor de mi vida eres tú.



GLOSARIO

ADARME

Antigua medida de peso equivalente a 179 centígramos. Metafóricamente «una pizca de».

AQUILATOR

De «guaita», vigilancia o escucha.

ALACRIDAD

Alegria y rapidez del ánimo para ejercitarse algo.

ALMARADA

Aguja grande con ojo en la punta y mango de madera, utilizada para coser tejidos bastos o trenzados de esparto.

ALMENARA

Sitio donde se hacen las señales con fuego (llama y ahumadas) y jaula de hierro para contener estopa, teas, etc., para iluminar.

* Elaborado por don Emilio Oliva Alcalá, Licenciado en Derecho por la Complutense y personaje señalado de estas «Chronicas». Como uno más de sus mu-

ALMEZ

Árbol ulmáceo de corteza gris y cuyo fruto es la almeza, sucesivamente verde, amarilla, moteada de negro y, madura, negra. La utilizan los niños, el majuelo, para disparar sus huesos cerbatanas.

ANGUARINA

Capa ancha y larga, de tejido basto, usada por los campesinos.

ANTESIGNANO

Soldado escogido que, en la legión, iba delante de los signa.

AOSADAS

Adverbio en desuso. Con seguridad, muy probablemente.

chos servicios al *Mester de Tuneria* y a amistad camuradas de la tuna que siempre cultivó especial cuidado.

APOTECARIO

Forma arcaica de boticario, más cercana a la griega original.

ARDA

Ardilla grande, adulta, adultera y trepadora.

ASPAR

Crucificar.

AZACANEAR

De azacán (aguador). Afanarse, trabajar con afán y ahínco.

AZCONA o AZAGAYA

Dardo pequeño arrojado.

AZOFAR

Latón del que están hechas las sonajas de la pandereta.

Apéndices

AZUMARE

Medida de líquidos, octava parte de una arroba, equivalente a poco más de dos litros.

BALDRESERAS

De baldres, cuero de cordero o cabrío joven. Lesbianas.

BASQUINA

Saya, falda, generalmente negra, que con ciertos trajes usan las mujeres sobre la ropa interior.

BEMBON

De labios gruesos y abultados.

BEZO

Lo mismo que bembá, de donde *bembones*.

BODICO

Pan redondo usado para socorrer a los pobres.

BOHORDO

Lanza arrojadiza.

BRIBIA

De origen inseguro, equivale, con ciertas reservas, a luna.

BULULU

Cómico que antiguamente representaba él solo todos los personajes de una comedia mudando la voz.

CENACHO

Cesta grande y ancha de palma ■ esparto.

COCHO

Cocido.

COPERO

Incremento (en la Sierra de Segura).

COTANA

Hendidura hecha en un madero para encajar otro o como señal.

COVACHUELA

Nombre dado antigua-
mente a ciertas oficinas
públicas.

CRASITUD

Gordura

CHARRÚAS

Dícese de los indios que habitaban en ■ ma-
ta septentrional del Río
de la Plata.

ESCOLCA

Antiguo servicio de vi-
gilancia, en particular del
ganado.

ETHIOPE

Metafóricamente, ne-
gro.

ESTULTO

Necio.

FALASTINO

Palestino dicho como
en árabe.

FALCIDIA (CUARTA)

Sisa que las ■ de
las repúblicas de estu-
diantes hacían ■ los mis-
mos en las compras, en
sentido jocoso.

FAVER

Sincopa por favorecer,
o latinismo de *favere*, fa-
vorecer.

FOLLO

Ventosidad expelida,
pero que sin ruido (en
la Sierra de Segura).

GORRONA

Figuradamente, mujer
irascible y agria.

GOZQUE

Dícese ■ perro pe-
queño, muy sentido y la-
drador. Metafóricamente,
bebé lloroso, canario de
alcoba.

GUAJERRO

Parte del cuello corres-
pondiente a la tráquea y
■ esófago.

HACANEA

Jaca que, sin llegar a
las siete cuartas, presta el
servicio de un caballo de
alzada.

HORO

Rabo muy peludo, ■
especial el de los zorros.

HORTERA U ORTERA

(De Horto = huerto).
Escudilla semiesférica de
madera, propia de los ■
pistas.

INFURCIÓN

Antiguo tributo dado
al señor por habitar y
cultivar un terreno.

JAOUES	MURAR	PRIMIPLARIO
Valentones, perdonevidas.	Madurar.	Soldado de la legión romana que iba en primer lugar de la línea, armado de «pilum». Figuradamente, el primero en algo.
JARCHA O JARYA	ÑAQUE	REBENQUE
Composición poética andaluza de los siglos XII a XIII.	Conjunto de cosas risibles, ridículas ■ inútiles.	Látigo que se usaba para castigar a los galeotes. Cabo corto apropiado para atar diversas cosas.
JEME	OPILACIÓN	RECUDIMENTO
Medida, lo que hay desde la punta del índice a la del pulgar.	Obstrucción de alguna vía natural del cuerpo. Hidropesía. Metafóricamente, embarazo.	Poder que se da al fiel o arrendador para cobrar las rentas. También credencial de algún oficio o función pública.
LANTERA	ORAJE	RECUDIR
Aléresis de «delantera», mujer soltera de ciertos años.	Tiempo atmosférico.	Volver una cosa al sitio de donde salió primera o acudir a alguna llamada o remedio.
LEZDA	PALMATA	REGOSTO
Impuesto del que estaban exentos los escolares de Lérida, por ejemplo.	Apretón de manos con que se confirmaban los acuerdos en el Derecho germánico y hoy, en las ferias de ganado, las ventas del mismo.	Apetito o deseo de repetir lo que se gusó y gozó.
MALATO	PECHAR	REHENCHIDA
Leproso ■ enfermo en general.	Pagar tributo.	Vuelta a llenar.
MANCER	PISAVERDE	ROBLÓN
Expósito o hijo ilegítimo.	Gomoso, chulo, currataco. Dícese del que sólo ■ ocupa en acicalarse y galantear.	Caballlete en los techados donde se juntan dos aguas.
MECASTOR	PLUGO	SALTATRAS
Antigua interjección romana. ¡Por Cástor!	Del verbo <i>placer</i> . Gustó, plació, agradó.	Uno de los grados de mestizaje de negro y blanco. Negro aquí.
MESTAR	PONTATICUM	SEGUR
Arcaico por mixtrurar, mezclar.	Antiguo impuesto por utilizar los puentes. Pontazgo.	Hacha grande, especialmente la de labrar.
MICER	PORTATICUM	
Título honorífico usado en el antiguo Reino de Aragón.	Antiguo impuesto que ■ pagaba al pasar las puertas de las ciudades. Portazgo.	
MONIPODIO		
Convenio de personas para fines reprobables.		

Apéndices

SEÑA

Señal. Beca en este texto.

SONROSA

Neologismo, de subrosa, sonrosado.

SORTIO

(De sortir). Galicismo. Salió (como en el *Libro del Buen Tunar*).

TALAYERO

En la hueste el que iba en descubierta explorando y también el vigilante que estaba en las atalayas.

TAMARAZO

Golpe de vara.

TÁNGANA

Pieza aproximadamente cilíndrica, alargada, que sirve como blanco en el juego de la tángana, tángano o pinganillo.

TRANSMARIOS NEGOCIACIONES

Iberia, Líneas Aéreas de España. Locución sacada del Liber Iudicum.

TREMAR

Temblar.

TRINQUETE

Juego de pelota cerrado y cubierto.

TROPOS

Empleo de palabras en sentido figurado o alegórico.

TYRÓN

En la jerga estudiantil antigua, novato.

VENACIONES

Latinismo por piezas de caza (Carta puebla de Brañosera).

VIROTE

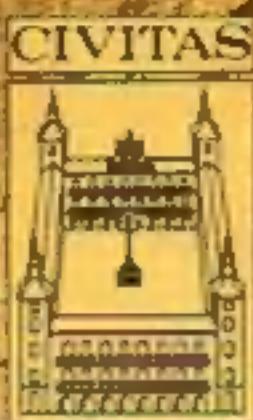
Sacra guarnecida con un casquillo, que aquí úsase *metaphorico sensu*, cumm pueden suponer vuesas mercedes.

ZAMPUCAR

Mixtura de zamputar (zambullir) y zambucar (meter una cosa de pronto entre otras para ocultarla).







Entrañas picardías y sensateces

El barón de Davillier afirma en 1862, en su «Viaje por España», que el tuno pronto existirá solamente en el recuerdo. El periodista Julio Monreal, a finales del mismo siglo, pronostica que — ha acabado la Tuna, porque los tunos se han ido a París en ferrocarril. En 1986 se reúnen en Salamanca más de mil tunos de toda España, además de un grupo portugués, una tuna mexicana y una tuna semenina ¡holandesa!

Los tunos españoles están en el paisaje vital y cordial de los españoles y, figuras originales en el mundo universitario, despiertan general simpatía. Estas crónicas son el testimonio de las románticas picardías y sensateces de los tunos, escritas con amenísimo donaire en un estilo confesadamente arcaico, pero lingüísticamente muy cuidado, y descubren su particular filosofía vital, expresada en su vocación viajera, en atavío sorprendente, en espíritu de aventura.

Cambian los tiempos y, a despecho de las profecías, los tunos ~~van~~ viva credencial de la juventud de siempre, los mismos antiguos juglares y trovadores escolares que siguen en el *mester*, los entrañables y nocherniegos universitarios para quienes el Arcipreste compuso «más de diez pliegos» de cantares. Desde hace muchos siglos, sucediéndose a sí mismos, recorren rondando el mundo, cultivan los instrumentos populares y practican un género de música entroncada directamente con las albadadas medievales o los cantos de escolares pobres, testificando ~~en~~ este fenómeno cultural único, liberado de los residuos de picaresca anacrónica.